

D. CALDERARO

LAS
HORAS
EMOTIVAS



LAS HORAS EMOTIVAS

Libro de Lectura
por
JOSÉ D. CALDERARO

"Librería del Colegio" BUENOS AIRES

LL
1927
CAL

Precio: \$ 1,70 %.

Biblioteca Nacional de Argentina

m $\frac{A}{18}$ 10



00016104

LAS HORAS EMOTIVAS

JOSÉ D. CALDERARO

Prefesor Normal en Letras

LAS HORAS EMOTIVAS

LIBRO DE LECTURA
PARA 5º Y 6º GRADOS

O. R.
© N. de E.

Exp. 2882-B/939

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

Ilustraciones de Clérice

30416



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BUENOS AIRES

CABAUT y Cía., Editores
" Librería del Colegio " — Alsina y Bolívar

1927

135x 185



DERECHOS RESERVADOS.

(Leyes Nos 7092 y 9510.)

A la memoria

de mi Padre.

PRÓLOGO

Es necesario declarar, con toda franqueza, que no existen principios estrictos para escribir un libro de lectura destinado a la escuela primaria. El autor debe proceder por aproximaciones, por tanteos, como el artista que pone pincelada tras pincelada sobre la tersa tela.

Sin embargo, no conviene que la lectura sea una simple exposición de hechos, o una mera transmisión de conocimientos. Surge, pues, de aquí un principio : la lectura en la cual no haya nada que interpretar, que intuir, que adivinar, es mala.

Bacon decía : « El arte es el hombre agregado a la naturaleza. » En efecto : un espléndido paisaje real, no es una obra de arte ; falta allí lo subjetivo, falta la agregación de lo humano.

De la misma manera, cada lectura debe ser susceptible de que el lector le agregue su personalidad.

La lectura debe sugerir ; debe tener el carácter de una alusión, de un interrogante, y a veces hasta de una reticencia. Su verdadero símil sería un perfume.

En « Las Horas Emotivas », salvo raras excepciones, las lecturas son cortas ; ello obedece a un criterio determinado. Cada lectura debe ser leída totalmente, exceptuando, claro está, las poesías que comprendan varias estrofas. Así se evita la lectura fragmentaria, que no deja ninguna impresión de conjunto, y anula el interés del lector.

Otra cuestión más : ¿Es indiferente, en « Las Horas Emotivas », el asunto de las lecturas? De ninguna manera.

A nuestro juicio, los temas deben estar en consonancia no solamente con el desarrollo mental del niño, sino con la lógica y el tipo de personalidad que corresponda a las diversas edades por que pasa el niño hasta llegar a la adultez ; entre el niño y el adolescente, por ejemplo, hay profundas diferencias de lógica ; cada uno contempla la vida a través de un criterio distinto.

En consecuencia, no es admisible que lo que interese a un niño de ocho años interese también a uno de trece. Al adolescente sollicitado por tendencias nuevas, no le preocupa ya el caballito de madera, con el cual pasaba dichoso los días de su primera infancia.

Los asuntos de « Las Horas Emotivas » han sido escogidos teniendo en cuenta que van dirigidos a niños que tocan los umbrales de la adolescencia ; los umbrales de esa edad en que la personalidad funde los diversos elementos que la constituyen, para realizar la síntesis definitiva cuyo resultado es la cristalización en tipo adulto ; de esa edad en que las neurosis abren sus flores negras y bravías, y en que la vida turbulenta suele arrojar sombras pavorosas sobre tantos espíritus inquietos que espoleados por la crisis pubertaria se asoman azorados sobre el misterio de la especie.

En el fondo de « Las Horas Emotivas », hay un noble anhelo de llevar a todas esas mentes un poco de quietud.

EL AUTOR,

LAS HORAS EMOTIVAS

1.

En las horas de tu vida.

En tus manos, niño, se estremece un libro. En sus páginas blancas e impolutas, viven su vida simbólica huestes de palabras alineadas. Cada una de ellas espera que en tus labios se rompa el misterio del silencio, para transformarse en música. La naturaleza ha creado cosas maravillosas, pero nada más maravilloso que una palabra. La energía de los átomos, la velocidad de la luz, la lejanía de las nebulosas, anonadan nuestra imaginación, por el arcano insondable que encierran. Nada de ello es sin embargo comparable al proceso que ha llegado a crear el mecanismo de la palabra humana.

En tus manos, niño, tiembla un libro pleno de palabras, cada una de las cuales contiene adormecida una idea.

Si lees en alta voz sus capítulos, breves y efímeros como una flor que nace al alba y muere en la quietud crepuscular de la tarde, gustarás un grato sabor de algo vivido.

Recuerda que esos capítulos nacieron de la temblorosa paciencia de un autor que iba anotando diariamente sus impresiones de las cosas del mundo, lo mismo de la humilde hierba que estruja el paso del caminante descuidado, que del imponente sol que incendia el horizonte, al tiempo que pinta de oro las cumbres elevadas de las montañas.

Muchas veces en las horas de tu vida, tendrás en tus manos inquietas un libro de esta naturaleza. ¡Cuidalo como a un cofre de oro o como a una ánfora griega! Algo delicado se encuentra en su interior.

Fué escrito este libro, con el convencimiento de que nuestra vida, a pesar de su apariencia árida y monótona, contiene horas grávidas de belleza. De esas horas pretenden hablar estos capítulos. De esas horas en que el espíritu se decide a gozar con la sola posesión de las humildes cosas que le rodean : con el aire tibio y perfumado de la mañana; con la sombra del árbol que suaviza el ardor del sol; con el verde del campo que se extiende a nuestros pies; con la sonrisa del amigo en la reunión cotidiana; con la alegría de la hermana en la tertulia familiar; con el

simple canto de un pájaro que balancea su cuerpo sobre una rama trémula, o con el olvidado espectáculo que muy arriba de nuestras cabezas ofrece el cielo azul, semejante a un mar sobre el cual se deslizan, como blancos esquifes, las nubes caprichosas. ¡Horas emotivas! Horas en que basta el aroma de una flor, la belleza de un paisaje, la sabiduría de un libro, o el aleteo de un recuerdo, para traer al espíritu más felicidad que todo el oro de la tierra reunido en la palma de la mano. ¡Apreciemos el valor incalculable de esas horas!



2.

Palabras de un vecino.

Cuenta una antigua leyenda, que un hombre deseaba fumar a altas horas de la noche. No teniendo con qué encender su cigarrillo, fuése a casa de un vecino en procura del fuego codiciado.

El vecino, al enterarse del objeto baladí por cuya satisfacción aquel hombre inexacto habíale interrumpido el sueño, le habló de esta manera :

— ¿Por cosa tan insignificante turbas mi descanso, sin advertir que llevas en tu mano una linterna con la cual podías encender tu cigarrillo? ¡Hombre insensato! Buscas fuera de ti, lo que llevas en tu misma mano. En efecto, aquel

hombre inexperto llevaba una linterna mediante la cual había disipado a su paso las sombras de la noche.

.....
Al igual que este hombre, muchos hombres buscan en el mundo lo que no existe más que en ellos.

Tienen en el hogar una hermana, en el jardín un rosal, en la biblioteca un libro, un tesoro en el propio corazón, un universo en el propio pensamiento, y buscan no obstante, afanosos y vehementes, felicidades exóticas que no podrán nunca superar a la dicha honda e incomparable que nos brindan las humildes cosas en torno nuestro.



3.

La lección de una rosa.

Sobre modesta mesa de trabajo alguien colocó un ramo de flores. ¿Qué mano sabia, qué blanca mano de hermana cariñosa colocó ese ramo sobre limpio florero?

Con ese ramo ha puesto toda la plenitud de la primavera, entre las cuatro paredes de un cuarto desolado.

Frente a un ramo de flores, ¿quién no se siente más lleno de bondad y de optimismo?

Se recuerda a este propósito que un hombre, desesperado por las contrariedades de su vida, pensaba en el suicidio.

Una mañana, decidiendo realizar el trágico proyecto, ató una cuerda a la rama de un árbol. Pero en el mismo momento en que iba a arro-

jarse colgando de la cuerda, para ahorcarse, sintió el suave y exquisito perfume de una rosa; entonces no se ahorcó.

La fragante flor, universalmente admirada por la belleza de sus formas y el esplendor de sus colores, mediante el don impalpable de su aroma, había conseguido disipar la idea de la muerte en aquella mente angustiada.

Este suceso no es extraordinario; el amor a la vida llegamos a sentirlo a través de un libro, de un ser querido, de una flor, de una canción.

Aquella rosa poética, aquella flor maestra, daba al hombre torturado una lección de honda filosofía. Le enseñaba que para embellecer la vida, basta el suave perfume de una flor.

4.

Viento que pasa.

¡La humanidad está enferma de apresuramiento!

Vivimos de prisa, pensamos velozmente, sentimos a la ligera, realizamos actos de floja voluntad.

Parece que un invencible y obscuro incentivo, nos hubiera lanzado en desenfrenada carrera.

¡No nos detenemos en nada! No tenemos quietud para pensar, profundidad para sentir, constancia para querer.

¡Somos sombras, deslizadas sobre las realidades de la vida!

Somos viento que pasa, sonido que se disipa, clamor que se apaga; tenemos la consistencia del arco iris y la movilidad de la hoja seca fustigada por la brisa otoñal.

El acto de pensar, que consiste en detener el espíritu sobre un objeto, lo hemos convertido en el acto de mirar apresuradamente todas las cosas; el acto de sentir que consiste en emocionarnos frente a lo que nos rodea, lo hemos reducido a una mera lamentación; el acto de querer, que es el ejercicio de la voluntad, lo hemos confundido con el movimiento de los autómatas.

Creemos que son actos de voluntad el hecho de ir y venir, hacer el trabajo cotidiano, mover los músculos, arrojar alguna idea; sin considerar que la voluntad consiste en poner absolutamente todas las fuerzas del espíritu en la prosecución de un ideal. ¡Pero no tenemos ideales! Por eso la mayoría nos quejamos de la vida, es decir, nos quejamos de la pobreza de las cosas que el vivir nos ofrenda a cada rato.

¡Mas la culpa es nuestra!

Pasamos como fugitivos, como evadidos, como prófugos, por encima de todo.

Nuestro paso, es el paso de los angustiados. Si las mariposas pasasen sobre las flores, como nosotros sobre la vida, en un vuelo de ciclón, no gustarían nunca la ambrosía del néctar delicioso.

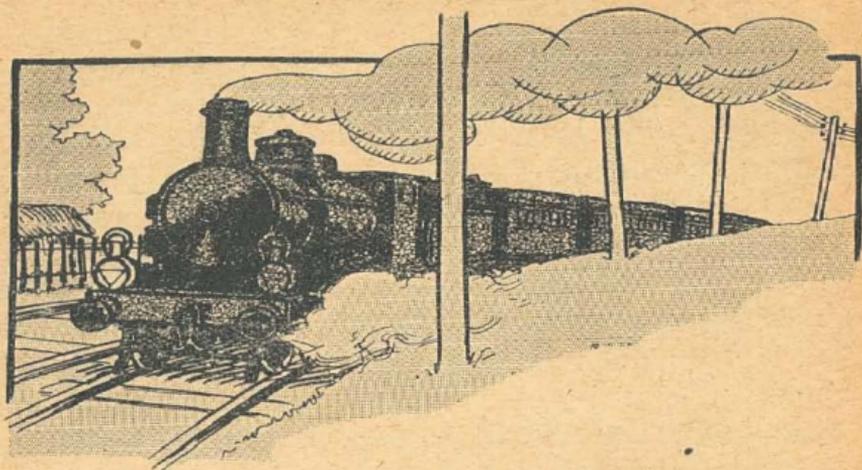
¡Detengamos, pues, nuestra marcha, un instante!

Sólo así podremos gozar de esos momentos de tranquila paz, al abrigo del hogar, a la sombra del árbol, sobre el ala de un recuerdo, bajo el encanto de una canción, como si fuéramos mariposas que libáramos de flor en flor el néctar de la dicha que el mundo de vez en cuando nos depara.

¡Meditemos despacio; sintamos con intensidad; querramos con tesón!

¡Dejemos de ser prófugos; viento que pasa; rumor que se extingue!...





5.

Paisajes fugaces.

Mis días de asueto los paso en el campo. Tomo con ese objeto el tren en las primeras horas de la mañana, para llegar temprano al lugar de mi destino.

Mientras dura el viaje, no acostumbro a leer; permanezco, por el contrario, asomado a la ventanilla, en una continua actitud contemplativa.

¡Yo soy un profundo admirador del paisaje!

Por eso, conforme el tren sale de la estación de origen, espero ansioso que acelere su marcha, para dejar atrás el hacinamiento de casas de las diversas poblaciones suburbanas.

A mí me deleita el paisaje; me causa profundo

gozo ese conjunto constituido por la tierra, el arroyo y el árbol, sobre un fondo de cielo azul.

Cuando la última casa, desprendida de un postrer poblado, queda abandonada en el camino del tren, comienza para mí lo que considero el mayor encanto del paseo; comienza un verdadero desfile de paisajes.

A veces es una extensión dilatada, sembrada totalmente de maíz, que se pierde en el horizonte; otras, es un alfalfar espléndido, que decora el campo como un tapiz verde esmeralda; o un cardal indómito que le presta el aspecto de una región rudimentaria, habitada por hombres primitivos.

Y allá en la distancia, ora es una casita blanca, sobre cuyo techo reposa el follaje de un árbol inclinado por la brisa; ora es un bosquecillo de sauces sentimentales; o una hilera de cipreses puntiagudos asomando sobre una pared bajita, en cuya puerta principal pone una nota melancólica el escueto simbolismo de una cruz.

De vez en cuando, erguido como un faro sin luces, se divisa en lontananza la silueta característica de un molino, en cuya proximidad un tanque redondo reúne, al conjuro de la sed, ovejas, vacas y caballos.

Asomado a la ventanilla del tren que marcha veloz, con un jadeo de hierros que chocan, contemplo extasiado el desfile de paisajes fugaces.

6.

Mariposas.

Ora blancas cual copos de nieve,
Ora negras, azules o rojas,
En miriadas esmaltan el aire
Y en los pétalos frescos retozan;
Leves saltan del cáliz abierto
Como prófugas almas de rosas,
Y con gracia gentil se columpian
En sus verdes hamacas de hojas;
Una chispa de luz les da vida
Y una gota al caer las ahoga,
Aparecen al claro del día,
Y ya muertas las halla la sombra.

¿Quién conoce sus nidos ocultos?
¿En qué sitio, de noche, reposan?
¡Las coquetas no tienen morada!...
¡Las volubles no tienen alcoba!...
Nacen, aman, y brillan y mueren;
En el aire al morir se transforman
Y se van, sin dejarnos su huella,
Cual de tenue llovizna las gotas.
Tal vez unas en flores se truecan
Y llamadas al cielo las otras,
Con millones de alitas compactas
El arco iris espléndido forman.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.



7.

Los centauros argentinos.

Un poético pueblo de la antigüedad creó la leyenda de los centauros, animales híbridos formados por la unión del cuerpo y cabeza de un hombre con el tronco y extremidades de un corcel.

Centauro, etimológicamente, significa picador de toros.

Según la leyenda, un rey de Tesalia envió a sus jinetes en busca de los toros de su campiña, que habían sido ahuyentados por los tábanos.

Aquellos jinetes, lanzados en veloz carrera tras los toros y envueltos en el polvo sacudido al galopar, tomaban, mirados desde lejos, el extraño

aspecto de animales monstruosos. El cuerpo del jinete y el cuerpo del caballo, parecían formar un solo cuerpo.

¡Los centauros no son, pues, un mito! Los centauros existieron en cierto modo.

Atestiguan su existencia los hombres que habitaban los valles de Grecia y los labriegos que cultivaban las campiñas romanas. Y pueden también atestiguarlo nuestros más cercanos antepasados, porque ellos también los vieron cruzar las pampas argentinas, en busca de la gloria y de la muerte en las guerras de la emancipación, o en busca de la vida y del amor más allá de la sierra lejana...

El centauro simboliza el consorcio íntimo que el hombre primitivo celebró con el caballo. Así la potencia muscular de éste sirvió para que aquél conquistara el desierto y la libertad.

Nuestra historia lo prueba a cada rato : centauros fueron los gauchos de Güemes, Quiroga y Paz, y también lo fué el mismo Rozas que, según cuentan, era un jinete insuperable.

.....
Hoy ya no se ven centauros; en cambio, a cada rato vese cruzar por los caminos que horadan el corazón de las pampas argentinas, monstruos que la fecunda imaginación de los griegos no pudo crear : el cuerpo vivo de un hombre unido al cuerpo acerado de una máquina. Esta

máquina es ciertamente más incansable que el caballo; pero la figura del caballo es ciertamente más bella.

8.

Horas apacibles.

En el fondo de todo ser humano, hay un noble deseo de conquistar la dicha. Pero cada uno entiende la dicha a su manera.

Para unos es el oro; para otros es la gloria; para algunos es el saber.

Pocos espíritus selectos son los que buscan en la paz de la naturaleza una humilde compensación a sus inquietudes de la vida.

¡La mayoría no sabemos acercarnos a la naturaleza! Por el contrario, la costumbre de vivir entre paredes nos aleja cada vez más de ella.

Así vamos poco a poco dejando a nuestras espaldas la profunda belleza de las cosas naturales.

Hombres existen, en las ciudades, que no han visto nunca el serpenteo de un arroyuelo que se pierde entre matas y reaparece más allá de un bosque; que no han oído el canto de un pájaro

libre sobre una rama oscilante; que no han aspirado el perfume de flores silvestres en una mañana primaveral; que no conocen la línea del horizonte limitando una extensión dilatada; que no saben del oleaje dorado del trigo, ni del violáceo color de las sierras enjutas; que no conocen la emoción de los caminos solitarios, y la paz de las horas tranquilas en la beatitud de los campos fecundos; que no saben de esas horas apacibles, de esos instantes de recogimiento, de esa vida serena y silenciosa, sin afanes, sin fiebres, sin vesánicos delirios.

9.

La escultura en Grecia.

Miremos un mapa. La Grecia es una península en forma de triángulo. Unid a ella un centenar de islas con la costa asiática enfrente : una franja de pequeños países cosidos a los grandes continentes salvajes, y un sembrado de islas esparcidas sobre un mar azul que está encerrado en esa franja : ésa es la comarca que ha alimentado y formado ese pueblo tan precoz y tan inteligente. Es un hermoso país que lleva el alma hacia la alegría y empuja al hombre a considerar la

vida como una fiesta. Parece como que en este país no hay invierno. Los alcornoques, los olivos, los naranjos, los limoneros, los cipreses, forman en los huecos y al borde de las zanjas un eterno paisaje de verano; bajan hasta el borde del mar; en algunos sitios, naranjas que se desprenden de sus tallos caen en el río. No hay niebla y casi ninguna lluvia; el aire es templado; el sol es beneficioso y suave. El hombre no se ve obligado a defenderse contra la inclemencia de las cosas a fuerza de inventos complicados. No necesita inventar salas de espectáculos ni decoraciones de ópera; no tiene más que mirar en torno suyo; la Naturaleza se los suministra más hermosos que los que podría crear su arte.

“ ¡Oh griegos, griegos! — decía a Solón un sacerdote egipcio, — sois unos niños.” Efectivamente, han jugado con la vida, con todas las cosas graves de la vida. Por eso es por lo que han sido los artistas más grandes del mundo. Han tenido la encantadora libertad del espíritu, la superabundancia de alegría inventiva, la graciosa embriaguez de imaginación que empujan al niño a fabricar y a manejar incesantemente pequeños poemas, sin otro objeto que el de encarrilar las facultades nuevas y demasiado vivas que de pronto se despiertan en él. Los tres rasgos principales que hemos distinguido en su carácter son precisamente los que hacen el alma

y la inteligencia del artista. Delicadeza de percepción, aptitud para recoger las relaciones sutiles, sentido de los matices, ahí está lo que le permite construir conjuntos de formas, sonidos, colores, acontecimientos.

En el tiempo más hermoso de Grecia, "un joven aprendía a leer, escribir, contar, a tocar la lira, a luchar, y a ejecutar todos los demás ejercicios corporales". Un poco más viejo, escuchaba en el ágora discursos de oradores, decretos, menciones de leyes. En tiempo de Sócrates, si era curioso iba a oír las disputas y las disertaciones de los sofistas; algunos se interesaban por las demostraciones geométricas. Pero, en suma, la educación era toda gimnástica y musical. Aristófanes promete al joven que siga sus buenos consejos la buena salud y la hermosura gimnástica: "Tendrás siempre el pecho lleno, la piel blanca, las espaldas anchas, las piernas grandes... Vivirás hermoso y floreciente en las palestras; irás a la Academia a pasearte a la sombra de los olivos sagrados, una corona de juncos en flor sobre la cabeza; con un amigo sabio de tu edad, a placer perfumado por el buen olor del cedro y del álamo retoñante, gozando de la hermosa primavera cuando el plátano murmura al lado del olmo."

Los contemporáneos de Pericles y de Platón no necesitan de efectos violentos e imprevis-

tos que aguijoneen su atención embotada o su sensibilidad inquieta. Un cuerpo sano y floreciente capaz de todas las acciones viriles y gimnásticas, una mujer o un hombre gallardos y de noble raza, una cara serena en plena luz, una armonía sencilla y natural de líneas felizmente enlazadas y desenlazadas : no necesitan espectáculos más vivos. Quieren contemplar al hombre proporcionado a sus órganos y a su condición, dotado de toda la perfección que puede tener en estos límites; ni otra cosa, ni nada más; lo restante les hubiera parecido exceso, deformidad o enfermedad. Tal es el círculo en el que la sencillez de la cultura los ha retenido, y más allá del cual la complejidad de nuestra cultura nos ha empujado : han encontrado allí un arte apropiado, la estatuaria.

Si alguna vez la correspondencia del arte y de la vida se ha manifestado en rasgos visibles, es en la historia de la estatuaria griega. Para hacer el hombre de mármol o de bronce, han hecho primero el hombre vivo, y la gran escultura se desarrolla en ellos en el mismo momento que la institución por la que se forma el cuerpo perfecto. Ambas se acompañan como los Dióscoros, y, por una coincidencia admirable, el crepúsculo dudoso de la historia lejana se alumbra a la vez con sus dos rayos nacientes.

H. TAINE.

10.

Sabor amargo.

Tiene la historia que sigue algo como un sabor amargo. Algo de esa amargura, extraña que poseen ciertos remedios, indicados en misteriosas droguerías. Pero es un sabor al fin. Carece esta humilde historia de esa plebeya y baja condición de tantas historias que no saben a nada. Narraciones insípidas; literatura bárbara, condenable y aborrecible por siempre.

Era el protagonista de esta historia, un anciano profesor de matemáticas. Durante treinta años, había enseñado a sus alumnos la abstracta belleza de las ecuaciones, la pureza intangible de los polígonos y el secreto violable de los teoremas.

Pero este profesor, que con tanto ahinco había tratado de colocar en el cerebro de sus oyentes el lente poderoso de las matemáticas, a través del cual se escrutan algunos misterios del universo, no había faltado una sola vez al dictado de sus clases, en el largo transcurso de sus treinta años.

Como consecuencia de esta inatacable puntualidad, habíase organizado entre sus alumnos un odio hereditario contra el profesor y su materia. Jamás, al toque de campana, dejó

de cruzar el corredor de la sombría escuela la siniestra figura de aquel tozudo personaje.

Sin embargo, una mañana, un temblor raro estremeció la escuela. Los alumnos se miraron con asombro. El corredor aquel no vió pasar la implacable figura magisterial, y el ruido de sus pisadas no fué levantado en vuelo por el aire.

Las caras de los alumnos que lo esperaban resignados, dibujaban una diabólica sonrisa de satisfacción; el profesor comenzaba a claudicar...

Pero una hora más tarde, se sabía la causa de la ausencia. ¡El profesor había muerto!

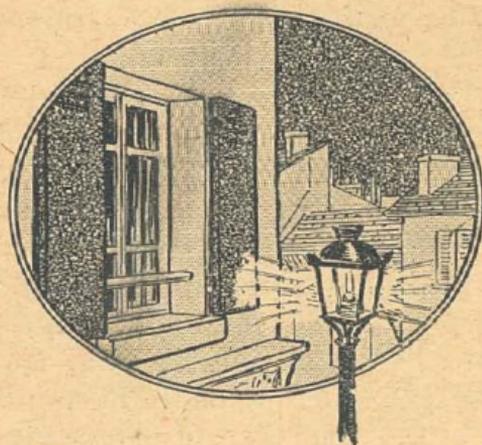
En el alma despavorida de los alumnos hincó sus dientes la consternación. Y hasta alguna lágrima, que no pudo rodar por la mejilla, rodó hacia adentro, por secretos meandros de la mente.

Y he aquí cómo aquel profesor, que en vida, a fuerza de dolorosas austeridades, sólo había logrado levantar injustamente un como pálido odio en el corazón de sus oyentes, lograba ahora, en virtud de la trágica circunstancia de su muerte, un piadoso recuerdo de comprensión y de ternura.

11.

Luces pálidas.

Frente a la ventana de mi cuarto de dormir, que da sobre una calle solitaria, hay un pequeño farol.



La mayoría de las noches, todos estos faroles permanecen apagados, ya sea por negligencia del encargado de encenderlos o porque se considera suficiente con que brille en el cielo con su nívoo fulgor la argentada luna.

Únicamente en las noches que se anuncian muy oscuras los encienden; en las noches en que estará ausente la blanca luminaria. Un viejecito encorvado por la edad recorre entonces todo el largo de la calle munido de una adecuada escalera; y a su paso va lentamente haciendo surgir, sobre las sombras del crepúsculo, una larga hilera de luces mortecinas.

Pero a mí me interesa el que existe frente a mi ventana. Muchas veces, en el contorcio de

la noche, lo he contemplado largo rato a través de los cristales de la ventana.

Y me ha hecho meditar mucho.

¡Farolito melancólico y humilde! Brillas con suave luz, en la noche oscura y silenciosa; pones sobre la calle negra tu suave mirada luminosa; y alumbras sin ostentaciones, con tus resplandores pálidos, el trozo de pared que rodea a mi ventana.

Realizas, farolito, la más noble misión: ¡iluminas!

Cuando el viejecito bondadoso te enciende, en la penumbra crepuscular, huyen las sombras en torno tuyo.

¡Farolito humilde y melancólico! Eres hijo del sol y hermano de la blanca luna. Naciste para clarear algún rincón de la tierra; para iluminar el rostro quizás afligido de algún transeúnte; para señalar una ruta en la obscuridad; para poner sobre las sombras nocturnas un dejo de luz solar.

¡Tienes, farolito de mi ventana, la nobleza de los seres que prodigan, generosos, sus modestos dones!

Das tu pálida luz, con el mismo hondo regocijo con que una flor exhala su perfume, con que una madre prodiga su cariño, con que una canción regala su melodía, con que un árbol otorga su sombra al viajero atormentado por el ardor y la fatiga del camino.

¡Farolito melancólico! Mis noches son más dulces y tranquilas cuando el viejecito viene a encenderte a la hora del crepúsculo; cuando tu llama pálida pone sus resplandores tibios sobre la pared que rodea a mi ventana, y alumbra sin ostentaciones un pequeño trecho de la calle oscura y solitaria.



SARMIENTO

12.

Antorcha luminosa.

Entre los viejos papeles de mi biblioteca, encontré una composición escrita hace muchos años en homenaje a Sarmiento. Hela aquí :

“ Nació Sarmiento en San Juan de Cuyo, el 15 de Febrero de 1811. Era hijo de una noble familia española.

Recibió por primera vez, de su pariente el capellán José Oro, el soplo vivificante de la educación, limitada a algunas lecciones de gramática y de latín entremezcladas con consejos para amar a la patria y adorar la libertad. Con estos conocimientos entró Domingo Faustino

Sarmiento en la reñida batalla de la vida.

Era tal su apasionamiento por la educación, que a los quince años tuvo la singular audacia de abrir una escuela para instruir a hombres de veinte que, aun cuando pertenecían a familias pudientes, no habían tenido la fortuna de experimentar los beneficios del saber.

De maestro, el azar de la vida lo llevó a ser comerciante, y de comerciante trocose en osado militar blandiendo el acero resplandeciente contra la tiranía de Rozas y de Quiroga. Vencido en la refriega, huyó a Chile buscando amparo.

Con el poco dinero que allí ganaba, adquiría libros, que adoraba con verdadera pasión, porque sus páginas le abrían nuevos horizontes a su espíritu ansioso de luz y de saber.

Cuando volvió a su pueblo nativo fundó una escuela para niñas y un diario llamado "El Zonda", en el cual hablaba de educación y de moral.

Pero fué arrestado por orden del gobernador de San Juan, prohibiéndosele la publicación del periódico. Pudo escapar de la prisión y volvió a refugiarse en Chile, donde continuó sus nobles tareas en pro de la educación.

En Europa tuvo ocasión Sarmiento de ponerse en contacto con distinguidos educadores, nutriendo su espíritu con vastos conocimientos y adquiriendo la visión clara de que la escuela es elemento

indispensable para la formación de los pueblos.

Cuando volvió, hizo, por medio de la prensa, una cruenta guerra contra la tiranía de Rozas, consiguiendo tener siempre alerta al pueblo oprimido por el dictador, hasta que el 3 de Febrero de 1852, en la encarnizada batalla de Caseros, que fué como un estallido de rencores, Sarmiento, Urquiza y Mitre derribaron por completo la despótica tiranía de Rozas.

Y dos días después, Sarmiento, sentado delante del bufete, escribía, con la pluma sangrienta con que Rozas firmara siniestros decretos de muerte, el relato de la victoria que abatió a éste de golpe.

Tranquilo ya en el suelo que lo vió nacer, Sarmiento comenzó a realizar los sueños de regeneración y progreso que había forjado en su juventud. Por eso esparció generosamente por todas las pampas argentinas, escuelas, llevando así a lo más recóndito de su país el más fecundo germen de civilización.

Después de ser Presidente de la República, desde 1868 hasta 1874, murió fuera de su patria, en la Asunción, el 11 de Septiembre de 1888.

Sarmiento fué educador apasionado, escritor fecundo, estadista eminente, militar aguerrido y periodista de combate.

¡Niños! Conocéís lo que hizo Sarmiento. ¡Admiradle, pues, con profunda veneración, y cuando paséis por su tumba o cuando os detengáis a con-

templar su estatua, que tan intensamente lo evoca, elevad vuestro pensamiento hacia el que es la antorcha luminosa que alumbrará el camino de vuestro porvenir!

13.

Atardecer.

Rompiendo los celajes de la cumbre
a cuyos pies el valle se dilata,
abre el sol su abanico de escarlata,
decoración de mágica techumbre.

El arroyo la cálida vislumbre
en su limpieza de cristal retrata,
y son las aguas fugitiva plata,
y son las nubes polvorienta herrumbre.

La tarde exalta el júbilo del día
y estalla en colosal policromía;
quimérico país tórnase el cielo

y allá sobre las diáfanas campañas,
hacia el confín azul de las montañas
un cóndor solitario bate el vuelo.

JUAN CARLOS DÁVALOS.

14.

Claridad.

Cuando el sol derrama su fuerte luz sobre los objetos del mundo, nuestro espíritu se exalta a todos los nobles sentimientos; cuando la obscuridad impone su hegemonía, nuestro espíritu se inquieta y estremece.

A la blanca claridad del día florecen la bondad, el bien, la ternura; en la negra obscuridad de la noche se agigantan enfermizos pensamientos. Por eso el día se ha hecho para el trabajo y la noche para el sueño.

Plantemos nuestra vida en el lugar más claro del universo. Envolvamos de claridad nuestras ideas.

No nos conformemos con ideas confusas, con pensamientos oscuros, con ciencia deformes. Lo que no alcancemos a comprender con claridad, no nos pertenece. Y si de ideas no claras se ha formado nuestra mente, es porque no hemos alcanzado la posesión de personalidad; es porque pensamos con cabeza ajena.

Hagamos un día la revisión de todos nuestros pensamientos y tengamos el heroísmo de sacrificar a los que con poca claridad se nos presenten.

¿Para qué nos sirve, en efecto, saber mal las cosas? ¿Qué utilidad podemos obtener de un conocimiento a medias, de una sabiduría trunca?

La ignorancia, gran mal de los hombres, se opone a la ciencia; pero más perjudicial que la ignorancia, es aún el conocimiento imperfecto.

¡Aprendamos con suma claridad; adoptemos únicamente las ideas que se nos presenten con nítidos perfiles; meditemos únicamente con pensamientos blancos como la luz del sol y transparentes como el agua cristalina!

La claridad de la mente equivale a un camino recto, a una intención noble, a un sentimiento puro.

Y en un mediodía primaveral, bajo la luz del sol que nos inunda de blancura, proclamemos nuestra fe en la claridad de las ideas.

15.

Blasón de plata.

El himno que cantara nuestro pueblo desde el primer instante de la gesta, fué un himno fervoroso a la Libertad. Grito de guerra ante el trono de los virreyes, fué a la vez un salmo de concordia ante el altar de la Patria. El ritmo

del decasílabo heroico traducía en su agitación el tumulto de las ansias del pueblo; y la unción de su canto tenía la serenidad de la esperanza... Tal volvemos a oírle, cien años después : briosa la letra como la acción de aquel día; solemne de música como la unción de su gloria... Deplorable modelo de retóricas, las rimas que le falten o las sílabas que le sobren, no le han impedido volar sobre los claustros académicos, porque fué lanzado su verso agudo al ámbito donde vuelan las flechas. Para eso no le consagró el veredicto de los certámenes florales, sino un senado de patricios; ni le estrenó el orfeón de las verbenas, sino la épica hueste que cumplía al morir el juramento del coro, rugiéndole en la batalla por sus mil bocas roncas de sangre :

*Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir.*

Ese himno tomó su inspiración en la propia tierra conflagrada donde debía cantarse. A pesar de las reminiscencias clásicas entonces en boga, prefirió la simplicidad y rudeza de las cosas americanas. El único nombre exótico que entre ellas asoma, es el de Marte, pero embelleciendo con su prestigio los rostros bronceados de los nuevos campeones. Fuera de aquélla, todas sus voces han brotado del alma colectiva y se siente a las veces, en su sólida contextura : — “ San José, San

Lorenzo, Suipacha" — "Potosí, Cochabamba, La Paz" — el áspero laconismo de un mensaje en la guerra; o en el nervioso decasilabo sus tres acentos golpean: "¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!" — como tres hondazos indios en el metal de una rodela enemiga.

Salmo de concordia ante el altar de la Patria, resuena por los siglos de los siglos aquella parte del Himno que tiene la serenidad de la esperanza y el entusiasmo de esa libertad. Himno de paz, antífona de amor, loa de gloria, la musa indiana canta en aquellos versos con apolínea serenidad y varonil entusiasmo. La memoria de ninguna ofensa oscurece sus ojos, el ansia de ninguna venganza enronquece su voz. El sentimiento patrio se levanta sobre ellas con la majestad de los cóndores triunfales sobre la aspereza de las crestas andinas. Generoso y optimista en su juventud, ofrece al mundo sus dones y oye que el mundo lo saluda proclamándole grande. Si habla de la vida, la desea eterna y coronada por los laureles del triunfo que conquistó su valor; si habla de la muerte, la desea heroica, o sólo como castigo de una vida sin gloria; si habla de tronos, ya no es de los que destruye, sino de los que levanta a la igualdad ennoblecida; si habla de trofeos, ya no es de los que arrebatan al vencido sino de los que trae a la patria como presea de su libertad.

Una absoluta confianza hinche el pecho de la raza nueva al modular ese canto, y el gesto militar no asoma entonces sino en el paso denodado con que emprende su marcha hacia el porvenir.

Nuestra historia de cinco siglos no se hubiera realizado sin esa tierra legendaria que tentó al conquistador, que asimiló al inmigrante, que caracterizó a su descendiente, que le alió al aborigen en la unidad de un pueblo, y que hizo el alma argentina valiente, generosa, altiva y optimista.

La tierra indiana ha sido nuestra cuna y nuestro blasón; la tradición argentina encuentra en ella su origen y su continuidad; se bautiza en las aguas natales de nuestro río, se nutre en el limo fecundador de sus pampas, se corona de luz en la cima inviolada de sus montañas, se embellece en la fuente de sus leyendas geográficas, y tomando de la herencia incaica la única parte que le correspondía, finge de azul y sol, bajo los cielos australes, la simbólica gloria de su bandera...

RICARDO ROJAS.

16.

El juicio de la Historia.

Un día, la Historia, en su trono de siglos, reunió a tres hombres : un rey, un sabio y un poeta, para entregar una corona de laureles a aquél que en la vida hubiera realizado mayor proeza.

Cada uno colocó sobre la balanza de la justicia el hecho con que aspiraba a adjudicarse la gloria.

Presentóse el rey y dijo con orgullosa voz :
" Yo gané cien batallas, y conquisté el mundo en mi caballo de guerra. El sol no pudo nunca ocultarse sobre el horizonte infinito de mis dominios. "

Presentóse luego el sabio y dijo con voz serena y calmada :

" He descubierto la órbita de los planetas en el espacio. Todos los astros me obedecen sin titubear, e impasibles siguen la ruta que he trazado con mis cálculos y mi saber. Mi imperio, sin esclavos ni lacayos, se extiende más allá de las últimas estrellas. "

Acercóse por último el poeta, y con humilde voz dijo a la Historia :

“ Yo pulsé las liras del sentimiento humano. He hecho llorar; he hecho sentir. Y he sentido y he llorado bañando mi corazón en el dolor de los demás corazones. No tuve caballo de guerra, ni mi dominio se extendió tan lejos como las estrellas. Mi dominio estaba en el dolor humano, en las hondas penas humanas. Con mis cantos hallaron consuelo muchos pechos llenos de amargura.”

Y después que hubieron hablado los tres, la Historia, pronunciando su veredicto, puso sobre la frente del poeta la corona de laureles.

17.

Cuando leo el Quijote.

Yo no río cuando leo el Quijote. En vez de risa, su lectura me produce una impresión desconcertante.

Porque ese hombre, que confundía los rebaños con ejércitos, los molinos con gigantes, y las venteras con princesas encerradas en castillos medioevales, llevaba tanta nobleza en su ideal, tanta hidalguía y generosidad en sus quimeras,

que, en verdad, no comprendo cómo ciertas gentes ríen sobre sus desventuras.

Muchas veces, al leer las hazañas del Caballero de la Triste Figura, me ha parecido que de sus páginas hondas y dolorosas hubiera brotado un viento frío.

¿Quién no ha de sentir congoja en esos momentos en que la dura realidad de las cosas destruye la visión de Don Quijote?

¿En esos momentos en que viene Sancho a decirle al golpeado caballero andante, como burlándose de su dolor : “ Señor Don Quijote : lo que usted dice ser gigantes, son molinos ” ?

Un gran poeta decía con razón : “ No he leído nunca un libro tan austero como ese divertido Don Quijote. ”

Y así es, en efecto, porque lo que hay de cómico en ese libro, es lo que hay de trágico en la humanidad.

Por eso, cuando en ciertas tardes leo ese libro máximo, que simboliza un aspecto de la naturaleza humana, siento que una niebla se levanta de sus inmortales páginas llenando mi alma de hondas preocupaciones.

18.

Días de sol.

Tendámonos al sol en la gramilla,
bañémonos de sol, frente al paisaje,
y disfrutemos esta paz sencilla,
esta calma salvaje,
de los cielos profundos a la orilla.

No lejos se desata bulliciosa
la acequita serrana
en cuya linfa juguetón retoza
“ Grey ”, nuestro perro, al sol de la mañana.

El terranova, en su alegría loca,
repecha galopando la corriente,
y sopando la boca
en los chorros se empapa hasta la frente.

No turba el hondo cielo transparente
ni una nube ligera,
y está claro el paisaje cual si fuera
visto a través de un lente.

Al paso de la brisa en oleadas,
exhalan los churcales de la loma
el delicioso aroma
de sus flores doradas.

El sol los secos pastizales dora,
y las plúmulas finas de las cañas,
y tiemblan a la luz develadora,
el ala del insecto zumbadora,
y la red de ilusión de las arañas.

Abatiéndose a ras de los potreros
huyen del gavilán los jilguerillos,
y grita en los maizales amarillos
la caterva de loros barranqueros.

En la inmensa llanura
a gran distancia, horizontalmente,
como una larga escolopendra oscura,
pasa un tren por un puente.

Arriba, a veces resbalando flota
por la límpida esfera,
como sobre un cristal corre una gota,
algún ave viajera,
acaso un cóndor que planea lento,
vira en tendidas curvas elegantes,
y paira al alto viento
con las sólidas rémiges tirantes.

Por el filo rocoso
del cerro serpentea
un camino de cabras tortüoso,
y la falda del monte nemoroso
en su opulencia de astracán verdea.

Destacan, satinándose de cielo,
las montañas al pálido horizonte
sus arrugas de pardo terciopelo,
y muestra en el confín un agrio monte,
de todos el más alto,
batido por los vientos del invierno,
en su quebrado lomo de basalto
un nítido filón de hielo eterno.

Son las regiones arduas de la puna,
y de los páramos de sal y nieve,
blancos como la luna,
hollados sólo por el rastro leve
de las vicuñas, esos trashumantes
rebaños de Coquena,
pensativos y errantes,
que parecen llevar en las pupilas
lãs tinieblas azules y la pena
de las noches tranquilas.

JUAN C. DÁVALOS.

19.

Mente robusta.

Ayer, relejendo mis apuntes históricos, he pensado que si la historia de los pueblos no hubiera sido siempre contemplada a través de los hechos militares, es seguro que la figura de Moreno habría adquirido relieves más destacados.

Moreno ha sido llamado el alma de la revolución Argentina, y es exacto.

Su espíritu enérgico y previsor se transfundió en el espíritu de aquella masa popular que, animada por la fuerza incontrastable de los tiempos, iba en un solo golpe a abrir la más honda brecha sobre el ya largo coloniaje español.

Todo el contenido ideológico de la revolución argentina coincide con el contenido espiritual de



MORENO

aquella robusta mentalidad que fundara "La Gazeta", y que trocara sus páginas en la más alta y hasta ahora insuperable cátedra de educación política.

A propósito de la figura de Moreno, conviene recordar lo siguiente :

Muchos geógrafos, cuando desean poner de manifiesto la importancia de los ferrocarriles argentinos, dibujan en un mapa imaginario nuestra red ferroviaria, extendida sobre el continente europeo.

De la misma manera, el historiador, en una imaginaria crónica historiográfica, debiera colocar la personalidad de Moreno actuando, por ejemplo, en medio de los sucesos de la revolución francesa. Y veríamos quizá, en la historia de Europa, a Moreno, como la primera figura política de la historia moderna.



20.

Viajeras de la tarde y de la noche.

No existe en la naturaleza ningún detalle que no revele sabiduría. Desde el gusano que se arrastra temeroso por el suelo, hasta el águila que remonta las alturas; desde el insecto cuya vida es regida por misteriosos instintos, hasta el hombre que ostenta orgulloso el desarrollo de su inteligencia y la perfección de su lenguaje : todo es admirable, todo es maravilloso en la santa naturaleza, madre fecunda de las ciencias y de las artes.

Cada uno de esos pequeños animales, que a veces despreciamos, contiene un universo. La vida de un mezquino insecto encierra sorpresas que asombran.

Sin embargo, ¡cuánta gente ignora la existencia de esos mecanismos estupefacientes! ¡Parece increíble que multitud de hombres no se hayan asomado nunca a contemplar o estudiar esas pequeñas maravillas!

Bien es cierto que la mayoría de los insectos es dañina. No obstante, la presencia de un insecto, mariposa o escarabajo, abeja o libélula, despierta en mí sentimientos de admiración, casi diría de respeto. Considero que colocarse frente a un fenómeno natural, ya sea una hormiga o una cascada, con una especie de veneración, es una nobleza de la mente humana, es un signo de superior jerarquía intelectual.

El hombre que no se emociona ante la belleza o la sabiduría de la naturaleza, es un hombre incompleto.

Todos los grandes sabios de la humanidad nacieron del poder de emocionarse frente a los misterios de la naturaleza, así como los artistas se engendraron en la emoción de lo bello.

No es extraño, pues, que algunas de mis horas favoritas, las dedique a la reverente contemplación de esos espectáculos naturales.

Pero hay algo en todo ello que me conmueve

más que nada. Es el vuelo agitado de las inermes mariposas, principalmente de las crepusculares y nocturnas. Me conmueven porque en cada mariposa hay como un alma de viajero. De flor en flor, de rama en rama, de floresta en floresta, recorren grandes extensiones, llevadas por un afán insaciable, por un deseo inquieto de recorrer quizá lejanas tierras.

Todas las tardes, en la última hora crepuscular, pasan las rápidas esfinges, mariposas grandes de alas triangulares.

Unas tras otras, viajeras ignoradas de la tarde moribunda, desfilan hacia inexploradas regiones. El azar y la aventura las impulsa...

Y cuando ya la noche ha entrado, cuando el crepúsculo se ha deshecho en densa obscuridad, las falenas de rumbo misterioso, mariposas nocturnas, viajeras a espaldas del sol, comienzan a desfilan como pequeñas sombras fugitivas.

21.

Sombras de eucaliptos.

I

En un pueblo tranquilo y lejano, donde paso mis vacaciones, he conocido un hombre de regular edad, de carácter sombrío y trato reservado.

En su semblante había siempre un aire de honda gravedad. Creyendo que su manera de ser tuviese origen en alguna desgracia, trabé relación con él.

Quería conocer bien el interior de aquella alma. Siempre he tenido placer en investigar cómo sienten y cómo piensan los hombres, y qué deseos palpitan en lo hondo de sus mentes.

Una tarde, a la sombra de unos eucaliptos, conversábamos :

— ¿Por qué — le pregunté — tiene usted siempre un aire de tristeza?

No me contestó; yo seguí diciéndole :

— Noto siempre en su mirada un fondo de melancolía, que me llama poderosamente la atención. Aprovechando la soledad en que nos encontramos, propicia para las confidencias, me he permitido hacerle esa pregunta, que con razón encontrará usted indiscreta. — El hombre per-

maneció un rato silencioso, con la mirada vaga, como quien mira el aire que se interpone entre nuestros ojos y el alejado horizonte.

Después, reposadamente, me habló de esta manera :

— Yo sufro un mal que consiste en no saber lo que se sufre. Deseo, y no sé lo que deseo; mis aspiraciones son tan vagas como las figuras que dibuja en el cielo una nube azotada por el viento. Si algún día consiguiera determinar concretamente en qué consiste mi aspiración, sería feliz. Mientras tanto, cada instante que pasa pone y vuelca en mis labios la copa de la amargura. En mi vida falta un interés que me aliente, un ideal que me estimule...

Y volvió a quedarse silencioso, en medio del silencio de aquel lugar, semiobscurificado por la sombra de los altos y enhiestos eucaliptos.

.

II

Yo, partidario de buscar siempre soluciones a los problemas morales que la vida plantea a los espíritus, le hablé una tarde así :

— Creo que su mal no es incurable. Como Vd. mismo lo ha dicho, falta en su vida un interés; a ello se debe que le parezca tan desabrido el

vivir. Comprendo perfectamente que ha de ser muy triste saber que pasan los días tras los días, y se deslizan las horas tras las horas, sin que traigan nunca para nuestro corazón una pequeña alegría; pero creo firmemente que de ello tenemos nosotros la culpa. Cuando nuestra vida está vacía de ideal, es necesario que nos esforcemos por crear algún interés que la amenice y dignifique. ¿Por qué no trata usted de cambiar su vida, creando un ideal nuevo, sobre los intereses muertos que ha arrojado en su camino?...

A la sombra de los altos y enhiestos eucaliptos, aquel hombre me miró extrañado.

III

— No estoy conforme con mi vida — me decía una tarde, ya próximo el crepúsculo. — Mis negocios, aun siendo excelentes, no bastan para embellecer mi vida.

Entonces yo le contesté : — Forme usted un hogar. A su edad la vida solitaria deforma el carácter, y por otra parte, se le presentaría el gran interés de crear la personalidad de sus hijos. Un hijo tal vez alegraría su existencia.

— Me es imposible — me contestó.

— Dedíquese entonces a la lectura. Si consiguiera usted crear la pasión de leer, estaría

salvado. Como no es posible que se consagre a leer obras científicas, lea por lo menos novelas, versos...

— Tampoco es posible — me replicó.

— ¡Pero hombre! — le dije entonces. — Es necesario que haga algo. Parece usted una persona que hubiera colmado todas las aspiraciones y a la cual ya nada le quedara por aspirar. Imagínese un hombre que, habiendo deseado conquistar riquezas, lograra acumular todo el oro del mundo; ¿sería feliz acaso? — Imagínese otro, que habiendo aspirado a la sabiduría, lograra poseer todos los secretos del universo; ¿sería acaso feliz? ¡No! Es bueno que quede siempre algo por delante; que haya siempre un más allá en nuestra ruta...

— Mi ruta — me interrumpió bruscamente — está terminada.

— Ensaye sin embargo algo — le dije. — No se desaliente. Busque alguna actividad modesta, que proporcione aunque nada más sea un pequeño interés a su vida...

Hubo un largo silencio. Después, súbitamente me habló así :

— Todo ha muerto para mí, porque tuve un hogar y fué deshecho por el dolor. Ahora vivo solamente de lejanos recuerdos; de dichas pasadas que no han de renacer. Mi vida es como la sombra de estos árboles, a cuyo amparo conversamos. Mi vida es como toda sombra : una ausencia de sol.

22.

Laplace anda por las calles de París.

Era Laplace hijo de un aldeano de Normandía. A los veinte años se marchó a París con la cabeza llena de matemáticas y teniendo como capital unas cartas de recomendación a D'Alembert. D'Alembert no le recibió.

Ahora, alma, meditarás sobre los pasos de desesperación de este hombre por las calles de París. Las calles son grises y hay muchas ventanas, y detrás de cada ventana es vivida aisladamente una pequeña vida. En invierno llueve y la humedad se filtra a través de los zapatos de la pobre gente. También hay coches, que salpican de barro al pasar, y grandes palacios de puerta cerrada que los pálidos matemáticos de veinte años no pueden hacer abrir.

Luego hay la catacumba en que viven juntos los ensueños y las ambiciones con las decadencias miserables.

Laplace anda, pues, por las calles de París, llevando en el corazón la herida de la humillación tremenda. Hay que representarse lo que un hombre como D'Alembert significaba entonces. Filósofo y físico, árbitro de la política y de los salones, corresponsal de reyes y conversador ideal

ante las damas, todo era posible alcanzarlo con su ayuda. ¿Qué, sin ella, podía lograr el pobre estudiante?

Anda, anda Laplace por las calles indiferentes de París.

De pronto se detiene. En su cabezota de terco normando ha nacido una resolución. Sube a su buhardilla sórdida. Toma una pluma y escribe al enciclopedista omnipotente : " Señor : he estado a visitaros y no me habéis recibido. Voy a exponeros, sin embargo, mis ideas sobre la mecánica. " Y las exponía en una epístola dilatada. Al siguiente día, D'Alembert ya se ocupaba en su suerte. Pocos días después, Laplace era un protegido de Federico de Prusia, rey-filósofo.

Porque había reyes-filósofos, entonces.

EUGENIO D'ORS.

23.

Del terruño.

Cantar a las cosas queridas de la tierra natal; cantar a las montañas, a los ríos, a los bosques, a los valles; cantar a los animales que enriquecen nuestra fauna y a las plantas que adornan nuestra flora, es un placer sublime.

Es muy noble, es muy digno, enaltecer lo que

nos rodea : el color de nuestras flores, el sabor de nuestras frutas, la riqueza de nuestro ganado, la fecundidad de nuestras tierras, la benignidad de nuestro clima.

Por eso el poeta que dedica algunas páginas para cantar a sencillas cosas del terruño nativo, hace obra laudable y meritoria. Rafael Obligado, por ejemplo, ha escrito la espléndida poesía que sigue, cantando a la silvestre rosa del Paraná :

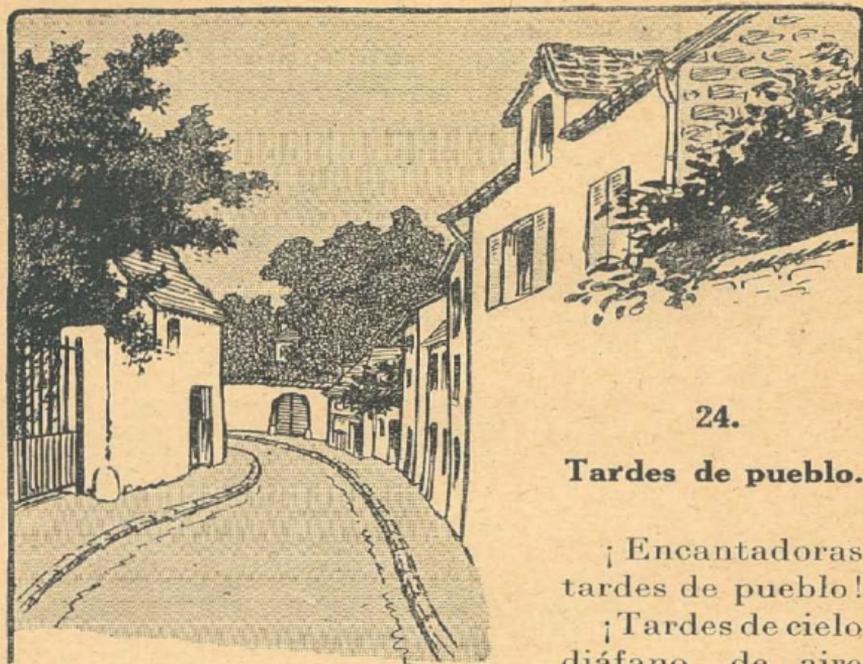
“ ¡Rosal silvestre, jamás herido
Ni por la audacia del picaflor,
De los jardines desconocido,
Rosal sincero
Sin jardinero,
Rosal en llamas, rosal en flor!

Intacto adornas los saucedales,
Y es voluptuosa tu laxitud,
Sólo a la márgen de los raudales
Que te reflejan
Y que se alejan
Rimando ensueños de juventud.

Ninguna frente como tu frente,
Ruborizada por la pasión,
Toma del nimbo del sol naciente
La luz incierta,
La que despierta
En sonrosada coloración.

Porteña mía, castillo fuerte
Donde encantado mi ser está,
Cielo extendido sobre mi suerte,
Flor de una vida
Desconocida,
Tú eres mi rosa del Paraná."

¡Ojalá cada uno de nosotros pueda, a cierta altura de la vida, entonar una tierna canción a alguna humilde flor silvestre del terruño!



24.

Tardes de pueblo.

¡ Encantadoras
tardes de pueblo!

¡ Tardes de cielo
diáfano, de aire

tibio, de rumores suaves, de ráfagas aromáticas!

¡ Poéticas tardes de los pueblos apacibles, de encanto inexplicable y misterioso! •

¡ Nunca recuerdo haber gozado tan hondamente la rústica belleza aldeana, como en esas tardes deliciosas; nunca recuerdo haber sentido tanto amor a las casas modestas, a las calles polvorientas, a los jardines pequeños, y a los huertos labrados, como en esas tardes de quietud profunda: como en esas tardes de las siestas estivales en que los ancianos dormitan en algún rin-

cón sombreado de los patios anchurosos, y en que los jóvenes sentimentales leen sus libros preferidos bajo la parra familiar cargada de racimos turgentes y sabrosos!

¡Cuántas tardes, semidormido, y a la sombra de la higuera que abre sus frutos rojizos sobre la pared del huerto, he soñado y he pensado en todas las cosas buenas de la vida!

¡Bellas y encantadoras tardes de pueblo!

¡Tardes de aromáticas ráfagas, de diáfano cielo, de tibio aire, de suaves rumores!

25.

Fragmento.

Nuestros poetas del pasado han escrito páginas muy bellas. Si echamos una ojeada a la historia de la literatura argentina, encontraremos a cada instante preciosas manifestaciones del ingenio, verdaderas joyas de la espiritualidad.

En el huerto sonoro de la poesía nacional y al lado de soberbias inflorescencias, humildes florecillas cual violetas de la modestia esperan al curioso que sepa contemplarlas y comprender su sencilla belleza.

Como demostración de lo anteriormente dicho, transcribo a continuación un fragmento de Esteban

Echeverría, el más romántico de nuestros pasados poetas :

“ Creció acaso arbusto tierno
A orillas de un manso río
Y su ramaje sombrío
Muy ufano se extendió;
Mas en el sañudo invierno
Subió el río cual torrente
Y en su tímida corriente,
El tierno arbusto llevó.
Reflejando nieve y grana,
Nació garrida y pomposa
En el desierto una rosa
Gala del prado y amor;
Mas lanzó con furia insana
Su soplo inflamado el viento,
Y se llevó en un momento
Su vana pompa y frescor.”

¿No hay efectivamente, en estos pocos versos armoniosos, una dulce ternura melancólica?

¿No fluye de ellos el significado, con una claridad tan meridiana como la luz del sol de mediodía?

Coloquemos estos versos al lado de otros de decadente literatura, y tendremos la sensación de haber colocado una copa de cristal al lado de un vaso de agua turbia.

26.

Efigie pensativa.

¡No! ¡La mayoría de las gentes que pasean por Buenos Aires, no han visto al "Pensador"!

¡No! El "Pensador" no puede verse desde el auto fugaz; el "Pensador" no puede verse *al pasar*, de soslayo, con una mirada mezuquina.

Para ver al "Pensador", para saber que allí existe, es necesario detenerse un largo instante; es necesario contemplarlo con quietud, sin prisa ni indiferencia de viajero.

Yo no había visto nunca su efigie inmóvil, a pesar de haber pasado cien veces por la plaza céntrica que alberga su tosco pedestal.

Pero he querido una tarde verlo.

Sitibundo de contemplación me he detenido a su pie.

Y me ha sido necesario una mirada muy larga



y una penetración muy honda, para descubrir en los relieves de su cuerpo torvo la belleza de la línea humana.

Y he meditado... ¿En qué piensa este gigante musculoso de bronceínea piel, sentado sobre un trozo de granito? ¿Qué ideas bullen en su mente de bronce, fría como el mármol y dura como la roca? ¿Qué pensamientos extraños fluyen en las reconditeces de su espíritu?

Pero ¿es efectivamente cierto que este trozo de materia inerte, tiene alma?

¿La vida y el alma de este pensador, residen en la belleza que le concedió el artista?

Miremos con detención, con éxtasis contemplativo, su figura de atleta un tanto encorvado hacia adelante, con el codo sobre la rodilla y la cabeza sobre la mano nerviosa, que la sustenta cual una columna dórica.

Acerquémonos a su pedestal y sentiremos entonces algo como una palpitación en el interior de los músculos poderosos; como un ruido de latidos frenéticos dentro del acerado pecho; como un refluir silencioso de ideas elevadas y pensamientos serenos en la cabeza vigorosa.

Yo que absorto lo contemplo, me lo imagino como un hombre henchido de fuerzas, pensando en la justicia, en el derecho, en la verdad; me lo imagino como un soñador hercúleo presintiendo algún sombrío porvenir; como un luchador ro-

mántico inclinado sobre el abismo de un pensamiento fugitivo...

Y esto es lo que las gentes de Buenos Aires, que afanosas pasan por la plaza céntrica, no saben del " Pensador ". No saben que tiene un alma; no saben de la belleza de sus formas; no saben del hondo fluir de sus ideas...

27.

El poeta.

Allá en su trono del cielo
radiante de majestad,
Apolo, con noble anhelo,
repartió a la humanidad
todos los dones del suelo.

A impulsos de la ambición
y con mengua del decoro,
pidió lauros el campeón,
la avaricia : ¡mucho oro!
la vanidad : ¡un blasón!

La mujer logró belleza;
la infancia, candor sin par;
consuelo, la honda tristeza,

y reinos que gobernar
la soberana realeza.

Cuando el reparto acabó
Apolo, mirando al mundo,
el entrecejo frunció
al ver que el poeta errabundo
tarde al Olimpo llegó.

— Ya nada puedo brindarte, —
dijo al poeta el padre Apolo; —
mas, como quiero obsequiarte,
abierto para ti solo
tendré mi alcázar del Arte.

SCHILLER.

28.

Memoria y olvido.

Gracias al poder mnemónico de nuestro espíritu, toda la vida pasada está presente en nosotros.

La forma y el color de las cosas que vimos; el sonido que vibró en las ondas del aire; el perfume que acarició nuestra sensibilidad; el frío que nos torturó; el dolor que aguzó sus filosas garras en nuestra carne palpitante; la

idea que cruzó nuestro cerebro en sus alas impalpables; todo, todo lo que tocó los umbrales de nuestros sentidos, queda enredado en las telas del recuerdo, tejidas por la memoria con hilos invisibles, en los meandros de la mentalidad.

Pero cuando pensamos con atención sobre un objeto interesante, lo mismo que cuando miramos indiferentes las cosas que nos rodean, no todo lo que vive en nuestro espíritu hace acto de presencia.

Al sentarnos a la mesa de trabajo para resolver un problema complicado, sólo una parte muy pequeña de nuestros recuerdos surge a la luz de la conciencia. Todo lo demás está inmerso en las sombras. Esas sombras pertenecen al dominio del olvido.

Nuestro espíritu está fatalmente condenado a no poder reunir nunca bajo una mirada única todos los colores, todas las formas, todos los sonidos, todas las ideas, todos los dolores que se anidaron en nuestra mente.

Meditamos y pensamos con una pequeña cantidad de ideas, porque el olvido, que es como una sombra, se proyecta sobre la casi totalidad de nuestra vida mental.

Pero al olvido, oponemos nosotros la educación de la memoria, el culto de la memoria, el auxilio de la memoria. Los esquemas, los libros, los periódicos, las cosas que construimos, nos

ayudan a no olvidar. Sin embargo, el hombre aún no domina totalmente a la memoria; no recordamos todo lo que queremos recordar.

Y si esto es cierto, es más cierto aún que jamás podemos olvidar lo que deseamos olvidar.

El dominio del olvido se nos escapa por completo.

Si algún día el hombre supiera arrojar en el olvido lo que no quiere tener presente en la memoria, ese día sería feliz.

Olvidaría sus dolores, sus penas, todo lo que fuérale motivo de congoja.

Pero ese día desaparecería el remordimiento, la justicia, la nostalgia, el ideal; y la inteligencia humana se perdería poco a poco, y de generación en generación, esfumada por la indolencia y la pereza, en las sombras del olvido voluntario.

¡Sin la memoria que remuerde y nos acosa con el recuerdo del mal, viviríamos una vida de mollicie!

29.

Movimientos incontenibles.

I

La historia no es un pasatiempo; es una lección.

II

LA COLONIA

El coloniaje español, fué el dominio de España sobre cien razas de indios desunidas por el desierto y la barbarie.

Al llegar España a América, llegó para los indios la Fuerza que había de dominarlos durante tres siglos.

Pero al caer la Fuerza sobre aquellos antiguos pobladores de nuestro continente, hubo en todos los pechos indígenas un sordo rumor de rebelión.

Con esa rebelión, nació el Derecho en el pensamiento rudimentario de los que por larga tra-

dición eran los dueños absolutos y legales del más rico continente de la tierra; del continente que había sido buscado por los antiguos como la tierra de promisión.

III

LA REVOLUCIÓN

En el año 1810 hay en toda América un incontenible movimiento revolucionario. Entre todos ellos se destaca el movimiento de Mayo en Buenos Aires.

La Revolución de Mayo no fué obra de un día; muchos lustros la prepararon. Porque desde los primeros tiempos del coloniaje, venía en la sangre indígena el deseo de libertad.

El dominio español era la *Fuerza*; el espíritu revolucionario de los criollos era el *Derecho*.

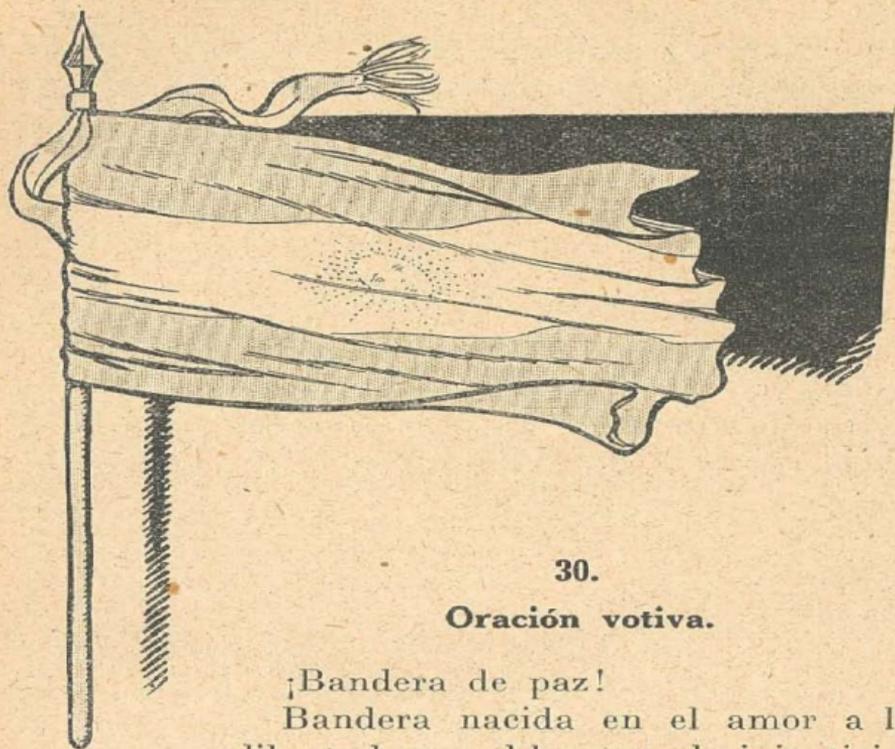
En Mayo de 1810 triunfó el Derecho sobre la Fuerza. Fué, en cierto modo, el desquite del

indígena remoto sobre el osado-conquistador. Pero más que todo fué el triunfo de la verdad y la razón, impuestas por el tiempo.

IV

FUERZA Y DERECHO

Toda la historia humana consiste en esto : en demostrar que el tiempo impone el triunfo de la verdad y del derecho, sobre la fuerza y la injusticia.



30.

Oración votiva.

¡Bandera de paz!

Bandera nacida en el amor a la libertad y en el horror a la injusticia.

¡Que tu sombra no cobije un pueblo de esclavos; que en tus pliegues no aniden ideales contra la humanidad!

Bajo los colores que un gran corazón argentino arrancó de la bóveda celeste, no pueden albergarse subalternas y vandálicas finalidades de conquista. Porque el azul y el blanco son una garantía de justicia y de amor.

Bajo un cielo de esos colores no irrumpen las

tempestades procelosas; la furia del vendaval azota únicamente bajo los cielos encapotados de nubes opacas y oscuras.

¡Bandera de paz!

Que tu grandeza no se levante nunca sobre la sangre de los demás pueblos; que tu marcha triunfal no se haga sobre hileras de cadáveres; que tu gloria nazca en el pecho argentino regocijado, no en el pecho extranjero abatido por el dolor...

¡Bandera de paz!

¡Que el ocaso de los demás, no sea tu aurora!

31.

Canción de gloria.

Existe un momento, en la historia del pueblo argentino, que tiene una especial significación. Refiérome a aquel momento en que la famosa Asamblea del año 13 encarga a los poetas de la independencia un himno nacional, vale decir, una canción que sintetizara las aspiraciones y las glorias del alma colectiva argentina.

¿No es francamente emocionante, el espectáculo de un pueblo que desea una canción?

No bastaba con el triunfo de las armas; no

era suficiente haber salido victorioso en la revolución del epónimo mes de Mayo; era necesario alcanzar una consagración más gloriosa : la consagración del canto que eleva al ideal los corazones y llena de júbilo los pechos.

El pueblo quería un himno que refundiera la gloria del pasado y la grandeza del futuro; un himno que cantara el nacimiento de una nueva conciencia colectiva sobre la tierra. Y al obtener ese himno nacido de la heroica inspiración de uno de sus vates de la época revolucionaria, se colocaba el pueblo en la hilera de los pueblos nobles del mundo.

Todos conocemos los versos vibrantes del Himno Argentino, y es justo también que, como un homenaje, recordemos los de otro poeta inspirado y valiente que aspiró a consagrarlos Himno Nacional.

Son esos versos de Esteban de Luca, difíciles para leer puesto que se prestan especialmente para cantar y que dicen :

Sudamericanos,
Mirad ya lucir
De la dulce patria
La aurora feliz.

La América toda
Se conmueve al fin,
Y a sus caros hijos
Convoca a la lid.

A la lid tremenda,
Que va a destruir
A cuántos tiranos
Ósanla oprimir.

De la gloria el genio
Ardor varonil
Infunde en los pechos,
La fuerza sentid.
Si el déspota impío
Atentare vil
Vuestra libertad,
Al punto acudid.

España fué presa
Del Galo sutil,
Porque a los tiranos
Rindió la cerviz.
Si allá la perfidia
Perdió a pueblos mil,
Libertad sagrada
Y unión reine aquí.

La patria en cadenas
No vuelva a gemir
En su auxilio todos
La espada ceñid.
El padre a sus hijos
Pueda ya decir :
Gozad de derechos
Que no conocí.

De la patria al seno
Volando venid,

Que el sol os preside
En su alto cenit,
Bellas argentinas
De gracia gentil
Os tejen coronas
De rosa y jazmín.

Estos versos, sin poseer la fuerza épica que poseen los de Vicente López y Planes, tienen sin embargo un suave sentimiento melancólico, que habla del alma argentina heroica y austera de aquella época. Pero de ese heroísmo que hizo la revolución, y de esa austeridad con que hombres y pueblos esperan inquietos el porvenir.

32.

Sepulcros vacíos.

Nada hay más cómico, pero ¡ay! más fructífero al mismo tiempo, que la silenciosa solemnidad del imbécil afortunado.

Siempre que los veo huir del contacto imprudente de la gente, envueltos en la pedantesca discreción con que se defienden, me viene el recuerdo de aquellos vagones que ya vacíos de explosivos, ostentan, sin embargo, la terrible palabra *¡peligro!* que sigue ahuyentando a los

medrosos e infundiendo el profundo respeto de la muerte. Si el defensivo puede agregar a su solemnidad y a su silencio la colaboración de la calumnia biográfica, tan útil y tan benevolente cuando procede de amigos interesados, el *aparato* se complica a maravilla y sus efectos trascendentales escapan a los límites de la vida privada; los simples goces de la canongía subalterna se dilatan hasta la celebridad mundial, y sobre el erial de su mente franciscana esos amigos calumniadores levantan enormes fábricas, monumentos de arquitectura híbrida que tienen del cuartel y de la penitenciaría y que al fin y a la postre hay que voltear a latigazos para dejar expedito el camino. No los sorprenderéis jamás en desarme ni con la puerta abierta; la vida entera funcionarán así, porque una vez montados caminan por la propia virtud de su automatismo.

Un ejemplo histórico de esta gravedad defensiva lo tendréis en aquel general don Frutos Rivera, de tan risueña memoria: "Cierta afectación de gravedad estudiada, que probablemente era una forma adquirida después de haber llegado a ser entidad — dice quien le conoció de cerca — y con la que disimulaba la falta de proporción entre la posición que asumía y sus méritos reales, parecía ser una especie de precaución íntima contra la fama de embrollón y tramposo que bien sabía él que se le reprochaba."

La gravedad era una rueda importante de su aparato de protección.

Basta que le entreguéis el uniforme, ¡qué digo el uniforme! un galón, la hoja fugitiva de un flamante entorchado, para que de ella haga un general, luego un gran estratega y por fin el genio mismo de la guerra. Y sin embargo, apenas penetráis más allá del dintel de la puerta, el vacío sorprende con su olor de tierra húmeda como en los sepulcros y en los sótanos abandonados.

.....

JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA.

33.

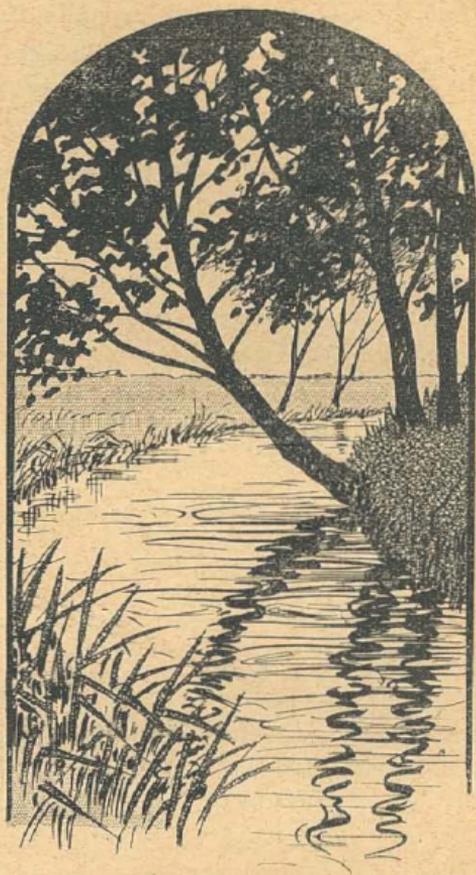
Hora quieta.

En las sofocantes tardes del estío, cuando el sol pone besos de fuego en los caminos polvorientos y loco ardor de infierno en los rústicos tejados, huyo hacia las afueras de la aldea buscando alguna sombra protectora.

Justamente, donde el riacho que me sirve de guía hace un recodo, existe un lugar poblado de árboles corpulentos y de frondas

espesas, entre las cuales por la mañana hacen oír los pájaros sus gorjeos inocentes.

A la sombra de estos árboles he pasado muchas tardes esa hora de la siesta en que todos los seres duermen sumidos en el letargo, y en que ni una



leve brisa turba el sueño de las hojas y el sopor de las aguas estancadas en el remanso.

Una quietud intensa pesa sobre la naturaleza adormecida; no vibra un solo rumor, no se escucha un solo suspiro. Sólo de tarde en tarde, pone un brochazo de vida sobre el paisaje silencioso el azorado vuelo de un ave que huye despavorida ante el terror del cazador.

En esas horas quietas, en esos instantes que tanto me embelesan, porque todo es dulce y tranquilo en derredor, he saboreado con inefable deleite bajo la caricia de las sombras el néctar de mis libros predilectos.

34.

La Bandera Argentina.

El azul de los cielos disolvió su pintura
y al volcarla en la nieve de la audaz cresta andina,
con los crudos añiles empapó la blancura
y es así como se hizo la bandera argentina.

Sobre un campo de espumas enhebró Febo un rayo,
y al ungir los senderos de la pampa dormida,
como un cóndor enorme se asomó el sol de mayo
y quedó de este modo la bandera con vida.

Hace ya más de un siglo que la ondea el destino,
hace ya más de un siglo que la gloria la espera,
San Martín en su brioso potro inicia el camino
y la clava en la cima, sobre la cordillera.

Así fué como un día en el ángulo obtuso
que comprende tres pueblos de la América Andina,
con el gesto más noble y más épico puso
el renombre de libres, la Bandera Argentina.

35.

Corazón generoso.

Belgrano es una figura altamente simpática de nuestra historia; deliberadamente digo esto, porque la mayoría lo conocemos más a través de su actuación militar, que a través de sus sentimientos de hombre.

En las apreciaciones históricas lo mismo que en la contemplación de las cosas, nos conformamos casi siempre con el boato de los frontispicios. Jamás pasamos de las superficies, cuando por el contrario debiéramos penetrar en las intimidades de los hechos y de las personas.



BELGRANO

La historia moral de nuestros prohombres, la ignoramos totalmente. No sabemos, ni deseamos siquiera saber, algo de las preocupaciones y de las penas que sufrieron frente a la vida. Desconocemos cómo fueron en la amistad, en el dolor, en la alegría; sólo sabemos de su actuación pública, de sus batallas ganadas, y de sus quimeras gubernativas. Tenemos la historia de todos; nos falta la novela de cada uno.

Así, pues, admiramos y celebramos en Belgrano, al triunfador de Tucumán y Salta, pero no tenemos nunca un recuerdo justiciero a la nobleza de aquella alma desinteresada y bondadosa, que sufrió hondamente en todos los trances dolorosos que hicieron peligrar la homérica empresa de la emancipación.

No recordamos que en hombres de la elevación y de la rectitud de Belgrano, los intereses del país estaban muy por encima de los intereses personales, y que las vicisitudes de la nación eran más crueles que las propias vicisitudes.

Entre los muchos gestos que embellecen su vida moral, surge uno de generoso desprendimiento: el haber invertido en la dotación de cuatro escuelas para primeras letras, los 40.000 pesos que la Asamblea General Constituyente le acordó por su triunfo en la batalla de Salta, realizada el 20 de febrero de 1813.

Evidentemente, ese gesto es una manifestación irrecusable de verdaderos ideales humanitarios y patrióticos; es la exteriorización de un alma grande y generosa.

36.**Diálogo.**

Desde la costa, padre e hijo contemplan el mar. Las olas, coronadas de blanca espuma, van cayendo incesantemente sobre la playa. — Entre padre e hijo se entabla el siguiente diálogo :

Hijo : — El mar es lo más movible que existe en la naturaleza; ¿no es verdad padre?

Padre : — Hijo mío, la movilidad del mar es una ilusión.

Hijo : — ¡No acierto a explicarme el porqué!

Padre : — Fácilmente te haré comprender que no es tan movible como a nosotros, pequeños seres, nos parece.

Hijo : — Será difícil, padre, que me convenza. Yo lo tengo ante mis ojos y veo su continuo mover. ¿Qué derecho tengo a dudar de lo que dicen mis propios ojos?

Padre : — Sin embargo, hijo mío, algunas veces conviene dudar... Mira mi bastón. ¿Cómo lo encuentras?

Hijo : — Recto, padre, bien recto.

Padre : — Míralo ahora (*el padre sumerge el bastón en el agua*). ¿Es recto mi bastón?

Hijo : — Tiene razón, padre; ahora parece quebrado.

Padre : — ¿Has visto cómo conviene dudar algunas veces? Ese mar que tan inquieto vemos, es no obstante bastante reposado. Trataré de demostrártelo.

¿Sabes tú los cientos y cientos de kilómetros hasta donde se extiende este mar?

Hijo : — No lo sé, padre, pero me lo imagino.

Padre : — Pues bien; ¿dónde distingues tú el movimiento?

Hijo : — En las olas.

Padre : — Perfectamente. Observa ahora lo que voy a decirte. Imagina, ya que tanta imaginación tienes, que hubiéramos logrado reducir el tamaño de la tierra al tamaño de una naranja; ¿veríamos entonces el mar?

Hijo : — ¡Sí!

Padre : — Y las olas; ¿las veríamos también?

Hijo : — ¡No!

Padre : — ¿Cómo veríamos el mar entonces?

Hijo : — En completo reposo.

Padre : — ¿Quién tenía razón, pues?

Hijo : — Vd., padre.

Y padre e hijo, silenciosamente, quedaron largo rato contemplando el mar.

Pero de súbito, el hijo rompió el silencio :

— Padre — dijo — creo que estuvo usted equivocado.

Padre : — ¿Por qué?

Hijo : — Porque si nosotros contempláramos a la tierra, reducido su tamaño al de una pequeña naranja, el mar se nos aparecería reposado, debido a que nos pasaría inadvertido el movimiento de las olas. De la misma manera, en la copa de agua que llevamos a nuestros labios, ¿vemos acaso a simple vista la multitud de seres vivientes que nos revela el microscopio?

El padre guardó silencio... Tenía razón el hijo.

Y las olas parecían ahora moverse con más furia, como si pretendieran confirmar, ante aquel hombre escéptico, la verdad del hijo y el error del padre.

37.

La cigarra.

Tratemos de rehabilitar a la cantora calumniada por la fábula. Es, es verdad, una vecina importuna, me apresuro a reconocerlo. Todos los veranos vienen a establecerse por centenares delante de mi puerta, atraídas por el verdor de los grandes plátanos; y desde que sale el sol

hasta que se ponen, me rompen la cabeza con su ronca sinfonía. Con tan ensordecedor concierto es imposible pensar; la idea, como atacada de vértigo, gira, incapaz de fijarse. Si no aprovecho las horas matinales, día perdido.

¡Ah! bicho encantado, mártir de mi casa, que tan apacible la quisiera; dicen que los atenienses te criaban en jaulas para gozar cómodamente de tu canto. Una, durante la somnolencia de la digestión, pase; pero cientos, zumbando a la vez y moliendo el oído cuando la atención se recoge, es un verdadero suplicio.

Pones por excusa tus derechos de primera ocupante, porque antes de mi llegada ya te pertenecían sin reserva los dos plátanos y yo soy el intruso bajo su follaje. Conformes; pero si quiera pon sordina a tus címbalos y modera tus arpegios en honor a tu historiador.

La verdad rechaza como invención insensata lo que nos dice el fabulista. Cierto es que a veces hay relación entre la cigarra y la hormiga; pero tales relaciones son lo contrario de lo que nos cuentan. No provienen de la iniciativa de la primera, que jamás necesita ayuda ajena para vivir, sino de la segunda, rapaz explotadora, que acapara en sus graneros todo comestible. Nunca, en ninguna época, va la cigarra a las puertas de los hormigueros a clamar contra el hambre prometiendo devolver lealmente capital e intereses;

al contrario, la hormiga, apretada por la escasez, es la que implora a la cantora. ¡Qué digo implora! Tomar prestado y devolver son cosas que no entran en las costumbres de aquélla. Explota a la cigarra, la desvalija descaradamente. Expliquemos este rapto, curioso punto histórico no conocido aún.

En las sofocantes horas de la tarde, cuando el plebeyo insecto, extenuado de sed, va de un lugar a otro tratando en vano de refrescarse en las flores marchitas y secas, la cigarra se ríe de la sequía general. Con su chupador, como fina barrena, taladra una pieza de su bodega inagotable. Establecida en una rama de arbusto, sin dejar de cantar, perfora la corteza, firme y lisa, hinchada de una savia madura por el sol. Metido el chupador por la piquera, la cigarra se alimenta deliciosamente, inmóvil, recogida, atenta enteramente a los encantos del jarabe y de la canción.

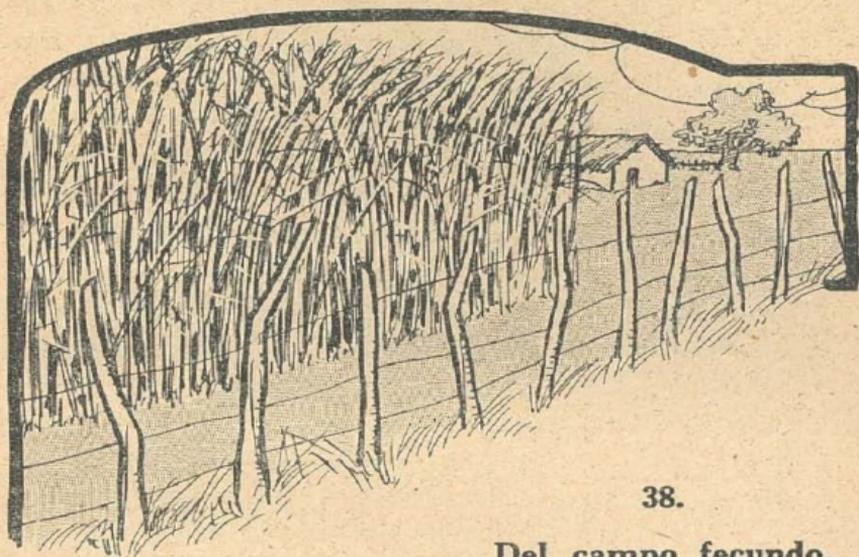
Vigilémosla algún tiempo. Asistiremos, tal vez, a miserias inesperadas. En efecto, numerosos sedientos rondan por allí; descubren el pozo, traicionado por un goteo que se nota en el brocal, y acuden al principio con cierta reserva limitándose a lamer el licor extravasado. Alrededor de la meliflua picadura veo que se apresuran avispas, moscas, sobre todo hormigas.

Los más pequeños, para acercarse al manantial, se deslizan por debajo del vientre de la ci-

garra, que, bondadosa, se levanta sobre sus patas y deja paso libre a los importunos; los mayores, pateando impacientes, cogen rápidamente un bocado, se retiran, van a dar una vuelta por las ramas vecinas y vuelven más decididos. Las codicias se exacerban, los reservados de antes se vuelven turbulentos, agresivos, dispuestos a expulsar del manantial al pocero que le hizo brotar.

En esta partida de bandidos, las más obstinadas son las hormigas.

J. H. FABRE.



38.

Del campo fecundo.

Lejos, muy lejos de las ciudades populosas, he tenido muchas veces oportunidad de contemplar, con no sé qué sentimiento admirativo, algunas escenas virgilianas.

He visto con respeto inclinarse las frentes sudorosas sobre la tierra, y los brazos robustos agitarse sobre las parvas, amarillentas por el oro del sol y del triguero.

La misma diosa Ceres parece presidir esas tareas, realizadas en la silenciosa majestad de las campiñas.

Y si no fuera que la potente trilladora pone una nota de modernismo sobre el conjunto del

paisaje, creeríamos seguramente asistir a una escena de los tiempos primitivos, de aquella feliz humanidad que vivía en los campos en una perpetua Arcadia venturosa...

Con profundo respeto, casi con veneración, he visto a esos hombres inclinados sobre el suelo, cumpliendo con ascética resignación la labor anónima y recogiendo el trigo que la tierra les ofrece compensando el afán con que en los días de la siembra abrieron el fondo negro de sus entrañas buscando la magia de la fecundidad.

¡Sin ellos, la tierra sería estéril; y la luna no podría en sus noches de plenilunio poner su plateada luz sobre el oro de las espigas!

39.

La mañana.

Tiende el sol, cuando amanece,
Gasas de oro en la esmeralda
De los campos; la humedece
Con sus perlas y parece
Cada campo una guirnalda.
Caen sus nacientes fulgores
Sobre el templo solitario,
Y es florón de resplandores

La vidriera de colores
Del esbelto campanario.
Del monte incendia el selvoso
Laberinto de retamas,
Y se alza el monte boscoso
Como se alzara un coloso
Con un turbante de llamas.
Matiza el cristal del río,
Y lleva el río en sus ondas
Copiando un pinar sombrío,
Ramajes en que el rocío
Se envuelve en doradas blondas.
De carmín tiñe al rosal,
De oro tiñe al girasol,
Y es la escarcha matinal
Una hamaca de cristal
Bajo un velo de arrebol.
Presta al rizado plumaje
De los pájaros, colores;
Da colores al encaje
De las nubes, y al paisaje
Perlas, pájaros y flores.
Todo es luz, aves, aromas;
Fuego el sol; llanto el rocío;
Flores el juncal; las pomas
Roja grana; las palomas,
Blanca nieve; espuma el río.

.

X.

40.

Discordias humanas.

En la plaza de un pequeño pueblo, dos hombres discutían acaloradamente.

El objeto de la discusión era escaso de importancia. Discutían por intereses pequeños, por ambiciones mezquinas, por finalidades bajas.

A las palabras de uno, sucedían las palabras del otro, y cada palabra era un denuesto.

Los labios convulsivos parecían enrojarse de vergüenza cada vez que una frase se pronunciaba, porque las frases, al salir de aquellos labios, tomaban contorsiones de injuria y de baldón.

Pero acertó a pasar por allí un hombre de aspecto extraño, de barba negra y espesa, de ojos expresivos y grandes.

Al oír la ínfima calidad de las afrentas, se detuvo. Acercóse a los dos contrincantes para mirarlos con detención. Aquellos dos hombres que discutían quedaron sorprendidos de la audacia con que aquel recién llegado les contemplaba. Entonces ambos, en los cuales vibraba todavía la ira de la discusión, dijeron al hombre extraño :
“ ¡Qué desea usted, intruso! ”

— Yo deseo — contestó — darles a ustedes,

hombres incultos e insociables, una lección, porque los dos son igualmente despreciables.

Ante tal contestación, los dos hombres, que un momento antes se agredían como mortales enemigos, volviéronse cerrado el puño contra el intruso, unidos por el deseo común de vengar la afrenta también en común recibida.

Pero el intruso detuvo a tiempo la acción. Y levantando abierta la diestra mano, dijoles :

“ Un momento antes erais terribles enemigos; ahora que un inesperado interés turbó vuestra discusión, os trocáis en aliados y amigos.

Deliberadamente os coloqué yo en esa nueva situación. Quise demostraros con ello, que aun los más acérrimos enemigos olvidan sus rencillas cuando los une un interés común.

De la misma manera, para unir a la humanidad separada por tantas discordias, habría que buscar un ideal que cobijara bajo sus alas a todos los hombres de la tierra. El día en que encontremos ese interés, ese ideal, o esa aspiración común, se unirán todos los individuos en la patria y todas las patrias en la humanidad. ”

Y aquel intruso, después de hablar así, siguió su camino, imperturbable y enigmático.



41.

Ruinas.

Un beodo contemplaba absorto las ruinas de un templo antiguo. — Frente a las pocas columnas solitarias, que fieles a la grandeza pasada aún se mantenían incólumes, el beodo meditaba :

Estas ruinas son testimonios presentes de cosas pretéritas. No hablan de lo que fué, de lo que

pasó, de lo que quizá ya no vuelva a aparecer sobre la tierra. Las ruinas son la triste perduración de los tiempos pasados, de las costumbres viejas, de los hombres idos, de las grandezas y miserias de ayer, derrumbadas y olvidadas por el correr de los siglos...

Mientras el beodo contemplaba absorto las ruinas solitarias, tuvo un momento de meridiana

lucidez. ¿Acaso, no era él también, brutalizado por el alcohol, una mezquina piltrafa? ¿No era una sombra de lo que fué?

Y ahogando en un sollozo la palabra, dijo frente a las ruinas que había contemplado absorto :

— ¡Yo también soy una ruina!

42.

Echeverría.

Llegó por fin el memorable día
En que la patria despertó a los sonos
De mágica armonía;
En que todos sus himnos se juntaron
Y súbito estallaron
En la lira inmortal de Echeverría.
Como surgiendo de silente abismo,
El mundo americano
Alborozado se escuchó a sí mismo :
El Plata oyó su trueno,
La Pampa sus rumores,
Y el vergel tucumano,
Prestando oído a su agitado seno,
Sobre el poeta derramó sus flores.

Desde la hierba humilde
Hasta el ombú de copa gigantesca;
Desde el ave rastrera que no alcanza
De los cielos la altura,
Hasta el chajá que allí se balancea
Y a cada nube obscura
A grito herido sus alertas lanza;
Todo tiene un acento
En su estrofa divina,
Pues no hay soplo, latido, movimiento,
Que no traiga a sus versos el aliento
De la tierra argentina.

RAFAEL OBLIGADO.

43.

El sentimiento de admiración.

La admiración es un sentimiento noble. Es como un estímulo que alienta, como un perfume que incita.

Admirar significa amar la belleza, comprender la verdad, aplaudir el bien. El que admira, tiene en el pecho el germen de las más grandes virtudes.

Allí donde haya un hombre que predica con sinceridad el bien; donde haya un soñador que busca plasmar en obra de arte la belleza, y un

pensador que persigue con anhelo la verdad y la justicia, ¡admirémosle!

La admiración es una sabiduría ingénita; un gesto de nobleza; es la antítesis de la envidia. Porque mientras la admiración es un placer, la envidia es un sufrimiento atroz...

La envidia es un dolor cruento, una hiel muy amarga, una garra mordicante que destroza.

El que envidia, reconoce abiertamente su inferioridad. ¡Desdichados los que envidian, porque la envidia es una angustia!

¡No envidiemos! Por el contrario, ¡admiremos!... Admiremos todo lo bello, todo lo bueno, todo lo grande : el mar combado, el saber de los hombres, la cordillera imponente, el pensamiento profundo, el verso armonioso, la música inefable, el cielo plateado de luminosas y divinas constelaciones...

44.

Estrofas para canto.

El viento de la pampa
Cruzando velozmente
Tiene para el proscrito
Magnético poder;
Qué perfumado llega
Con el aliento puro
Del beso que a la patria
Diera al pasar ayer.

Envíale recuerdos
Si quieres oír su canto,
Simpática memoria
De lo que fué su amor.
Envíale esperanzas
En alas del pampero;
Heraldos que le anuncien
Algo consolador.

El cisne alegre canta
A orillas de su lago,
Donde bañarse puede
Nadando en libertad;
Canta cuando lo arrulla
La brisa de los campos

Do vuela libremente
Desde la tierna edad.

Pero ¡ah! pobre del cisne
Si de su hermoso lago
A la extranjera playa
Lo lleva el huracán :
El canto melodioso
Se ahoga en su garganta,
No encuentra ni gemidos
Para expresar su afán.

Los ecos de una lira,
En horas de tristeza,
Te hablaron un idioma
Querido al corazón :
Y en la memoria tuya
Resuena todavía,
Con hechicero halago
Su tierna vibración.

¡Silencio! ya se han roto
Las cuerdas de esa lira;
En torno de ella suena
Murmullo aterrador.
¡Silencio! ya está muda;
No tiene una armonía,
Ni alientos de esperanza,
Ni cánticos de amor.

Recuerdos de la patria,
Venid, venid, veloces,
En alas del pampero
A refrescar mi sien;
Venid, traedme esperanzas,
El hálito de vida
De amor y gloria ensueño,
La inspiración del bien.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

45.

Soledad y amistad.

La soledad tiene indiscutiblemente un encanto inexplicable... Por eso, todos los que en la vida persiguen afanes nobles e ideales puros, buscan de tanto en tanto la inefable delicia de una hora de soledad.

Pero, ¿dónde encontrar la verdadera soledad profunda, que aleje todos los ruidos y apague todos los clamores? ¿Dónde encontrar la soledad que aisle un instante de los contactos del mundo, y deje al hombre únicamente con sus recuerdos, únicamente con sus deseos, sus sentimientos y sus ideas?

Muchas veces, en medio de la multitud, en medio mismo de los ruidos del mundo, nos encontramos solos.

Otras veces, en medio mismo del desierto, vamos acompañados por fieles amigos impalpables. Aquella es la soledad que crea nuestra mente; ésta es la compañía que nace en nuestro corazón.

Hay también una soledad material, que podríamos llamar soledad física. Es la soledad del cuerpo, conocida por pocos viajeros. Es esa soledad de los desiertos interminables, de las cumbres casi inaccesibles, de las selvas enmarañadas y espesas, donde sólo se atreve la audacia de valientes exploradores...

.....
Pero la más terrible soledad; la soledad más pavorosa, que hiela la sangre y perturba el corazón, es la soledad de los afectos, cuando nos encontramos en medio de la vida más solos que sobre la alta roca; profundamente más solos que en la espesura de los bosques o en la calma de los montes.

Es esa soledad terrible que nos deja en el alma la ausencia de amigos dilectos, con los cuales debíamos departir en muchas horas de la vida sobre tantas cosas amables que en todo instante nos rodean.

La soledad del hombre, principalmente la sole-

dad moral, termina en la zona de la amistad.

El que pueda decir : ¡tengo amigos! puede también agregar : ¡vivo en el mundo!

46.

Amanecer.

La algarabía de la vida va esparciéndose por el espacio... Tañen campanas, pían pájaros, relinchan corceles. Es como un unánime saludo de la naturaleza al sol que acude a su infaltable cita; es como un himno de todas las actividades festejando el renacer del día.

Yo espero siempre con placer la llegada de esta hora de advenimiento, en que surge y se agita la vida...

Esta hora en que los gallos anuncian el luminoso amanecer con el coro de sus cantos estridentes y las aves salen de sus nidos realizando vuelos circulares. Esta hora en que los labriegos cantan sus viejas coplas tradicionales y los niños inician sus juegos bulliciosos.

Y me encanta sobremanera contemplar sobre el fondo del cielo las espirales de humo que dibujan las chimeneas de las fábricas, en tanto que uno que otro silbato agudo anuncia el paso de un tren.

Cuántas impresiones placenteras he recogido en la hora del despertar, cuando en todas partes termina el reposo de la noche y en que hasta la tierra colabora en la fiesta, enviando el olor grato de su humedad y de su rocío mezclado al aroma de mil flores ocultas.

¡Bulle la vida sobre el renacimiento total de la naturaleza! Y cuando contemplo en occidente el huir de las últimas sombras, me parece que la naturaleza fuera un gigantesco y policromo florero; y que el sol fuese una niña bondadosa que acudiera con presteza para arrancarle el crespón negro que lo envuelve.

¡Relinchan corceles, pían pájaros; cunde el fervor y la algarabía de la vida! Y mientras acrece este férvido bullir, huyen presurosos a sus guaridas los animales nocturnos.

47.

Tormenta de octubre.

Exhala un vaho cálido la chamuscada tierra,
un aroma enervante los churcales en flor,
se incendian a lo lejos las cumbres de una sierra,
y el valle como un horno se abraza de calor.

Eclipsase en la turbia, flotante polvareda,
un sol apocalíptico de anaranjada faz;

un viento formidable desgaja la arboleda,
y aventa las semillas la ráfaga fugaz.

Zumba en los viejos montes el huracán violento,
ruedan las hojas muertas con ruido de papel,
y allá en los descampados, con las colas al viento,
retozan y relinchan los potros en tropel.

En las hondas montañas retumba la tormenta;
ya vienen las ventrudas vanguardias de algodón,
encalla en la alta cumbre la nube cenicienta,
y se trasluce en lívida vivaz fulguración.

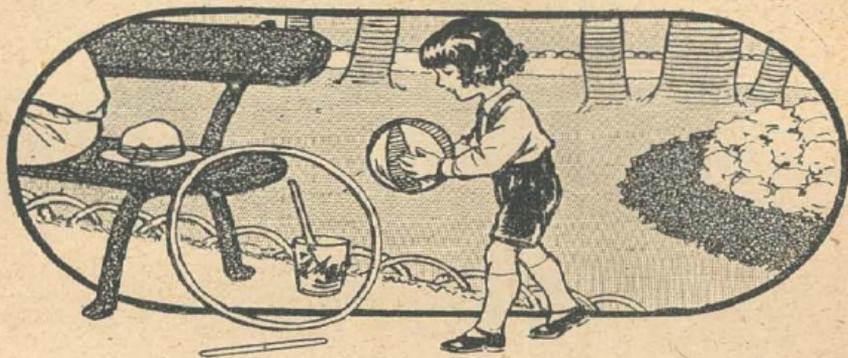
Los pájaros dispersos en azoradas turbas,
sin rumbo y sin abrigo pairan al vendaval,
y la tormenta avanza sobre las lomas curvas
y las campiñas ávidas del valle horizontal.

Vuelve de los rastrojos la yunta desuncida,
vuelven los sembradores al cortijo de cinc,
y por los callejones, a carrera tendida,
galopa un mandadero prendido de la crin.

Deleuégase la lluvia con su rumor tremente,
rebotan entre el polvo las gotas al caer,
y en el humilde rancho, ligera y diligente,
las ropas que secaba recoge una mujer.

Desfóndanse las nubes en catarata espesa,
y cuando en calma súbita para la tempestad,
un rayo arboriforme que estalla en la dehesa,
el horizonte alumbra con blanca claridad.

JUAN C. DÁVALOS.



48.

Horas pasadas : Evocación.

¡Dulce infancia!

¡Yo te evoco desde la cumbre de mis treinta años! ¡Te evoco desde esta altura de mi vida; te evoco con toda la fuerza de mi imaginación!

¡Infancia! Edad del optimismo, edad de la alegría, edad de la pureza. Te evoco para que traigas a mi mente algunos esfluvios de aquella ternura que albergaba mi impoluto corazón; te evoco porque contigo llegan a mi alma brisas embargadas de perfumes, rumores de canciones inolvidables, recuerdos de inefables caricias maternas...

¡Cuando ráfagas de duda o de inquietud tur-

ban mis horas presentes, te evoco, infancia mía!

¡Y con tu evocación recobra mi mente algo de la pureza del cielo, algo del perfume de la flor, algo de la ternura de un beso y del encanto de la maternidad!

43.

Las noches de la pampa.

Hay un claro firmamento salpicado de luceros
y una brisa de lamento que acaricia los aleros;
hay aullidos prolongados de animales errabundos,
que recorren la llanura como dueños de los mundos.

Es la noche melodiosa de la pampa americana;
y los rayos de esa luna que fulgura soberana
van a hundirse lentamente con simpática dulzura
por la inmensa superficie de la pálida llanura.

Si la ráfaga de viento va a estrellarse allá en los lares
del paisano que se ensaya en su cantar de los cantares,
la legión de pajarillos que dormita en la enramada
toma vuelo y se desbanda por los bosques, aterrada.

Al filtrarse entre las ramas el lucero rutilante
se ilumina la silueta de la pampa reverdeante,

y el ciprés de la ribera se doblega dulcemente sobre el río caudaloso de mansísima corriente.

En las horas infinitas de esa noche siempre calma, no hay un ser que se lamente de las penas de su alma porque el hijo de la pampa nada entiende de pesares, y del mundo, sólo sabe lo que enseñan los cantares.

ROMULO A. ROMERO.

50.

Horas pasadas : Nostalgia.

¡Terruño natal!

Cuna humilde que me vió nacer; casita blanca que fué el hogar de mis primeros años; árboles frondosos a cuya sombra descansé de mis juegos infantiles; canciones predilectas que arrullaron mis sueños de niñez; semblantes familiares que acariciaron mi rostro de niño; suelo que me vió nacer, en modesta cuna, hecha de madera fuerte y de afectos hondos.

¡Rincón amado donde nací; patria chica dentro de la patria grande!

Todo lo que vieron mis ojos azorados de niño, lo he sentido hoy revivir, como a un mágico conjuro.

Entre sueños, he visto deslizarse frente a mí aquellos lugares, los árboles, las casitas blancas, la cuna de roble...

Y mientras una ligera tristeza me ha envuelto en sus tenues velos, la mariposa de la nostalgia ha desplegado sus alas sobre mi frente nimbada de palidez.

¡TERRUÑO NATAL! ¡En este instante me ha invadido la nostalgia de tus cosas, de tus rincones, de tus árboles, de tus casitas blancas...!



51.

Casita abandonada.

A más o menos dos leguas de distancia del pueblo en que resido, y cercano a un bosque rumoroso, existe una casita de paredes descoloridas y ventanas enrejadas. Es un hogar abandonado.

De tanto en tanto voy a visitarlo, porque tiene para mí un inexplicable encanto, una

aureola de poesía enigmática que me atrae con el poder del abismo.

Para llegar hasta allí, necesito cruzar una calle poblada de quintas y huertas, donde la tierra luce orgullosa las galas de su fecundidad y de su belleza.

Debo luego tomar camino en campo abierto sobre una loma que se levanta suavemente, y por un sendero que el continuo pasar de carros y animales ha abierto sobre el césped, esterilizando la productividad del suelo.

Qué delicia me produce mirar con los ojos bien abiertos la línea ondulada que la loma forma sobre el horizonte y aspirar a pulmones llenos el olor característico de las praderas; detenerme luego un rato a contemplar las líneas aparentemente convergentes de los alambres, que siguiendo el empequeñecimiento de los postes semejan unirse en un punto lejano... y seguir por último mi camino, rumbo a la casita abandonada oculta tras el abultamiento de la loma.

Cuando llego a ella, siento como una especie de unción, como un sentimiento místico. Sus puertas siempre abiertas, hacen como una hospitalaria invitación al viajero que pasa por allí. Antes de entrar, me detengo un instante, concentrando todas mis aptitudes estéticas y emotivas, con el deseo de gozar la emoción y la belleza del lugar.

¡Y yo no sé qué extraña sensación de poesía me causan estas paredes resquebrajadas, cubiertas por un tapiz de hiedras y mostrando como rasguños sangrientos la entraña de sus ladrillos rojizos!

Y cuando penetro en la casita, franqueando sus puertas anchurosas, tampoco acierto a explicarme por qué me fascina el enigmático encanto de su pavorosa soledad.

Pero es que hay algo que me habla en la desolación de esas paredes húmedas y musgosas, con su indescifrable lenguaje de emociones.

He aquí por qué, de cuando en cuando, voy, como cumpliendo una liturgia, a visitar ese hogar abandonado; vacío como una cuna sin niño, como un ánfora sin miel, como un rostro sin sonrisa.

52.

Al sol.

¡Rubio sol amable!
Todo tú lo alegras...
¡Me impides que hoy hable
De muy rojos odios, de penas muy negras!

Acaricias cumbres
Y besas desiertos;
Doras podredumbres;
¡Calientas las frías tumbas de los muertos!...

¡Sol! Eres divino
Sabio tejedor,
Eres peregrino
Mago; eres amigo del agua y la flor...

Engendras las rosas;
Repartes matices
A seres y cosas;
Provocas sonrisas; nos haces felices...

¡Sol! ¡Gallardo esposo
De la Primavera!

Triste y horroroso,
Sin tu luz caliente, nuestro mundo fuera

Como buen rey, eres
A veces tirano;
Castigas y hieres
Al pobre viajero que va por el llano...

¡Oh monarca blondo,
Magnífico rey!
Desciende hasta el fondo
De mi alma... ¡Y allí grábame tu ley

En tu esplendoroso
Lenguaje de luz,
Dime : — Da reposo
A tu alma, que carga su afán como cruz...

Dime : — Yo te mando
Que mates las dudas
Que engendras pensando...
[Libra ya a tu espíritu de labores rudas...

Es así, monarca :
Mi débil cerebro
Poquísimo abarca...
Y nunca mentales victorias celebro...

El hombre egoísta
Te ve de distinto
Modo que el artista :
Te ve con los ojos de su bajo instinto...

Y sólo te ama
Porque le calientas
Con tu noble llama,
Y haciendo la tierra fértil, le alimentas...

Amor puro y alto
Es el amor mío.
Mi espíritu falto
De luz, hoy te pide la gran luz que ansío...

¡Dame tu luz, para
Que yo vaya en pos
De una luz más clara,
Que alumbra las almas... de la luz de Dios!

EMILIO FINOT.

53.

Momentos solemnes.

¡Día infausto fué para mí el día de ayer!
Un amigo inolvidable bajó a la tumba, en la primavera de la vida. Sus restos mortales fueron conducidos a la última morada, a la caída de la tarde; a la caída de una tarde melancólica.

Acongojados de pesar, acompañamos sus restos varios amigos fieles.

Había en todos nosotros algo como una protesta contra el destino cruel, contra la fatalidad ciega, que tronchaba una vida plena de bondad para arrojarla en las honduras de la muerte, en los abismos de la nada, fríos y negros como la noche de los polos.

En el cementerio silencioso, frente al nicho que guardaría en reposo eterno al amigo muerto, usé de la palabra. Con voz embargada de emoción hablé así :

“... Señores : Un amigo cuya memoria vivirá imperecedera en nuestras mentes, ingresa en el misterio de la eternidad, cuando recién comenzaba a comprender el arcano de la vida, quizá más misterioso que la muerte misma.

Cae como una flor en el momento de abrir

sus corolas; sucumbe como un águila en el instante de emprender el vuelo; muere como una canción ahogada por sollozos; como una idea truncada por el sueño.

Durante su corta vida, a la vez tan efímera y tan indeleble, derramó flores de bondad en generosos manojos de ideales.

Fué sincero, fué leal : cultivó la alegría, creó la amistad, sintió la admiración. Creyó en la belleza, adoró la verdad, amó la justicia.

Evitó cuando lo pudo el dolor de los demás, o lo calmó con el bálsamo de sus palabras de consuelo. Tuvo siempre la frente iluminada por una esperanza; el pecho alentado por un ideal; el semblante enternecido por una sonrisa; el gesto ennoblecido de comprensión y de perdón frente a las vicisitudes de la vida.

Con hondo dolor despidió los restos del amigo que cayó joven y fuerte... ”

La tarde había avanzado. Por Oriente entraba con lentitud el cortejo de sombras de la noche. Apenados y silenciosos salimos del cementerio, por un camino bordeado de altos cipreses.

54.

Labor de siglos.

Cuando copiaba de mis apuntes juveniles la silueta de aquella antorcha luminosa que iluminó nuestro pasado intelectual, — Sarmiento, — el azar de los papeles revueltos trajo a mis manos esta composición histórica sobre la Asamblea General Constituyente del año XIII, que como sabemos fué realizada por iniciativa del Segundo Triunvirato. Dice así :

En octubre de 1812 se dictó el decreto convocando a elecciones y el 30 de enero de 1813 realizó su primera reunión preparatoria la Asamblea, en el edificio que había ocupado el antiguo y extinguido Consulado.

El Triunvirato dictó entonces otro decreto, estableciendo que en la Asamblea residía la soberanía nacional, y nombrando presidente de la misma al Diputado por Corrientes D. Carlos María de Alvear y secretarios a José Valentín Gómez e Hipólito Vieytes.

El juicio de la posteridad es unánime en reconocer que el Congreso del año XIII dió ocasión para que se volcaran en su seno los hombres más ilustrados de la época, y que las decisiones tomadas por la Asamblea son las más importantes

tomadas por congreso alguno, a excepción, claro está, del acto de declaración de la Independencia, por el Congreso de Tucumán.

Entre los hombres que formaron la Asamblea, figuraban : Alvear, Valentín Gómez, Vieytes, Bernardo Monteagudo, Gervasio Posadas, Vicente López y Planes, y otros no menos ilustrados y patriotas.

Entre el conjunto de leyes sancionadas figuran las siguientes :

Abolición y destrucción de todos los instrumentos de tortura, que aun perduraban como recuerdo de inhumanas costumbres del pasado; abolición de los títulos de nobleza; supresión de la bárbara institución de la encomienda, de la mita y del yanaconazgo, que pesaban como cadenas sobre la vida de los indígenas; reglamentación de la esclavitud y declaración de la ley de libertad de vientres; implantación del 25 de Mayo como fiesta cívica; creación del Escudo Nacional que lleva el gorro frigio de la libertad, sostenido por dos manos unidas, bajo el oro del sol y entre las ramas del laurel de la gloria y el olivo de la paz; adopción del Himno Nacional escrito por Vicente López y Planes.

Dictó además una ley de amnistía, vale decir de perdón, para que pudieran volver al país los que en el exterior vivían de lo que algunos han llamado "el pan amargo del destierro"; pro-

pició el comercio en general, fomentó las industrias y dictó otras muchas leyes de importancia indiscutible.

Fué, pues, un Congreso excepcional; y si como pensaba Moreno, la Revolución de Mayo no debía ser un cambio de personas sino un cambio de instituciones, muy bien podemos decir que el Congreso del año XIII hizo una revolución en el orden de las leyes argentinas. Hizo en varios meses, una ingente labor de siglos.

55.**A la noche.**

Yo adoro tu silencio ¡oh, noche! cuando
La brisa con su paso va dejando
El perfume embriagante de las flores;
Y como un manto de pupilas bellas
Titilan en el cielo tus estrellas
Y se aduermen los pájaros cantores.

Allí el alma que adora la poesía,
Encontrando torrentes de armonía,
Se inspira en la inmortal Naturaleza,
Y sola, frente al orbe que dormita,
En las regiones del ideal gravita
Cantando a tu magnífica belleza.

¡Oh, noche! yo te ensalzo, y mi tristeza
Se esfuma ante el altar de tu grandeza.
Porque en la sombra tétrica que tiendes
Para ahuyentar la luz del claro día,
Tú llenas de pasión el alma mía
Y a mi cerebro obscurecido enciendes.

¡No todos te interpretan ni te cantan!
Cuando ante ti mis sueños se levantan
En busca yo no sé de qué regiones...
Y mi arpa exhala su armonía ligera,
En mi espíritu triste reverbera
El sol de mis pasadas ilusiones.

¡Hay algo oculto para mí en tu sombra
Donde mi corazón siempre te nombra!
Y cuando desapareces soberana,
Por la lluvia de luz y de colores
Que el carro celestial de los albores
Anuncia el despertar de la mañana.

Mi estro se enmudece, y en mi arpa rota
No hay siquiera los ayes de una nota
Que me halague en mi obscuro cautiverio;
Y solo, entre tu sombra confundido,
Me parece que salgo del olvido
Para cantar ¡oh, noche! a tu misterio.

FÉLIX B. VISILLAG.

56.

Alegría interior.

Atardecer de invierno... El cielo está opaco; corre un viento glacial; cae una lluvia fría.

A través de los cristales de mi ventana contemplo el cuadro desolado.

Por la calle desierta, pasan las gentes arropadas y fugitivas.

Los árboles desnudos y grises, colocados en hilera y elevando sus ramas retorcidas hacia el cielo, parecen cuerpos doloridos que abrieran sus manos suplicantes. Y uno que otro árbol de forma caprichosa, parece más que una mano que suplica una mano que amenaza.

Mientras tanto, la noche va arrojando su manto negro sobre la ciudad.

Y yo experimento una especie de voluptuosidad rara, una especie de alegría extraña en este momento en que la obscuridad está propinqua, y en que se barrunta cercana la larga noche invernal. Es que frente a la tristeza de la naturaleza se opone mi fuerte optimismo primaveral, incesantemente renovado y floreciente.

.....

Ya las sombras, dueñas absolutas de los per-

files de las cosas, celebran en el misterio el triunfo de la noche.

Tras los cristales de las casas vecinas, surgen algunas luces.

Frente mismo a la ventana de mi cuarto, sobre la otra vereda, dos personas junto al vidrio miran curiosas. Son mis vecinos de largos años : una niña y un anciano.

He mirado atentamente al anciano y a la niña y he comprendido lo que nunca pude comprender en las páginas graves de los libros.

He comprendido que la tristeza de la naturaleza no la trae el invierno; la tristeza no está en las cosas; no está en el cielo gris, ni en los árboles desnudos. Está en los que quieren sentirse tristes.

Porque mientras esa niña lleva pintado en el rostro con los colores más vivos y rutilantes la alegría de vivir, el anciano tiene un poquito de tristeza, reflejada en el fondo de los ojos. El anciano está ya en el invierno de la vida, con la cabeza blanqueada por la nieve de las canas, mientras que en el corazón de la dichosa niña florece la primavera, más potente que el invierno cruel y torvo.

¡Cuidemos nuestra alegría, como quien cuida un tesoro inapreciable! La alegría es un desborde de fuerza interior; es una exaltación de la vida, que nace en lo recóndito de nuestro ser.

Alegremente contemplemos todo : lo mismo el cielo immaculado que empañado de negros nubarrones.

Alegremente realicemos nuestra misión todos los días : lo mismo el trabajo ímprobo, que la agradable labor exenta de grandes dificultades.



57.

Caminos solitarios.

Pensativo y lentamente voy cruzando el camino solitario; el camino solitario que se extiende más allá del pueblo y se pierde en la espesura de una selva; el camino solitario que ha oído muchas veces mis monólogos secretos, que conoce la fluencia de mis nobles pensamientos y el bosquejo incierto de mis elevados ideales.

Me fascina la soledad de este camino; de este camino que conduce hacia el corazón de la naturaleza, hacia el bosque rumoroso y alejado.

Ninguna inquietud turba nunca la paz de este sendero; no hay huellas que lo surquen ni ruidos que destruyan su silencio abismal.

Todas las mañanas, cuando las primeras luces besan la tierra, cruzo el camino solitario, sediento de soledad. Lo cruzo porque ansío guardar en el tesoro de mis emociones, la emoción lenitiva y reparadora del silencio.

Lo cruzo porque nadie me habla de cosas tan profundas como este callado camino; porque me habla de poesías no escritas, más bellas que todas las que he leído; porque me habla de músicas sin notas, más inefables que todas las que he escuchado; porque me enseña secretos que la ciencia no ha podido descifrar, y bellezas que el arte no ha conseguido ni siquiera presentir.

¡En tu seno, amado camino, me siento más fuerte, más sabio, más noble, más bueno!

58.

Canto a la Argentina.

(FRAGMENTOS)

¡Argentina! ¡Argentina!
¡Argentina! El sonoro
viento arrebató la gran voz de oro.
Ase la fuerte diestra la bocina
y el pulmón fuerte, bajo los cristales
del azul que ha vibrado,
lanza el grito : Oíd mortales,
oíd el grito sagrado.

Oíd el grito que va por la floresta
de mástiles que cubre el ancho estuario
e invade el mar; sobre la enorme fiesta
de las fábricas trémulas de vida;
sobre las torres de la urbe henchida;
sobre el extraordinario
tumulto de metales y de lumbres
activos; sobre el cósmico portento
de obra y de pensamiento
que arde en las políglotas muchedumbres;
sobre el construir, sobre el bregar, sobre el soñar
sobre la blanca sierra,

sobre la extensa tierra,

sobre la vasta mar.

¡Argentina, región de la aurora!

¡Oh, tierra abierta al sediento

de libertad y de vida,

dinámico y creadora!

¡Oh, barca augusta de proa

triumfante, de doradas velas!

de allá, de la bruma infinita,

alzando la palma que agita,

te saluda el diivo Cristóbal

príncipe de las Carabelas.

¡Que vuestro himno soberbio vibre,

hombres libres en tierra libre!

Nietos de los conquistadores,

renovada sangre de España,

transfundida sangre de Italia,

o de Germania o de Vasconia,

o venidos de la entraña

de Francia o de la Gran Bretaña,

vida de la Policolonia,

savia de la patria presente,

de la nueva Europa que augura

más grande Argentina futura.

¡Salud, patria, que eres también mía,

puesto que eres de la humanidad :

salud, en nombre de la Poesía,

salud en nombre de la Libertad!

.

¡Y gloria! ¡Gloria a los patricios,
bordeadores de precipicios
y escaladores de montañas,
como el abuelo secular
que fatigado de triunfar
y cansado de padecer,
se fué a morir de cara al mar
lejos, allá en Boulogne-sur-Mer!

RUBÉN DARÍO.

59.

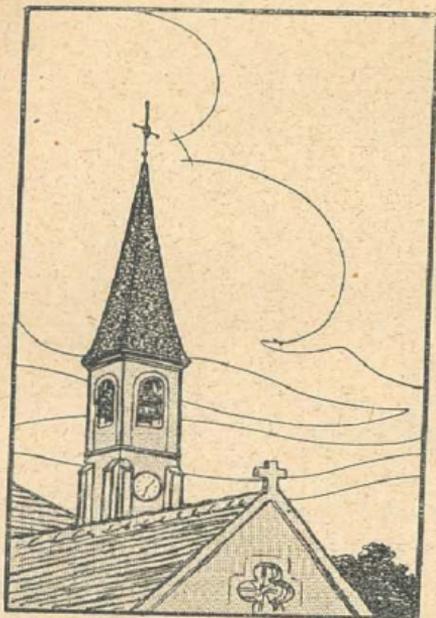
Ruidos lejanos.

Hay algo que en la quietud del campo me en canta, cuando declina la tarde.

Son esos ruidos lejanos, esos rumores que llegan casi imperceptibles y como diluïdos en el silencio, desde lugares distantes.

Es el vago mugir de las vacas, en la soledad de la pradera; es el monótono balido de las ovejas que entran en el redil; es el intermitente y apenas percibido ladrido de un perro, que llega esfumado por la distancia; es el lento tañer de las campanas, que se agitan en lejano campanario.

Rumores, lamentos, aullidos, todo llega apagado y suave, como una caricia; como el contacto de una pluma; como una palabra dulce, pronunciada al oído blandamente.



¡Qué hermoso es percibir cómo se diluye en el abismo del silencio la vibración de un lejano ruido!

¡Esos aullidos que semejan lamentos; esos aullidos que se repiten, y se apagan con lentitud de cirio! ¡Esos balidos levemente perceptibles, vagos e indefinidos como el límite de una penumbra! ¡Esos sonidos de campanas que tañen lenta y pausadamente!

Y de vez en cuando, en la umbría del crepúsculo, una voz humana que canta endechas quejumbrosas con un acento de infinita ternura. ¡Oh, qué placer inefable, qué emoción dulce traen a mi mente en la calma de la tarde, en la hora crepuscular, todos esos ruidos lejanos, apagados, lentos, casi imperceptibles!...



60.

Vidas serenas.

¡Qué edificante ha sido para mí entrar en relación con hombres sencillos, que pasan una vida serena en las imperturbables soledades del campo!

Son gentes de carácter bondadoso y sentimientos cristalinos, que viven sin prisas, piensan sin apasionamiento, y esperan el porvenir con serenidad de ánimo.

Abandonan el lecho cuando clarea el día : cuando — como dice el poeta — “ apenas la puntita del sol comienza a asomar ”.

Se desayunan frugalmente con el consabido mate amargo o el churrasco jugoso y nutritivo, y luego se encaminan a sus tareas, plenos de fe en la labor y de voluntad para el esfuerzo. No tienen nunca estas gentes una turbación en la apacible serenidad de sus vidas; están exentos de tristezas que nublen sus sanos optimismos, y libres de preocupaciones exóticas que pongan notas negras sobre la música de sus sonrisas y alegrías.

¡Hay mucha belleza que contemplar, en estas vidas serenas! ¡Hay mucha sabiduría ingénita que aprender, en esas existencias humildes y sencillas!

El trabajo de la tierra y el cuidado de los animales es para ellos tan respetuoso y solemne como un sagrado ritual. Y es precisamente ese contacto continuo con la naturaleza virgen, con la tierra fecunda, con los animales domésticos, el que les ha dado la fortaleza de alma y el temple de espíritu con que viven sus horas tranquilas alejados del mundanal ruido.

Cuando trato con ellos, pienso sin quererlo en los cielos sin nubes; en los corazones despojados de odios; en las aguas exentas de lodo y en la blancura inmaculada de las nieves que coronan las cumbres andinas.

61.

Resplandores rojos.

De entre las muchas composiciones de mi viejo cuaderno de historia, he transcripto ésta :

“Mucho se ha hablado desfavorablemente del “Tigre de los llanos”, de su figura siniestra de caudillo, de su prestigio extraordinario que llenaba los ámbitos del país.

Pero todo lo que se ha dicho tiene su raíz en un obscuro fondo de admiración.

Hablamos contra Quiroga porque en secreto lo admiramos; de la misma manera como vemos en la tiranía de Rozas una especie de lógica de los tiempos.

Y el mismo Sarmiento que ha dirigido sus más terribles anatemas contra el gaucho salvaje, contra la barbarie del interior, contra la montonera acaudillada, no ha hecho otra cosa que satisfacer algún silencioso afán de admirador.

Su libro “Facundo” es un monumento de doctrina más imperecedero que los monumentos marmóreos. Es el monumento que eterniza la epopeya de Facundo.

Facundo Quiroga debía poseer necesariamente condiciones extraordinarias; de otro modo no se explica su prestigio incommovible. No se explica

que su solo nombre bastara para poner una extraña sensación, a la vez de temor y de respeto, en el espíritu de sus contemporáneos.

Pues bien; el imbatible " Tigre de los llanos " chocó dos veces contra un militar meditabundo y calculador, y dos veces fué asombrosamente derrotado.

Ese militar era el General Paz, el más infortunado militar de la guerra civil argentina.

Cuenta el mismo Paz, en sus " Memorias ", que necesitó luchar con grandes dificultades para calmar a su tropa, porque el prestigio de Quiroga era imponente. Bastaba anunciar un encuentro con él, para que un helado pavor paralizara la sangre de aquellos hombres. Y es que la mayoría de los rudos e ingenuos soldados que llenaron las filas de los ejércitos en la guerra civil, creían que los gauchos de Quiroga se transformaban en tigres en el ardor de la pelea y que Facundo montaba un caballo brujo.

No obstante llegó el día del encuentro; y la furia de la caballería gaucha fué contenida y batida por los cálculos de Paz, aquel General que " ganaba batallas desde una mesa, sin manejar la lanza, sin vestir poncho, sin usar boleadoras, y que para colmo de irrisión era manco ", como dice un historiador.

Vencido Quiroga en la Tablada, busca más tarde el desquite; pero de nuevo es vencido por

Paz, en Oncativo, el 25 de Febrero de 1830.

El General Paz, triunfante, preparaba entonces una campaña contra todos los caudillos, con grandes probabilidades de éxito. Mas la suerte adversa que siempre le persiguió, quiso que se alejara del campamento para caer bajo el tiro de boleadoras de una partida santafecina.

Y el hombre que pudo entrar rectamente en el camino de la organización nacional, cayó prisionero, precisamente cuando la hoguera de la tiranía asomaba sobre el horizonte del país sus resplandores rojos. ”

62.

Canción solariega.

Evócanme muchas cosas
Las paredes polvorosas
De esta casa señorial
Cuyo amplio patio florido
Cierra la puerta de reja
Del zaguán que abre su umbral,
Al silencio recogido
De provinciana calleja
Dormida en paz colonial.

Los años, muy poca cosa
Le restaron a la hermosa
Solidez de este solar;
Con su pesadez antigua
Él todavía atestigua
La fecha en que edificar
Le hicieran antepasados
Que, persiguiendo con brío
Un sueño de poderío,
Llegaron de allende el mar.

Vieja casa, sin rumores
Evocas de mis mayores
Muchas cosas que olvidé;
Hoy al mirar la emprendida
Construcción que de mi vida
Dejaré,

Siento que a tu fuerte piedra
Sé abraza — como una yedra —
Buscando fuerzas mi fe.

L. GONZÁLEZ CALDERÓN.

63.

Los rosales de mi huerta.

Cuando la primavera retorna con sus días tibios, embelleciendo la vida, abren sus mágicas flores los rosales de mi huerta.

¡Qué bellas son entonces esas mañanas suaves, en que nos acaricia el aire perfumado por las rosas!

Hay allí rosas rojas como sangre y como fuego; rosas en cuyos pétalos ardientes la belleza de la naturaleza parece haberse convertido en llamadas.

Otras son blancas como nieve; rosas impolutas como el candor y la inocencia, más blancas que el mármol y que el armiño.

Hay también rosas de un rojo suave, de pétalos rosados como auroras, que contrastan estéticamente frente a las que ostentan sus pétalos amarillos cual la llama de los cirios y que remedan fulgores tibios de un sol que agoniza en el ocaso.

Contemplando a la distancia la floración maravillosa de mi huerto, pleno de pródigos rosales, semejan las rosas amarillas, rojas, blancas y rosadas manchas de sangre sobre copos de nieve o

cirios encendidos sobre mármoles inmaculados.

En los rosales de mi huerta hay fuego, sangre, nieve, mármol, llamas...

Cuando la primavera trae sus días tibios, florecen en mi huerta los rosales como mágicas constelaciones multicolores.

64.

La Luna.

Ya del Oriente en el confín profundo
La Luna aparta el nebuloso velo;
Y leve sienta en el dormido mundo
Su casto pie con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
Su faz humilde al cielo levantada;
Y el hondo azul con elocuencia muda
Orbes sin fin ofrece a su mirada.

Un lucero no más lleva por guía,
Por himno funeral silencio santo,
Por solo rumbo la región vacía,
Y la insondable soledad por manto.

¡Cuán bella, oh Luna, a lo alto del espacio
Por el turquí del éter lenta subes,
Con ricas tintas de ópalo y topacio
Franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso
De rizos copos, que tu lumbre tiñe;
Y de la noche el iris vaporoso
La regia pompa de tu trono ciñe.

De allí descende tu callada lumbre,
Y en argentinas gasas se despliega,
De la nevada sierra por la cumbre
Y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda obscura
A largos trechos el follaje tocas,
Y tu albo resplandor sobre la altura
En mármol torna las desnudas rocas.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,
Luce del cerro en la áspera pendiente;
Y a trechos ilumina en la espesura
El ímpetu salvaje del torrente;

En luminosas perlas se liquida
Cuando en la espuma del raudal retoza;

O con la fuente llora, que perdida
Entre la obscura soledad solloza.

.
El último lucero en el Levante
Asoma, y triste tu partida llora :
Cayó de tu diadema ese diamante,
Y adornará la frente de la Aurora.

DIEGO FALLÓN.

65.

Canto a la Naturaleza.

¡Naturaleza hermosa!... ¡Yo quiero cantarte!
¡Quiero cantar tus esplendores!...

Quiero poner la suavidad de los cielos azules
y de tus mañanas primaverales en la pálida
música de mis estrofas; quiero impregnar mis
canciones favoritas con la belleza melancólica
de tus desiertos, y embellecer las palabras amar-
gadas por el dolor con algo de la agreste y ruda
hermosura de tus montañas y de tus selvas.

Quiero poner el perfume de tus flores, el olor
de tus trigales, la caricia de tus brisas, el beso
sonrosado de tus auroras, sobre mis versos
mustios; quiero poner la tranquilidad de tus
otoños taciturnos sobre mis sobresaltos angus-

tiosos, e impregnar con la calidez de tus veranos ardientes la frialdad de mis versos ateridos.

¡Naturaleza hermosa!

Quiero cantar de tus cordilleras la imponente y eterna blancura de las cumbres, y de tus mares glaucos y ondulantes la majestad de las inconstantes olas; quiero cantar de tus florestas la magnificencia de las flores y la riqueza de los frutos; de tus arroyos el curso manso y de tus cascadas la furia impetuosa.

Quiero cantar a tus bosques poblados de rumores, a la fecundidad de tus tierras y a la apacible belleza de tus valles, donde el ganado apacenta bajo el cuidado de algún venturoso pastor.

¡Naturaleza! ¡Yo he soñado en una vida de paz y de ventura, a la sombra de tus árboles predilectos!

Por eso quiero cantarte poniendo la suavidad de tus cielos azules en la pálida música de mis estrofas; impregnando mis canciones favoritas con la belleza melancólica de tus desiertos; y embelleciendo mis versos mustios con el beso sonrosado de tus auroras, el perfume de tus flores, la caricia de tus brisas, y el olor de tus trigales.

¡Únicamente así, naturaleza hermosa, podré cantar tus inefables esplendores!

66.

Optimismo.

¡Estamos en flor de juventud! La vida es bella y amable; las horas sonríen a nuestra plácida existencia. La aurora es sonrosada; la mañana alegre; el mediodía luminoso; la tarde apacible; el crepúsculo tranquilo; la noche serena y suavemente melancólica.

¡Estamos en flor de juventud! A nuestras espaldas queda el recuerdo dorado de las horas juguetonas de la infancia; por delante se abre, amplio y atrayente, el camino del porvenir.

¡Con paso firme y seguro, emprendamos la marcha! No nos dejemos sugestionar por pensamientos pesimistas e ideas turbadoras. Borremos con fuerte mano, de nuestra vida, las horas de decadencia. Vivamos exclusivamente horas intensas de optimismo. Busquemos todo lo que exalta; todo lo que alienta y estimula.

Sea nuestra imagen la nave que tiene la popa en la arena movediza y la proa en la mar glauca, con la visión del horizonte.

Afrontemos el porvenir con tranquila seguridad, a la manera de aquellos atletas de la antigüedad griega que iban a la palestra llevando

en la pupila, como augurio infalible, el resplandor del triunfo.

El que se deja entristecer por pensamientos vagos, ¡es un débil de espíritu! El que piensa en la derrota, el que medita sobre posibles fracasos, ¡es un flojo de corazón y de cerebro!

Muchas veces hemos visto frente a la cuna donde un niño de mejillas rosadas y cabellos de oro duerme su dulce sueño, a la madre, dejando trunca la canción que modulara al adormecerlo, para abandonarse en las alas de un vago presentimiento.

Sin duda, envuelta en la penumbra que borra los perfiles de la cuna, piensa la madre en el porvenir del hijo. Tal vez sugestionada por las formas raras que las sombras dibujan en el interior del cuarto, cree ver en el lejano porvenir la efigie del dolor que acecha, para borrar de las mejillas del niño el colorido que le otorgaron las rosas...

El pensamiento maternal ha sido sorprendido por una hora de decadencia y de temor. ¡Pero es un temor inexplicable! Pronto la nube opaca del horizonte será deshecha al conjuro de una canción de arrullo. Y el niño será fuerte y sano en el porvenir, porque sano y fuerte es el amor de la madre que lo cría.

¡Mantengamos, pues, en todos los momentos de la vida, nuestro optimismo! Y si alguna vez

parece huir de nosotros, persigámosle con ahinco.

Levantemos nuestro optimismo en todo instante : en la alba hora de la mañana, fresca todavía del frío de la noche, y en la serena hora de la tarde quieta.

El optimismo ensancha el pecho, lleva más aire a nuestros pulmones, y hace circular mejor la sangre en nuestras venas despertando en las mentes luminosas ideas y preclaros sentimientos.

67.

Otoñal.

Ya el otoño descuelga entre el sol y las sierras,
Sobre el cristal hirviente del verano bruñido,
Los tules deleznan y las gasas cenicientas
Que guarda entre sus viejos arcones el olvido.

¡Oh, mi alma! Si tú quieres asomarte a la altura
De mis ojos, dejando tu caverna sombría,
Verás cual fresca y suave tiritita la penumbra
Gris donde hila vendajes nuestra melancolía.

No temas las violencias del sol ni de los hombres,
Yo sé por qué medrosa del mundo te resistes ;
¡Ven! que el sol está humilde, sin púrpuras ni bronceos :
Y los hombres son buenos bajo los cielos tristes.

Los vientos patagones que bramaban resecos
En turbión de rojizas polvaredas de crimen,

Hoy desfilan sutiles silbando ritornelos
Donde las nieves castas sus soledades gimen.

Sobre el perfil sinuoso de las lomas lejanas
Planta la cruz vibrante de tus alas abiertas
Y al confín del recuerdo y al de las esperanzas
Pide brisas que aromen nuestras horas desiertas.

EDUARDO TALERO.

68.

Canciones olvidadas.

Como violetas desprendidas de un ramillete,
han quedado olvidadas de mi memoria muchas
canciones que deleitaron mi niñez.

¡Qué esfuerzo no haría yo hoy por recordarlas!
¡Por hacerlas florecer entre los escombros de mis recuerdos,
al igual que madreselvas entre imponentes ruinas!
¡Sentir de aquellas músicas la misma suave cadencia;
oír de aquellas canciones el mismo suave ritmo!
¡Conseguir, en una tarde, revivir todas las tardes del pasado!

¡Oh quién lograra en la hora del anochecer,
mientras modula el sapo sus sonidos de flauta
y canta el grillo su monótona letanía,
hacer surgir al soplo de la reminiscencia
aquellas preteritas canciones!
Las que en la cuna me adormecieron
en blando sueño : las que en la infancia

me hablaron de cuentos de hadas y me contaron de amores de pájaros; las que suavizaron mis temores en la adolescencia o exaltaron mis esperanzas en la juventud.

¡Hacia vosotras, olvidadas canciones, va hoy mi espíritu en un vuelo de unción nostálgica!

Pero si es cierto que habéis muerto en la memoria perduráis no obstante en el corazón, donde yo guardo como sagrado fuego el inefable deleite que derramabais sobre mi vida cuando una voz argentina os hacía vibrar en el aire, saturado de aromas, de alguna tarde somnolienta.

¡Ah, cuántas canciones que deleitaron mi niñez, habrán quedado olvidadas, como violetas desprendidas de un ramillete!

69.

Canto a la Bandera.

¡Salve, noble! ¡Salve, olímpica bandera!
 ¡Alma prócer de mi suelo, mensajera
 De sublimes redenciones en las horas del dolor!
 ¡Celeste ala del Querube de los sueños de Belgrano,
 Que al batir en las cruzadas del derecho americano
 Palpita de tres pueblos el patriótico fervor!

¡Eres magna, eres augusta! ¡Simbolizas
 Fibra y alma, gesta y gloria en francas lizas,

La excelencia de tu estirpe, su arrogancia, su altivez,
El resumen adorable de sus triunfos y loores,
La lealtad acrisolada de los criollos lidiadores
Que cayeron o se alzaron por su ideal y por tu prez!

¡Tu presencia llena el alma de esperanzas,
Y a ella acuden infinitas remembranzas
De epopeyas y heroísmo do culmina tu esplendor,
Y se abisma en las proezas de tus bravos capitanes
Que escalaron la montaña, cual gentilicos titanes,
Para darle nuevas-cumbres a la cumbre de tu honor!

¡Eres luz y eres divisa! ¡Por tu credo
Se eslabona de tus hijos el denuedo
Al calor avasallante, misterioso de tu ser!
¡Iluminas sus senderos como estrella bienhechora
Y abnegados, orgullosos, van a ti, reina y señora,
En la cumbre de tus triunfos sus delirios a encender!

¡Tus colores (ramillete de miosotis y diamela)
Allá en Mayo se cifraron en la breve escarapela
Que tu génesis levanta, como nuncio precursor,
Y de entonces, son un culto en el alma de tus fieles
Pues te ofrendan, cual deshoje de amapolas y claveles,
Los supremos holocaustos de la sangre por tu amor!

Como el numen de la patria, como un ave
Inmortal y prodigiosa, tú afrontaste, ¡Dios lo sabe!
¡Las más arduas lejanías por la causa y por piedad,
Que tus regias majestades besó el frío, besó el viento,
Y doquiera que te alzaste en sublime advenimiento
Respiraron los humanos vida, fuerza y libertad!

¡Eres amplia, eres risueña! No tan sólo
Se distiende tu grandeza desde el trópico hasta el polo.

Y el cristal del ancho Plata es espejo de tu faz;
 Que tu seda azul y blanca se ha extendido por el cielo
 Y se va por todo el orbe en su lírico desvelo
 De ofrendar a otras banderas las primicias de la paz!

¡Mancillarte?... ¡No, mi gloria, no te empañas!
 ¡Guay del vándalo que olvide tus respetos, tus hazañas,
 Y el vigor en que afirmas sin menguarse por jamás,...
 Que tus bravos defensores culminantes de civismo,
 Sentirán bajo tu sombra tan indómito heroísmo
 Que hechas trizas, pero al tope del honor tremolarás!

En la lid a que te induzcan los procaces más crueles
 Volverás a engalanarte de simbólicos laureles,
 Y a ascender en las victorias de la lucha señoral,
 Y la fama, pregonando cualidades y destinos
 De tu raza, dirá al mundo : " ¡Son los héroes argentinos,
 La falange de la Gloria, cuya sangre es inmortal! "...

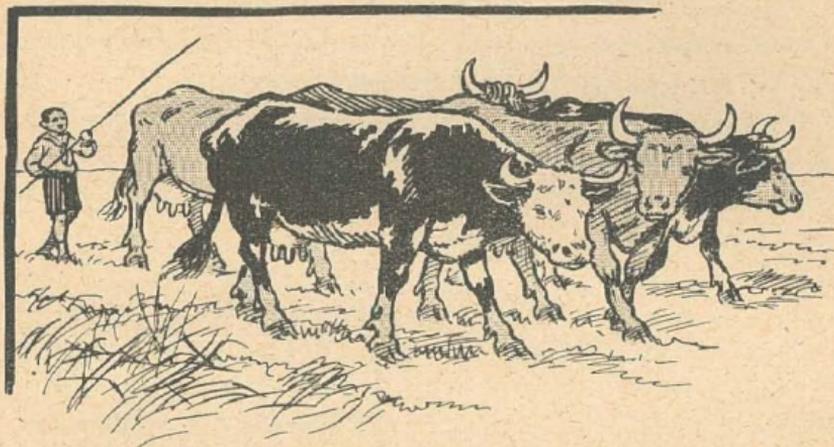
¡Salve, insignia de solemnes bendiciones!
 Por tu fama ennoblecida, por tus dignas tradiciones
 Alce siempre tu prosapia magno y puro el corazón;
 Que revivan en las nuevas argentinas multitudes
 De Moreno y Rivadavia las perínclitas virtudes,
 De Gutiérrez y de López la ardorosa inspiración.

¡A ti vayan, como efluvios estelares,
 De sus lúcidas conciencias los ardientes luminares :
 Claridades de justicia, probidad toda fulgor;
 Y ese lustre de las almas luminosas, giganteadas,
 Acreciente el de tu raso bendecido, porque seas
 El espejo más brillante del altruismo y del valor!

¡Así, bella, altiva, inmensa, consagrada
 Soberana de los libres, a los vientos desplegada,

O en escudo recogida, entre dos armas en cruz,
Respetada eternamente, resplandezcas como el día,
Patrocines la grandeza siendo norte, siendo guía,
Por las sendas victoriosas del trabajo y de la luz!

L. ARENGO.



70.

Pasos lentos.

En el campo, todas las tardes a la hora de la siesta, interrumpe el silencio un sonoro ruido de cascabeles.

Conforme los oigo vibrar desde lejos, escucho atentamente. Así percibo cómo suenan con mayor nitidez a medida que se acercan. Esta pequeña espera ha constituido para mí un deleite...

Sin embargo, muchas veces me ha dominado

la impaciencia, porque estos dichosos metálicos cascabeles se aproximan con una lentitud tan extraordinaria, que producen la impresión de lo que nunca llega.

Primero se oye un lejano tintineo;... luego sigue un instante de silencio inseguro e indeciso; más tarde vuelve a oírse todavía apagado, pero un poco más cercano; y se pierde nuevamente para resurgir al cabo de un largo momento, mezclado entre un confuso tropel de rumores...

Cuando ya el tintineo se percibe a menos de cien metros de distancia, salgo a la puerta a satisfacer mis deseos de mirar. Son vacas que caminan lentamente... Vienen casi siempre cuatro o cinco, acompañadas por sus pequeños terneros.

Cada una lleva pendiente de un cordón que abraza el pescuezo una campanilla tremulante. Y detrás de aquéllos, látigo en mano, camina como gozando de la profunda lentitud un chucuelo de sombrero de alas anchas y botas manchadas por el lodo del camino.

Marchan todos con pasos muy lentos. Se diría que estas vacas de piel negruzca salpicada con manchas blancas, y este niño campesino de botas enlodadas, son el símbolo de la ausencia de prisa y la personificación de la pereza.

¿A dónde van, con tan lenta marcha, estas vacas de piel negra tachonada de blanquecinas manchas? ¿Cuándo llegarán con esos pasos tan lentos?

Y mientras se alejan poco a poco, oigo cómo va perdiéndose en la lejanía el argentino tintineo... Haciéndose primero paulatinamente más imperceptible; esfumándose luego en un silencio indeciso; reapareciendo más tarde confundido entre rumores... hasta que se pierde por completo en la distancia, cuando ya las vacas apenas se divisan, como manchas blancas y negras sobre el fondo verde del paisaje.

71.

Las plumas de las aves.

Uno de los mayores atractivos de las aves consiste, indudablemente, en los lindos colores que con frecuencia ofrece su plumaje. Cuando se compara la coloración de los mamíferos con la de las aves, aquéllos no pueden menos de parecerse feos y sombríos. Ningún mamífero, en efecto, ofrece la brillante combinación de verde y rojo del guacamayo, ni el verde brillante del quetzal, — ave que figura en el escudo de Guatemala, — ni las lindas tonalidades azules del martín pescador, ni el delicado rosa del flamenco; y no digamos nada de los centelleantes matices de los pájaros moscas, que al revolotear entre las flores, heridos por los rayos del sol, parecen joyas

de pedrería dotadas de vida. Pero el lector debe prepararse para una sorpresa que no dejará de producirle cierta desilusión : los colores más brillantes de las aves, sus más hermosos matices, son mentira, no existen. Un poeta clásico español, Lupericio L. de Argensola, dijo en una de sus obras :

“ Porque ese cielo azul que todos vemos,
ni es cielo ni es azul...”

De las aves azules podría decirse la mitad de esta frase : sus plumas son plumas, pero no son azules, aunque a nosotros nos lo parezcan. Veamos esto claramente.

Cuando en un hermoso día de sol vemos a una niña vestida de color de rosa, con pulseras de plata y pendientes de brillantes, podemos observar que su vestido, mirémoslo como lo miremos, nos parece siempre de color de rosa, en tanto que las pulseras, según les dé la luz, tan pronto nos parecerán de un blanco resplandeciente, como azuladas o de un tono gris sucio; y en cuanto a los pendientes, como están tallados en formas prismáticas, ocurrirá con ellos lo que con todos los prismas incoloros y transparentes : que al moverse, según los hiere la luz del sol, se ven incoloros o nos dan los diversos colores del espectro, o, como vulgarmente se dice, el arco iris.

Esto es lo que ocurre con las plumas de las aves; sus colores están a veces en ellas mismas, pero otras veces son debidos a efectos de luz. En el primer caso, el color se debe a substancias colorantes; la pluma ofrece el mismo color vista a contraluz que vista con luz favorable, y lo conserva aunque la golpeemos o machaquemos. Los matices negros, pardos y rojos de las plumas se deben siempre a estas substancias colorantes o "pigmentos", que es su verdadero nombre; los anaranjados y amarillos son casi siempre producidos por la misma causa; en cambio, el azul nunca se debe al pigmento, y el verde sólo en una clase de aves, en los turacos, bellos pájaros de brillantes colores que viven en África. El químico, por diferentes procedimientos, puede extraer dichas substancias y averiguar su composición. Los mismos turacos de que acabo de hablar, tienen en las alas unas plumas rojas cuyo pigmento se disuelve simplemente en el agua; de modo que cuando estas aves se bañan, las plumas se les destiñen, dejando el agua encarnada.

Casi todos los pueblos del mundo se han servido de las plumas como preciado adorno. Los salvajes ornamentan con ellas el tocado de sus guerreros, las flechas y las piraguas; y en el Oriente se emplean para hacer sombrillas, abanicos. En la época de la conquista de Méjico, la plumistería había llegado entre los aztecas a un grado tan

alto de perfección, que se hacían adornos de plumas sobre las telas de los vestidos, y hasta se confeccionaban cuadros que exigían muchos años de trabajo.

En la Edad Media, las plumas eran el adorno del casco del caballero, como luego lo fueron de los grandes chambergos. Actualmente, solamente las llevan las señoras y las niñas; pero conviene que unas y otras se convenzan de que una pluma en ninguna parte es más linda ni está mejor que donde la Naturaleza la ha puesto : en el ave.

ÁNGEL CABRERA.

72.

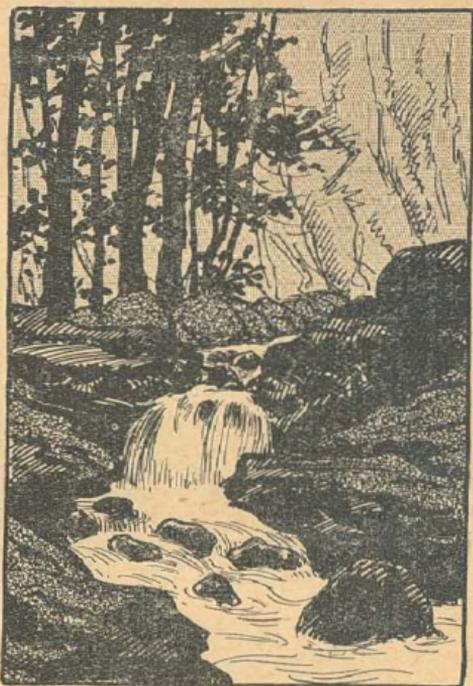
Pureza de manantial.

En uno de mis paseos matinales he logrado descubrir, oculto entre las hierbas todavía humedecidas de rocío, un plateado hilito de agua cristalina, fresca como el aura de las mañanas y pura como la diafanidad del cielo.

¡Con qué placer me he arrodillado sobre la tierna hierba, ansioso de levantar en la concavidad de mis manos un poco de agua para refrescar mi frente!

¡Qué delicia me ha causado entonces contemplar el propio rostro, reflejado en la tersura del hilito de agua, escondido entre las matas empañadas de humedad!

Al contacto de su pureza impecable y virginal, he sentido que una nueva fuerza entraba en la



sangre de mis venas; he recibido de la tierra como una rágafa de vigor, como una enérgica palabra de aliento.

Y es que este hilito de plata, que serpentea entre el verde césped al abrigo de las miradas indiscretas, tiene su origen en algún lejano manantial. Bastaría seguir su curso, ondulante y quebrado como línea trazada por manos infantiles, para descubrir la fuente inexhausta y pura de donde mana continuamente. El hilito de plata ha nacido en la pureza de ese manantial y ha permanecido intacto e inmaculado en el secreto de las matitas de hierba, en medio de las cuales lucen sus galas silvestres las vistosas margaritas y alguna que otra violeta aromática y humilde.

¡Permanece siempre sin mácula, lejano y oculto manantial!

Y otorga siempre tu virginidad a este plateado hilito para que pueda yo, en las horas aurorales, refrescar la calidez de mi frente, y disipar las impurezas de la vida, con tu diáfana pureza de manantial.

73.

Noche de luna.

Ya la luna en su disco a etérea cumbre
Sobre el silencio universal levanta,
Y con la voz de su nevada lumbre
Muda elegía en los espacios canta.

¡Cómo un día en su albor mi pensamiento
Quedaba dulcemente adormecido,
Resbalando en mi ser un fresco aliento
De regiones celeste desprendido!

Mas hoy, cuando en mi alma calla el mundo
¡Oh luna! al contemplar tu faz errante,
A henchirla toda, con clamor profundo,
Resurge en ella mi dolor vibrante.

Tus rayos, siempre de mi alma dueños,
A ella bajan, rompiendo sus neblinas,
No ya a alumbrar mis encantados sueños,
Sino un montón de solitarias ruinas.

Mi mente entonces desolada y vaga,
A la mansión de los extintos vuela,
Do el mundanal rumor sordo se apaga,
Donde la muerte sus arcanos cela.

Y donde yace allí muerta mi vida
Junto al sepulcro en que mi hija mora,
Sin voz, inmensamente dolorida,
Mi alma entera se arrodilla y llora.

¡Cómo tu luz, oh luna, triste baña
La blanca tumba en que mi amor se estrella,
Y la besa, y la halaga, y la acompaña,
Cual si quisiera conversar con ella!

Ya su sepulcro, alucinado, veo
Resplandecer con místicos fulgores
Y se entreabre radioso a mi deseo,
Y vuela de él un ángel entre flores...

.....

CALIXTO OYUELA.

74.

Afán innovador.

El año 1820 tiene una significación simbólica en nuestra historia de un siglo.

Es un año de caos, es un paréntesis de nebulosa puesto sobre la epopeya iniciada en 1810.

Por eso nos sorprende que un espíritu enérgico y emprendedor implantara casi al margen mismo de la tiranía, una serie de reformas fundamentales. Nos referimos a Don Bernardino Rivadavia.



RIVADAVIA

Cuando Martín Rodríguez fué elegido gobernador de la provincia de Buenos Aires, designó como ministros a Rivadavia y a Don Manuel José García.

Rivadavia regresaba de un viaje a Europa, y traía la mente impresionada por el progreso de las instituciones políticas del viejo continente.

Puesto en el gobierno, debía, pues, cristalizar en hechos fecundos su afán innovador.

He aquí las principales reformas que implantó :

Supresión de las facultades extraordinarias de que habían gozado los gobernadores de la provincia de Buenos Aires; sanción de la Ley del Olvido, que era un patriótico llamado a los que sufrían en el exilio; organización del servicio de correos, y establecimiento de la paz en las provincias del litoral mediante el tratado del Cuadrilátero. Promulgó, además, una ley determinando la inviolabilidad de la propiedad privada; propulsó la ganadería, la industria y el comercio; depuró las autoridades militares, obligando al retiro a los jefes sin preparación científica; y llevó a cabo además una serie de medidas eclesiásticas, consultando previamente la opinión autorizada del Deán Funes, de Agüero y de Varela.

Al margen mismo de la Anarquía, Rivadavia implantaba sus reformas.

Y mientras tanto, hasta las puertas de la ciudad llegaba como una amenaza sombría el rumor de las huestes hirsutas, a cuyo frente los caudillos levantaban sus pendones ensangrentados.

75.

Levantemos la mirada.

Abramos nuestro espíritu a la contemplación de las grandes cosas. Huyamos de todo lo mezquino, de todo lo pequeño, de todo lo insignificante.

Cualquiera que sea nuestra tarea en la vida, habilidoso artesano de humilde oficio o pomposo señor de labor trascendente, tenemos el deber de dignificar nuestra existencia elevando el espíritu a todo lo grande y bello.

¡Que sea nuestro espíritu como un trozo de arcilla, dispuesto para recibir el contacto cariñoso de las manos del escultor! ¡Propia es la culpa del que abandona esa arcilla, reducida a un informe trozo de inerte materia!

La vida es tan hermosa y el universo tan maravilloso, que quien no sepa extraerles inspiración y entusiasmo para modelar su arcilla, es un enfermo de la más triste negligencia.

No seamos negligentes; de nosotros depende el valor de la vida que vivimos.

¡Vivamos tres veces: en la sublime trinidad de la belleza, el bien y la verdad!

El que reduce su existencia únicamente a una

brega por el pan de cada día, se coloca en la situación de aquél que marcha por estrecho camino, baja la mirada, inclinada la frente, y totalmente extraño a la belleza del cielo, constelado en las noches serenas y arrebolado en las mañanas tranquilas.

Levantemos bien alta la mirada; alcemos la frente; marchemos pisando con los pies sobre la tierra firme y tocando con la cabeza en las estrellas.

Por modesta que sea nuestra tarea, debemos elevarnos a la altura de la emoción estética.

La mayor miseria del hombre, es la miseria de la vida espiritual.

¡Profundamente desdichado aquél que no sabe gozar de una alborada clara o de una tarde apacible; de una música inefable o de un verso armonioso; de una verdad profunda o de una dulce mentira poética, encerrada en un cuento de hadas o en un inverosímil episodio de leyenda!

76.

El poema de las mieses.

(FRAGMENTO)

He aquí que nos llama la estación de las mieses
Convertidas en oro por el sol y la tierra,
Cuyo jugo materno ha corrido seis meses
Por las frágiles cañas; en las rubias espigas,
Como en cofres dorados, el tesoro se encierra
Con que premia la tierra las penosas fatigas
Del que traza en el suelo
Hondos surcos, y entona la canción del trabajo
Cuyas notas vibrantes vuelan, rítmicas, bajo
La mirada del cielo.

Los sembrados ofrecen sus doradas primicias;
He aquí que nos llama la fecunda estación
En que pasan los céfiros con temblantes caricias,
Perfumando sus alas en la mies en sazón.

Segador, los trigales sólo esperan el filo
De las ásperas hoces; el en campo tranquilo
Vibrará nuevamente el rumor del combate
Entre el trigo que tiembla, y entre el brazo que
[abate.

Y después, bajo el peso de los ricos manojos
Marcharás por la alfombra de maduras gramillas
Y en la parva que se alza dejarás las gavillas
Ofrecidas al hombre por los nobles rastros.

CARLOS ORTIZ.

77.

Sueños de grandeza.

El hombre puede considerar al universo dividido en dos porciones : la porción exterior que abarca el reinado de las cosas, desde el humilde objeto de uso familiar, hasta las infinitamente lejanas constelaciones; y la porción interior que comprende el imperio de las ideas, desde una modesta sensación táctil, hasta la elevada elaboración del pensamiento.

Fuera de nosotros, las cosas; dentro de nosotros, las ideas : dos mundos verdaderamente grandes, en posición opuesta, pero reunidos en el mojon conciliatorio de nuestro espíritu.

La realidad exterior reflejada en el espejo de la mente, crea el caudal de nuestras imágenes; y el mundo interior refractándose hacia afuera, impregna de un nuevo color a la realidad.

Por la conquista de alguno de esos mundos luchan los hombres de poderosa voluntad. La gran mayoría, sin embargo, atraídos por el señuelo que ofrecen las cosas reales, olvidan de continuo lo que podríamos llamar la explotación de la riqueza interior.

Es justo y conveniente, desde luego, aspirar con tesón al dominio de todo lo que nos rodea : los animales y las plantas, la tierra y el aire, el calor y la luz, porque en ello radica el progreso de la humanidad. Pero también es ventajoso dedicar algunas horas a la penetración del mundo de las imágenes. Dicha penetración tiene una utilidad indiscutible para el desarrollo de ciertas fuerzas del espíritu, sin las cuales la conquista del mundo exterior fracasaría ruidosamente.

El ejercicio de la imaginación no es un ejercicio estéril. Todas las grandes concepciones de la ciencia no habrían sido realizadas sin la imaginación; tampoco sin ella habrían sido ejecutadas las inmortales creaciones del arte, ni realizadas las empresas que honran al ingenio humano.

Entre todos los ejercicios imaginativos existen algunos que tienen, a mi juicio, una eficacia certera : son los sueños de grandeza.

Nada hay más hermoso que soñar grandezas en la juventud. ¡Quien no se sienta capaz de esos sueños, será un incapaz en la vida! ¡Quien, en el silencio de recogida meditación, es inhábil

para concebir triunfos futuros y gozarlos como tales, está condenado a pequeños destinos!

Sin confundir delirios de grandeza, con sueños de grandeza, soñemos cosas grandes y hermosas.

¡Imaginemos estar en medio de la multitud, aclamados por nuestro poder o nuestra sabiduría! ¡Concibámonos en un viaje triunfal, adornada de laureles nuestra frente, y de fama sonora nuestro nombre! En todo instante soñemos con el dominio de las cosas, con la conquista del saber, con la posesión de la celebridad.

Esos sueños de grandeza, gobernados por una inteligencia equilibrada, excitan nuestra voluntad, estimulan la energía interior y abren horizontes nuevos a la contemplación de nuestra ávida mirada.

¡Soñémonos, pues, fuertes, poderosos, sabios, triunfantes! Ese ejercicio imaginativo nos será fecundo.

Recordemos que sin imaginación no se habría realizado ninguna investigación científica o ejecución artística; ninguna teoría profunda o superficial; ningún invento de complicada o sencilla mecánica.

78.

Pascal inventa la geometría.

La anécdota es clásica. El padre de Pascal tenía formado para la educación de su hijo un rígido plan : hasta los diez años, las lenguas exclusivamente; luego, de los diez años, y una vez bien sabidas las lenguas, las matemáticas.

Y como sea que el niño, en su ardiente precocísima curiosidad, manifestase ya veleidades por éstas, el padre, en castigo y prevención, le encerró, sin más libros que los de los estudios gramaticales. Sin embargo, al cabo de dos días la amorosa hermana encontróle cuando con tiza estaba dibujando en la pared complicadas figuras. Pascal, sin aprendizaje, sin libros, sin instrumentos, con la única fuerza de su reflexión genial, había vuelto a inventar la Geometría; encontrando, él solo, más de la mitad de las proposiciones de Euclides.

En principio, las cosas de ciencia, una vez inventadas, no han de volver a inventarse. La colaboración de la obra insigne de los pasados es lo que permite a los trabajadores de cada día la economía de esfuerzos, con la cual pueden darse en seguida a nuevas adquisiciones. El sabio no

vive en sus ciencia como Robinsón en su isla; antes como ciudadano, en república de buen regimiento...

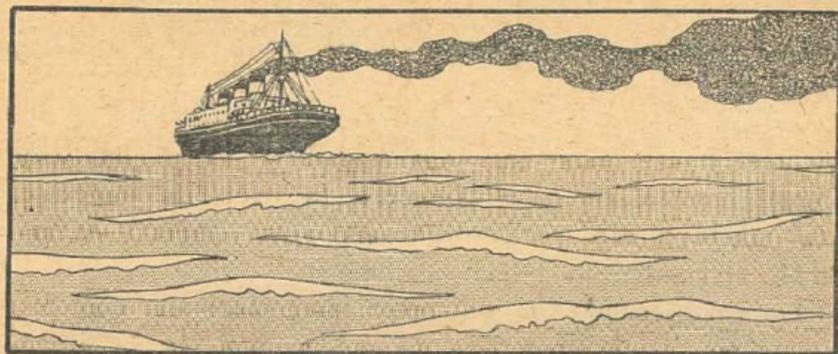
Nosotros hemos predicado esas verdades y nos hemos esforzado en traerlas al ánimo de las gentes.

Pero ahora queremos decir que también deberíamos guardarnos de entenderlas en un sentido demasiado riguroso. El verdadero sabio ha dado siempre una parte de su energía — a lo menos en los años primerizos — a algunos esfuerzos, inútiles en apariencia, pero que tienen obscuramente una misteriosa gimnástica utilidad para la formación del espíritu y su pujanza. A menudo, unos mismos conocimientos pueden adquirirse en un libro difícil y en un manual llano y divertido; pero el ganarlos por el primer medio tendrá más virtud estimulante. Asimismo, el dolor que se emplea en resolver por medio de la labor propia lo que pasivamente podría encontrarse en un libro, no es perdido del todo.

El valor de la caza es superior al de la liebre. Ya sabemos que en la ciencia hay una parte de trabajo, pero también una buena parte de *juego* de energía puesta en acción con independencia del resultado.

Pascal, inventando a solas la Geometría en la cámara en que le ha encerrado su padre, juega, a nuestros ojos, un juego trágico y divino.

EUGENIO D'ORS.



79.

Viajes.

Viajar es el deporte más elevado que existe. Es el deporte intelectual por excelencia.

Trasponer horizontes; cruzar mares dilatados y azules; recorrer tierras lejanas; pasar por ciudades populosas; llenar la pupila asombrada de cielos raros y paisajes fantásticos: he ahí una aspiración dichosa de todo hombre civilizado; he ahí el ejercicio más alto en el cultivo del criterio y a la vez de la imaginación.

¡Si puedes algún día poner rumbo hacia otras tierras, emprende sin miedo la marcha! Viajando aprenderás a amar mejor el pedazo de tierra en que naciste, y a tu regreso encontrarás una

nueva poesía en el contorno de las cosas que dejaste en el solar.

Viaja si puedes, pero no olvides que viajar no quiere decir emigrar. La palabra viaje es una mágica palabra que encierra la idea de regreso. Un viajero sin retorno, más que viajero es un judío errante.

La emigración se concibe en países en que los hombres, incitados por la pequeñez de la heredad y empujados por la grandeza de su alma, trasponen el océano para plantar en otra tierra generosa el hogar y la patria de sus hijos.

¡Viajero que surcas en imponente navío el anchuroso mar que los antiguos consideraron como un puente, porque servía para unir a los hombres más que para separarlos; viajero que vas a posar tu vista sobre otros países : cuéntanos tus impresiones!

Deseamos saber si hay otras montañas tan elevadas e imponentes como las nuestras; si hay otros ríos tan caudalosos y extensos como los nuestros; si hay en otros países valles tan fértiles, tierras tan ubérrimas, cascadas tan maravillosas, llanuras tan extensas como las que existen en nuestro inmenso territorio.

80.

Los museos.

¿Buscas un lugar poco frecuentado por la gente? Acude a un museo.

Allí, lo mismo en la mañana que en la tarde, será raro que no te encuentres solo.

Te bastará trasponer los umbrales de la entrada para sentirte dominado por un sentimiento indefinible que tiene a la vez algo de asombro y algo de misterio.

Si es un museo de arte, las pálidas figuras de las telas policromas, los tostados rostros de bronce y las blancas estatuas de mármol, te parecerán animarse en medio del silencio y la soledad. Si es un museo de historia, creerás sentir entre los objetos patinados por el tiempo el alma de los próceres pasados. Y si finalmente se trata de un museo de ciencias naturales, cada uno de los animales reconstruídos te hará la ilusión de revivir en un supremo esfuerzo por la vida.

Visitar museos, de tanto en tanto, es un signo de distinción.

Las ideas que nos hemos formado del mundo, las nociones que hemos aprendido en los libros,

las opiniones que hemos recogido en la vida, se depuran y se confrontan en la observación de los tesoros celosamente guardados en los museos.

La humanidad, orgullosa de sus grandes conquistas intelectuales, encontró en el libro el cáliz supremo donde guardar el oro puro de su ciencia. Y acumulando libros, formó las bibliotecas donde reposan espíritus inmortales.

Pero no bastaba el libro. Había riquezas que no podían ser guardadas únicamente en forma de escrituras. Era necesario guardarlas tal cual eran en realidad : mármoles, telas, bronces; fósiles que recordaban la vida del pasado y objetos en que revivía la gloria de otros tiempos. Y se crearon los museos.

Por eso, cuando visitamos un museo, nos elevamos a la categoría de hombres que saben controlar la grandeza presente en la emoción de los testigos de épocas pretéritas.

81.

Agua muerta.

Detúvose mi bote sobre las aguas muertas;
Cayó a su flanco el remo del remador bisoño;
Y armonizó la escena con mis horas inciertas,
A la vislumbre pálida de aquel cielo de otoño...

Los ambiguos celajes, con matices ya viejos
De púrpuras exangües y de apagadas lilas,
Proyectaban un tenue resplandor a lo lejos,
En la tersura inmóvil de las aguas tranquilas.

Atrás de mí, la noche, con invisible paso,
Diluyéndose lené por el agua y la fronda
Comunicaba un nuevo matiz a aquel ocaso,
Tan sereno en la muda beatitud de la onda.

De la estación adversa bajo el fúnebre imperio,
La tierra aletargábase de silencio y de calma;
Y a la hora de las tardes, su hálito de misterio
Infundía en las cosas la tristeza de un alma.

Los fríos prematuros y las rachas crueles,
Dejaron la comarca sin sus mejores galas;
Tuvieron los follajes crujidos de papeles
Cuando quedó la fronda sin músicas ni alas;

Hacia el confín incierto, las aves fugitivas
 Un tibio adiós llevaron; y del inmóvil sauce,
 Con laxitud más honda, las ramas pensativas
 Cayeron a la vera del solitario cauce.

Y fueron los crepúsculos tan tristes y tan bellos
 Que todo se colmaba de inefables congojas;
 Y su paz fué tan pura que se advertía en ellos
 Hasta la caída trémula de las marchitas hojas.

.....
 Y al despertar, la sombra callada y taciturna,
 Donde vagas visiones el pensamiento fragúa,
 Remaba ya... Y en medio de la cuenca nocturna,
 Sentí la tenebrosa fascinación del agua...

RICARDO ROJAS.

82.

Ansias de saber.

No olvides, niño, que alguna vez en tu vida
 te acometerá un hondo deseo de saber.

Sentirás en tu mente como un espoleo; recorrerá tu alma como una sacudida; un viento divino, el más divino de todos, aromatizará tu espíritu.

¡El día que sientas el picar de esas espuelas, considérate feliz!

La simiente inmortal, el polen de oro más fe-

cundo, te ha caído en el pecho. Recógelo estre-mecido de alegría; no lo dejes perder llevado por la pereza, como se pierde en su abundancia el polen amarillo de los pinares llevado por el viento a estériles rincones.

Con heroísmo avanza; no te sacie jamás el saber. Y te preparará la vida muchos instantes de felicidad suprema.

Pero para saber, para gozar hondamente el placer inefable de la sabiduría naciente, hay que ser fuerte y hay que ser recto; hay que poseer una férrea y poderosa voluntad.

Ciertos caminos de ascensión no se han hecho para los débiles de espíritu.

Convendría que te citara lo que ha escrito en sus obras el poeta Schiller; dice así: "Atrévete a ser sabio. Es menester energía del ánimo para dominar los obstáculos que al saber oponen la indolencia de la naturaleza y la cobardía del corazón. No sin sentido refiere el viejo mito cómo la diosa de la sabiduría salió armada y equipada de la cabeza de Júpiter; que ya su primera empresa es guerrera. En su nacimiento ha de sostener un encarnizado combate con los sentidos, que se resisten a turbar el dulce sosiego en que viven. La lucha con la necesidad quebranta y rinde a la mayor parte de los hombres, y los deja incapaces de afrontar una nueva y más dura pelea con el error."

Si sientes, niño, ese espoleo divino en tu mente, ten el atrevimiento de aspirar a la sabiduría. Arma tu brazo para el combate colosal; y con heroísmo, y con energía y con altivez, penetra en la contienda sonriente y tranquilo.

Cada conocimiento que adquieras tendrá para ti el sabor de una caricia.

83.

Descanso.

Después de la fatiga del día, el descanso de la noche; después de la labor ardorosa, el dulce sosiego del reposo, en la venturosa hora del crepúsculo vespertino.

La hora del descanso es quizá la hora más importante de la vida. Al descansar recobramos las energías del cuerpo agotadas en la labor diaria, y tonificamos las fuerzas del espíritu también consumidas en las graves preocupaciones.

El que descansa se ennoblece. La conciencia del descanso es la conciencia del trabajo que se anticipa. La nobleza del descanso reside precisamente en ese tranquilo sosiego con que se espera la labor del día siguiente.

Peró tengamos presente que la dulzura y el regocijo del descanso nacen en la fatiga misma

del trabajo, como la sombra al lado del sol. La simulación del trabajo no crea ninguna dicha; por el contrario, una amarga tristeza acompaña al espíritu en la hora del crepúsculo.

Respetemos la hora solemne, la hora venerable del descanso que sucede al final de la tarea.

Hora venerable en que el labrador abandona sus menesteres agrícolas; en que el artesano deja sus pesadas herramientas; en que el investigador cesa en sus experimentaciones.

En esa hora fraguamos nuestros más hermosos sueños; acariciamos nuestras más luminosas esperanzas y nos adormecemos en nuestros más queridos recuerdos.

84.

Ariel.

Junto a la estatua que habéis visto presidir cada tarde nuestros coloquios de amigos, en los que he procurado despojar a la enseñanza de toda ingrata austeridad, voy a hablaros de nuevo para que sea nuestra despedida como el sello estampado en un convenio de sentimientos y de ideas.

Invoco a Ariel como mi numen. Quisiera ahora para mi palabra la más suave y persuasiva unción

que ella haya tenido jamás. Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada. Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación.

Anhelo colaborar en una página del programa que, al prepararos a respirar el aire libre de la acción, formularéis, sin duda, en la intimidad de vuestro espíritu para ceñir a él vuestra personalidad moral y vuestro esfuerzo. Este programa propio — que algunas veces se formulaba y escribe, que se reserva otras para ser revelado en el mismo transcurso de la acción, — no falta nunca en el espíritu de las agrupaciones y los pueblos que son algo más que muchedumbres. Si con relación a la escuela de la voluntad individual, pudo Goethe decir profundamente que sólo es digno de la libertad y la vida quien es capaz de conquistarlas día a día por sí, con tanta más razón podría decirse que el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas.

Al conquistar los vuestros, debéis empezar por reconocer un primer objeto de fe en vosotros

mismos. La juventud que vivís es una fuerza, de cuya aplicación sois los obreros, y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo con Renán : “ La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la vida. ” El descubrimiento que revela las tierras ignoradas necesita completarse por el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar a un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista, que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente...

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

85.

Trabajemos con firmeza.

Si alguien te afirma que eres incapaz de realizar tal o cual esfuerzo, no le creas. Si alguien te acusa de inhábil o negligente, desmíentele la acusación. Y si alguna vez se te ocurre a ti mismo dudar de tu capacidad, ponte inmediatamente a prueba.

Sostén como principio, que eres capaz de todo: lo mismo de componer unos versos que de construir una mesita de madera.

El hombre que en la vida alcanza a consagrarse feliz en las tareas diarias, es aquél que en el despuntar de su juventud encaraba con firmeza toda clase de labores.

No hay malestar más grande que esa creencia de incapacidad que llegan a sentir algunos hombres con respecto a la realización de ciertas obras. Creen que la solución de tal problema, la realización de tal trabajo, o la comprensión de tal asunto científico, son cuestiones superiores a sus fuerzas. Y se dejan llevar dominados por esa malhadada creencia, quizá amargados o entris-

tecidos. A ello se debe que la inmensa mayoría de las gentes no tengan una cultura relativamente superior. Tienen en sus manos un libro y no le abren, temerosos de que trate sobre complicadas y difíciles cuestiones. Un fenómeno natural se produce ante sus ojos azorados y no indagan su explicación, creyendo en la imposibilidad de comprenderla. Y así siguen siempre ajenos a todo lo que podría estimular su curiosidad y ofrecerles gratas horas de intelectual esparcimiento.

¡No ingreses, niño, en las filas de esos temerosos que creen en su incapacidad y se resignan a un saber mezquino!

Aspira a comprenderlo todo con firmeza y a realizarlo todo con seguridad.

Y si te hablan de cuestiones difíciles o de labores complicadas, proclama tu competencia y tu derecho a ser iniciado en ellas.

86.

De las « Odas seculares ».

(FRAGMENTOS)

Un verde matinal lustra los campos,
Donde el otoño, en languidez dichosa,
Con dorados de soles que se atardan,
Va dilatando maduresces blondas.
A través de la pampa un río, turbio
De fertilidad, rueda silenciosa
Su agua que tiene por modesta fuente
La urna de tierra de la tribu autóctona.
Negrea un monte en la extensión, macizo
Como un casco de buque cuya proa
Entra en el agua azul del horizonte,
Avanzando a lo inmenso de la zona,
La civilización del árbol, junta
En la fresca bandera de su sombra,
Tiende el cerco su párrafo de alambre
Sobre el verdor de las praderas solas,
Que en divergentes líneas de dibujo
Allá a lo lejos insinúan lomas,

Y mientras desde la invisible estancia
Algún gallo los campos alborozaba
Aventando su ráfaga de hierro
El recio tren las extensiones corta.

Allá en la luz del horizonte inmenso,
Como una parva de gavillas blondas,
Un nubarrón magnífico progresa
Evocando doradas Babilonias.
Y el tesoro del agua que anticipa,
Parece propiciar en dulce gloria
La justicia del cielo embellecido
A las futuras patrias de concordia.

Cantemos al maíz cuyo tesoro
Es lingote cabal en la mazorca,
Y en cristalización de sol madura,
O pálidos topacios monta en joya;
Y pinta un oro púber en la mecha
Que del muslo del choclo se desfloca,
Bajo el crujiente ajuste a cuyo amparo
Su blanca y dura desnudez conforma.

Cantemos las primicias de la lana
En la cordura honesta de la ropa;
Y en ese bienestar equitativo
Que al vecindario dan las casas propias;

Y en esa gravedad que economiza
Los pasos de las madres numerosas,
Como honesta balanza bien cargada;
Y en ese encanto de invernales horas,
Que la velada hasta las diez hilaba
Con paciente virtud, contando historias.

Cantemos a la carne braya y fuerte
Que enciende el fuego de la vida heroica,
En el bocado previo del combate,
En la ración del labrador que torna.
Temple en el brazo activo; flor de llama
En el ramo arterial de sangre roja;
Calor de inteligencia y de coraje,
Fundamento de razas vencedoras.

Cantemos a la leche cuyo gusto
Sabe a beso infantil en nuestra boca.
La leche, plata líquida del pobre,
Que las jícaras blancas alborozaba
Y en el aro del queso se amoneda,
Y en lo más tierno del manjar provoca.
Abramos a las míseras infancias
El dulce manantial de la ubre rosa,
Y al prodigarse floreciendo en niños,
Esa prosperidad tenga su gloria.
Como en los paraísos legendarios,
Ríos de leche nuestra dicha portan.

LEOPOLDO LUGONES.

87.

Oratoria.

¿Existe, acaso, en el dominio de las altas actividades humanas, fuerza más avasallante, sugestión más honda, atracción más profunda, que la ejercida sobre el ánimo por el poder de la oratoria?

¡Entre los dones del hombre, ninguno efectivamente más admirable que la elocuencia!

Multitudes totalmente indiferentes a la belleza y a la verdad en sus diversas manifestaciones, son no obstante dominadas por el encanto de la palabra elegante y de las ideas claras. Hombres escépticos de todas las opiniones e incrédulos de todos los pensamientos y doctrinas, se inclinan fervorosos ante el poder de la elocuencia.

Se explica así, que en los anales del mundo figure varias veces la palabra elocuente de un orador salvando a un pueblo entero de la traición y la ruina. Clásicos ejemplos de la eficacia de la oratoria como poder dominador de muchedumbres, nos presentan Demóstenes en la historia griega y Cicerón en la historia romana.

Nuestra historia cuenta también con un episodio en que dos hombres, con la elocuencia de sus ideas, defendieron y salvaron el ideal de la

independencia. Quiero referirme a Castelli y a Paso, con motivo de la actuación que tuvieron en el célebre Cabildo Abierto realizado en la semana revolucionaria del año 1810.

.

Pero, ¿en qué reside el encanto misterioso del arte del bien decir? ¿En qué consiste el secreto de la palabra elocuente?

Posiblemente ese secreto y ese encanto residen en la fuerza misma de las ideas, en la claridad con que se expresan y en la sinceridad con que se piensan.

La sencillez es elocuente cuando va acompañada de cierta temblorosa emoción de la verdad que se sostiene; porque la elocuencia no significa necesariamente expresión decorativa, aparatosa, o rebuscada.

¿Una idea se agita en nuestro espíritu? Dígasla sencillamente, con sensibilidad en la expresión y energía de convencimiento en la voz; y de este modo alcanzaremos la elocuencia.

Sin embargo, recordemos que el poder de la elocuencia es peligroso cuando se pone al servicio del mal.

¡Defendámonos del que predica elegantemente la abdicación de los valores morales y el renunciamiento a la dignidad y a la virtud! ¡Glorifi-

quemos, en cambio, la elocuencia enrolada en las filas de los grandes ideales : la libertad, el bien, la moral, el saber.

88.**La vida al aire libre.**

Las comarcas que, para los que ven superficialmente, parecen monótonas, tienen sin embargo la grandeza del horizonte, los espacios sin fin, las bellas líneas tranquilas, el delicioso difuminamiento de las lejanías.

Las grandes líneas horizontales, las del mar, las de las llanuras inmensas, dan una impresión de equilibrio, de firmeza, de reposo, de calma. El mar dorado de las mieses que ondula al soplo del viento, constituye un hermoso espectáculo.

Peró la llanura con sus matices, con sus flores, no es más que la mitad de lo que se ve; su complemento es la inmensidad del cielo, el esplendor de los amaneceres y de las puertas del sol; es la infinita variedad de las luces y de los tintes.

¡Cuántos matices delicados, pasajeros! Es la prodigiosa variedad de las nubes, desde las de tempestad, bajas y negras, hasta las iluminadas por los colores más ricos : rojo, dorado, anaranjado, con el azul intenso del cielo en los intervalos y

verdes claros de una delicadeza que es desesperación de los coloristas. Para agotar la riqueza infinita de los tonos, sería necesario, en dos páginas, decir toda la lista de los colores y de sus cualidades.

Se notaría entonces la pobreza del vocabulario de los pintores en comparación con la riqueza infinita de la naturaleza.

¿Y qué decir del esplendor de las noches en la gran llanura? ¡Noches tibias de estío, frías noches de invierno, durante las cuales la atmósfera tan límpida hace de cada estrella una llama! Pitágoras se había hecho digno, por la pureza de su vida, de oír la armonía de las esferas celestiales.

Todos, por la meditación, podemos transformar nuestros conocimientos de astronomía en un sentimiento vivo del orden admirable del Universo.

JULIO PAYOT.

89.

Afirmación de ideales.

Año tras año, avanzamos a través de dorada juventud. Sobre el horizonte recorta sus perfiles la vida. Hacia ella vamos para afrontarla con optimismo y vivirla con serenidad. ¡La vida! ¡Dulce palabra y a la vez inquieta palabra!

Adoramos la vida, porque la vida es digna de suprema adoración; porque la vida es la síntesis de la verdad, del bien, de la belleza.

Todo lo que vive es verdadero; todo lo que alienta es bueno; todo lo que palpita es bello.

Por definir el arcano de la vida, huestes de sabios quemaron sus horas sobre anchos libros y ensayaron experiencias en complicadas retortas. Pero la vida, cual un hada sutil e impalpable, escapó a todas las investigaciones. A pesar de titánicos esfuerzos, no pudo ser definida.

¿Cómo podremos entonces definirla nosotros, jóvenes que aun no hemos alcanzado a ser sabios?

Pero sabemos que la vida nos atrae, que la vida es bella; no nos interesa definirla cuando recién comenzamos a adorarla.

Enceguecidos de pasión, adorémosla. Pero al penetrar en ella, como en sagrado santuario, hagamos una afirmación de ideales.

Proclamemos nuestro ideal en la verdad y en lo bello, y nuestro ideal en el bien y la justicia.

Propongámonos un camino recto y sigámoslo con fervor; imaginemos un arquetipo de belleza e imitémoslo con entusiasmo.

Vayamos hacia la vida cargados de ideales; y así nos parecerán más bellos los cielos que nos cobijan y más luminosos los días en que vivimos. Vayamos hacia la vida, henchido de dicha el

corazón; y así nos parecerá más dorada la juventud que atesoramos.

¡Que la dulzura de la vida que los sabios no pudieron definir, esté siempre en nuestros labios! Nos basta con saber que todo lo que vive es puro y que en ella no caben impurezas.

¡Sea la definición de nuestra vida una afirmación de ideales!

90.

Voluntad.

Jóvenes y fuertes, optimistas y serenos, nos disponemos un día a afrontar la responsabilidad de la vida y la inquietud del futuro. Indecisos sobre el rumbo que daremos a nuestra actividad, buscamos consejo en los hombres de experiencia, y apoyo en el saber adquirido. Pero el saber es pequeño y los consejos generalmente los arrojamus en el desprecio.

A nuestra vista, muchos caminos se destacan.

Cada uno de ellos hace un gesto de invitación y muestra su senda recubierta de flores.

Presentamos, pues, en ese momento de la existencia, un fenómeno sorprendente. Por un lado, los caminos amables de la vida; por otro lado,

nuestra juventud dorada resplandeciente de entusiasmo y de esperanza.

Meditemos en momento. ¿Qué es más maravilloso: la juventud del alma o la belleza de la vida? Cualquiera sea nuestra solución de este problema, una sola determinación nos interesa: ¿qué camino emprenderemos en la vida?

Estamos ante esta pregunta en un momento de incertidumbre, envueltos como en una nebulosa...

De pronto, de entre el caos de las ideas, surge fulgurante la luz de una decisión.

Acabamos de concebir, en rápida mirada, un destino propuesto a nuestra existencia. De entre todos los caminos vamos a escoger uno; de entre todas las rutas, una está determinada.

Pero después de este acto de *concepción* en que la mente dibuja la imagen de nuestras futuras ocupaciones, penetramos en un período de *deliberación*.

Comenzamos a medir el pro y el contra de nuestra decisión; pesamos las ventajas y los inconvenientes; confrontamos nuestra capacidad para la acción con el conjunto de probables dificultades que esa acción opondrá en nuestro camino. Y por momentos nos acosa la duda, y por momentos nos estimula la audacia; hasta que optamos definitivamente por la prosecución del rumbo elegido.

Hasta aquí, todo ha sido elaboración interior de la mente; pero desde el instante en que al dinamismo interior debe suceder como continuidad la acción exterior, entramos en el período de la *ejecución*, tercer período de un proceso frecuente en nuestra vida mental. Una nueva fuerza, la más poderosa del espíritu, va a ser necesario que intervenga : la voluntad.

Sin esta fuerza, todo aquel proceso se desliza por la vertiente de la pereza, al tiempo que las ideas se debilitan y mueren. ¿A qué se debe este fenómeno de decadencia espiritual de que adolecen tantos hombres capaces de pensar, concebir, deliberar, pero que nada realizan? Se debe a que falta en ellos la educación de la voluntad, la educación de algo que está por encima de la memoria, por encima de la imaginación y del razonamiento.

En efecto, de nada nos sirve acariciar una idea, concebirla claramente y deliberarla con amplitud, si nos ha de faltar luego, en la hora decisiva, el poder para rebasar el tercer período mental, que transforma las ideas en acciones fecundas.

Antes de adquirir unas pocas nociones de memoria, tratemos de adquirir el dominio efectivo, verdadero y seguro de la voluntad. Porque el que domina la voluntad será sabio sin sacrificio, y alcanzará en el pleno vigor de la vida la conquista de sus aspiraciones más elevadas.

91.

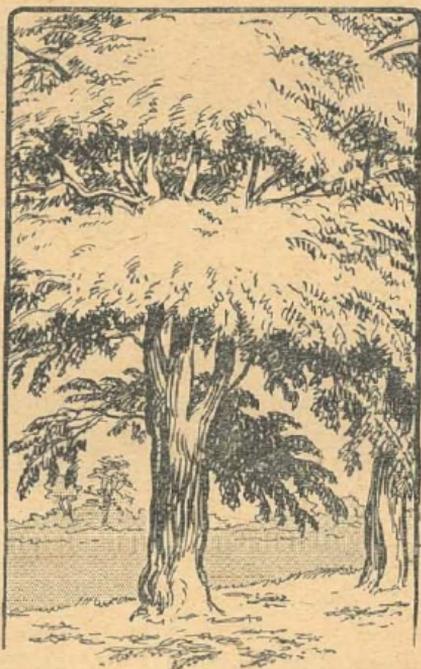
Acacias.

Recorremos tranquilamente en una tarde primaveral un camino de acacias. Sus flores amarillas esparcidas por el suelo, forman blanda alfombra a nuestros pies.

La brisa que nos acaricia es fresca; el aroma que nos embriaga es penetrante; los rumores que nos envuelven son suaves; el encanto de la hora es apacible.

Aprovechando el sosiego con que la tarde se deshace en el crepúsculo vespertino, mientras caminamos, conversamos con varios amigos sobre muchas cosas interesantes.

Gustamos mucho conversar, y a veces hasta gustamos discutir. Pero no discutimos con gesto



airado, con tono violento, con emoción iracunda. Nuestra discusión es más amable; es una conversación muy animada. Probamos así el vigor de nuestras ideas y la fortaleza de nuestro raciocinio.

Al sumirnos en un rato de grata ociosidad, gozando la delicia de las acacias que nos alfombran de amarillo oloroso el camino, sería injusto que hiciéramos de esa ociosidad un tiempo perdido. La ociosidad es digna cuando gana con ello el pensamiento. Por eso, mientras la tarde muere lenta y apaciblemente; mientras la brisa sacude las hojas de las acacias y descuelga sus flores amarillentas; mientras alguno que otro pájaro tímido gana la seguridad de su nido, conversamos entusiastamente sobre gratas y placenteras cuestiones. Bosquejamos algunas ideas; confrontamos el valor de nuestros juicios con el juicio de los demás; realizamos esa dulce gimnasia de la mente que engendró a grandes pensadores de la humanidad.

No todo ha de ser siempre hablar de hechos groseros o de cosas utilitarias...

.....

Conversemos de interesantes cuestiones por un camino de acacias; bordemos un comentario sobre el último descubrimiento científico; emitamos opiniones sobre tal o cual obra de arte;

digamos una palabra sobre esta o aquella producción literaria.

Nuestra vida será más bella cuanto más amplia sea nuestra curiosidad. No nos resignemos únicamente a la estrecha ocupación de cada día; superemos con la grandeza del alma la pequeña realidad de la existencia.

Y estemos siempre capacitados para conversar sobre diversos asuntos, cuando se nos presente la bella oportunidad de gozar una tarde de ocio, por un camino de acacias.

92.

Imágenes.

Podríamos definir la imagen diciendo que es la representación de las formas. Sobre la lámina que adorna nuestro cuarto, rompiendo un poco con su estética la fría geometría de las paredes, en una perspectiva ideal obsérvanse varios objetos. Dichos objetos no tienen realidad; son simplemente imágenes que existen virtualmente.

El tintero, que colocado sobre nuestra mesa de labor nutre con la negra sangre de la tinta la avidez inacabable de la pluma, tiene, podemos decir, dos existencias : una existencia real

concretada a la materialidad del vidrio, y una existencia virtual reducida a una simple imagen.

El tintero real está ahí sobre la mesa; su imagen ¿dónde reside? Reside en el mundo de nuestra mente.

De la misma manera todas las cosas tienen dos existencias : lo mismo el tintero de nuestros afanes literarios que el árbol de nuestros paisajes predilectos; lo mismo el color verde de los campos que el dorado color de las auroras.

Nuestra mente, pues, no es otra cosa que el mundo de las imágenes, mundo en cuyo recinto existen virtualmente las cosas todas de la realidad exterior.

Pensar es combinar esas imágenes; imaginar es construirlas a capricho. Y esa rumbosa palabra que solemos pronunciar con solemnidad y escribir con unción bajo el nombre de " idea ", no significa otra cosa que " imagen ".

De esta certidumbre sacó el hombre una consecuencia de práctica fecunda. Ya que nuestra mente está hecha de imágenes, para cultivarla será necesario acrecentar la agudeza del órgano que la forma. Y el órgano esencialmente formador de imágenes es el órgano visual. Dicho en otras palabras, significa todo esto, que para desarrollar la inteligencia es imprescindible aprender a ver y aprender a mirar.

Sin embargo, ¿cuán poco podemos decir : yo

sé ver y mirar las cosas! Fustigados por un deseo de abarcar anchos horizontes en un tiempo breve, apenas si posamos nuestra mirada en un objeto. Por eso somos ciegos frente a la belleza del universo, y por eso nuestra sabiduría es insuficiente y mezquina como un panorama visto a través de un tubo pequeño.

93.

Somos felices.

Si nos obligaran a definir la felicidad, diríamos que es, no el conjunto de comodidades materiales, sino un estado de satisfacción interior.

Cuando la medida de nuestros deseos coinciden en un todo con nuestras posibilidades de realización, tenemos cierto grado de felicidad.

En cambio, cuando el vuelo de los deseos está en completo desacuerdo con lo que se halla al alcance de nuestra mano, la satisfacción interior se destruye transformándose en una hoguera de amargura.

Mucho se ha escrito y discutido sobre lo que es y significa ese estado de dicha, tan justamente ambicionado por el hombre.

Pero tantas discusiones y escrituras han servido solamente para cubrir de misterio al hecho

más sencillo que pueda darse en la vida humana.

Multitud de pensadores, no pudiendo definir el contenido de la felicidad, han hecho correr la triste nueva de que la dicha es un imposible. Sin embargo, la vida de muchos hombres es una rotunda negación de aquella creencia.

Ha ocurrido con esto un fenómeno común : no han encontrado la teoría de su felicidad aquellos que no pensaban que pudiese estar tan cerca. Porque la felicidad es una cosa humilde, es una cosa sencilla que nos acompaña desde el primer rayo de sol hasta el postrer rayo de luna. La felicidad es simplemente el regocijo con que cumplimos ciertos pequeños detalles de la vida. Somos felices cuando recibimos una carta de felicitación, lo mismo que cuando esperamos a un amigo. Somos felices cuando leemos un libro interesante, cuando regamos una planta de nuestro jardín, cuando escuchamos una música dilecta. Y lo somos igualmente en cada uno de esos instantes en que cualquiera de nuestros deseos ha sido satisfecho humildemente, sencillamente, sin pretensiones ridículas ni caprichos absurdos y extraños.

94.

Himno de los bosques.

(FRAGMENTOS)

En este sosegado apartamiento,
Lejos de cortesanías ambiciones,
Libre curso dejando al pensamiento
Quiero escuchar suspiros y canciones.
¡El himno de los bosques! Lo acompaña
Con su apacible susurrar el viento,
El coro de las aves con su acento,
Con su rumor eterno la montaña.
El torrente caudal se precipita
Al hondo cauce, con furor azota
Las piedras de su lecho, y la infinita
Estrofa ardiente de sus senos brota.
Del gigante salterio en cada nota
El salmo inmenso del amor palpita.

Huyendo por la selva presurosos
Se pierden de la noche los rumores.
Los mochuelos a su antro van medrosos
A esconderse, y exhalan los alcores
Sus primeros alientos deleitosos.
Abandona mis párpados el sueño,
La llanura despierta alborozada;
Con su semblante pálido y risueño
La vino a despertar la madrugada.

Del Oriente los blancos resplandores
A aparecer comienzan. La cañada
Suspira vagamente; el sauce llora
Cabe la fresca orilla del riachuelo,
Y la alondra gentil levanta al cielo
Un preludeo del himno de la aurora.
La bandada de pájaros canora
Sus trinos une al murmurar del río.
Gime el follaje temblador; colora
La luz los campos, las montañas dora;
Y a lo lejos blanquea el caserío.
Y va creciendo el resplandor, y crece
El concierto a la vez. Ya los rumores
Y los rayos de luz hinchan el viento,
Hacen temblar el éter, y parece
Que en explosión de notas y colores
Va a inundar a la tierra el firmamento.

Allá, tras las montañas orientales,
Surge de pronto el sol, como una roja
Llamarada de incendios colosales,
Y sobre los abruptos peñascales
Ríos de lava incandescente arroja.
Entonces de los flancos de la sierra
Bañada en luz, del robledal obscuro,
Del espantoso, acantilado muro,
Que el paso estrecho a la hondonada cierra;
De los profundos valles, de los lagos
Azules y lejanos que se mecen

Blandamente del aura a los halagos
Y de los matorrales que estremecen
Los vientos... de las flores, de los nidos,
De todo lo que tiembla o lo que canta,
Una voz poderosa se levanta
De arpegios y sollozos y gemidos.

Va creciendo el calor. Comienza el viento
Las alas a plegar. Entre la fronda,
Lanzando, triste y gemidor acento
La solitaria tórtola aletea.
Suspenden los sauces su lamento;
Calla la voz de la cañada honda
Y un vago y postrer hálito menea
Las áureas puntas de la espiga blonda.

Ya sus calientes hálitos la siesta
Echa sobre los campos. Agostada
Se duerme la amapola en la floresta
Y, muerta, la campánula morada
Desprende el tallo de la roca enhiesta.
Pero bajo la selva estremecida
No deja aún de palpar la vida :
Toda rítmica voz la manifiesta,
No ha callado una nota ni un ruido :
En el espacio rojo y encendido
Se oye a los cuervos crascitar, veloces,
La atmósfera cruzando, y la montaña
Devuelve el eco de sus roncas voces.

Las palomas zurean en el nido,
Entre las hojas de la verde caña
Se escucha el agudísimo zumbido
Del insecto apresado por la araña.
Las secas ramas quiébranse al ligero
Salto de las ardillas; su chasquido
A unirse va con el golpeo bronco
Del pintado y nervioso carpintero
Que está en el árbol taladrando el tronco,
Y las ondas armónicas desgarran
Con desacorde son el chirriante
Monótono cantar de la cigarra.
Corre por la hojarasca crepitante
La lagartija gris; zumba la mosca
Luciendo al aire el tornasol brillante,
Y, agitando su crótalo sonante,
Bajo el breñal la víbora se enrosca.

MANUEL JOSÉ OTHÓN.

95.

Descripción.

Dicen los críticos de arte que el color es la desesperación de los pintores, porque en la alquimia de la paleta jamás se obtiene el esplendor cromático de la realidad. Una pincelada rojiza, nunca reproducirá el rojo color de una rosa; y un golpe maestro de azul sobre la tela,

jamás será tampoco tan transparente y luminoso como el azul de los cielos.

Habrà sin duda siempre una diferencia entre la realidad y su representación pictórica.

Mas si bien es cierto que la forma y el color de las plantas, de las flores, de los cielos, montañas y mares tendrá siempre algo que no podrá ser reproducido por el artista, también es muy cierto que el arte, en la mayoría de los casos, embellece la realidad. Es que el artista, al reproducir lo que sus ojos contemplaron extasiados, agrega algo de su manera personal de sentir y de pensar. Precisamente por eso, el arte no será nunca una copia servil, sino una interpretación de lo real.

Pues bien; si difícil es sorprender el secreto del color en las mágicas mezclas de las paletas, más difícil tal vez sea la pretensión de describir la realidad mediante el pálido colorido de las palabras. El arte de describir, es un supremo arte literario.

Muy pocos son los que llegan a dominarlo, dadas las enormes dificultades que encierra. Porque quien describe en pocas palabras un paisaje, se ha puesto por encima de la forma y el color.

El arte descriptivo es la parte más pictórica de la literatura.

El que describe, podría muy bien ser llamado : un pintor retórico.



96.

Vida.

El espectáculo en nuestro alrededor es magnífico. Todo se agita, todo palpita, todo se mueve.

La vida surge en mil diversas manifestaciones, bajo la mirada del sol; mirada cálida y luminosa.

Las flores resplandecen de luz y de color mientras llenan el aire de aromas que vivifican y deleitan; los pimpollos se abren para mostrar al día el secreto de sus órganos maduros; los plátanos de anchas hojas, los abetos de forma esbelta, los pinos elegantes, las encinas poderosas, el ceibo bellamente florecido, decoran el paisaje con la maestría de un artista del renacimiento.

Sobre una rama, arrogante a pesar de la sencillez de su plumaje, deja oír la calandria su hábil canto; luciendo su cabecita colorada, vuela de árbol en árbol un cardenal. Y allá sobre un poste del alambrado termina su nido un hornero.

Palpita la vida en todo : en el arácnido rapaz que fabrica su tela complicada; en la avispa solitaria que lleva el alimento a sus crías; en la hormiga trabajadora que acarrea materiales para sus depósitos; en la larva voraz que destruye las raíces de las plantas y agujerea las hojas para nutrirse; y hasta hay vida en los colores del cielo y en el murmullo de la brisa que corre suave y perfumada.

Pero donde la vida logra su más alto grado de intensidad no es en la naturaleza exuberante y magnificente que nos rodea, sino en nosotros mismos.

En medio de nuestro pecho la vitalidad es más potente; en medio de nuestro pecho, más fuerte que la savia de los árboles y el instinto de los animales, palpita la vida de los sentimientos nobles y de las emociones delicadas.

¡Nuestra vida espiritual es el remonte más alto de la vida!

97.

Tranquilidad.

Hay tranquilidad en el cielo, sin nubes que perturben su transparencia; hay tranquilidad en el aire, sin movimientos que se lleven sus aromas; hay tranquilidad en el lago, sin ondas que arruguen su tersura; y la hay también en nuestro pecho, exento de pasiones turbulentas.

Para saber de la honda belleza de las horas de tranquilidad, basta recordar esos momentos en que las fuerzas de la naturaleza parecen descargarse al unísono en una horrenda intención devastadora. Basta recordar esos momentos en que opacos y densos nubarrones surcan el cielo cual una cabalgata de guerreros, anunciando, al resplandor del relámpago y el estridor del trueno, la próxima tormenta; esos momentos en que un murmullo lejano y una obscuridad en el horizonte anticipan el paso del huracán; esos momentos en que hombres y animales, atemorizados, huyen buscando la seguridad de un abrigo.

Entonces es cuando comprendemos la belleza de lo tranquilo, así como comprendemos la belleza de lo límpido cuando lo comparamos con lo sórdido.

¡Yo adoro las horas de intensa paz en la naturaleza y de suave bienestar en el corazón; esas horas en que todo lo creado nos invita a ser buenos, a buscar el sosiego, a poseer más ternura; esas horas de exultación y de gloria en que nos parece sentir en el pecho la pureza del cielo, la diafanidad del aire, la quietud del lago, la majestad del horizonte y el resplandor de la luz!

98.

Frente al mar.

En la costa bravía, frente al mar de nocturna
calma, solo, mi vista se pierde taciturna
en el inmenso mar;
de las constelaciones las cifras prodigiosas
se elevan lentamente : las olas misteriosas
ahogan entre vórtices recóndito bramar.

De las aguas salobres ya probé la amargura,
y sentí la infinita, la insaciable ventura
de comprender al Dios;
y ha clamado mi boca las grandiosas canciones
que envueltas en espumas y alientos de ciclones
se funden en su extraña y en su estupenda voz.

Y bajo de los cielos estoy solo; de cielos
abismados, que ignoran los astrales anhelos
del espíritu incierto como un ave en el mar,
del espíritu océano de coro de tritones,
de verdosas llanuras, de torvas convulsiones,
inmensamente pálido y grave de esperar.

Señor, en las riberas y en las ondas marinas
he soñado un retorno de águilas divinas
que traigan en sus garras imprevisto fulgor;
que el viento del milagro estremezca las cosas,
que sintamos un día lágrimas amorosas
apagando el infierno, la maldad y el horror.

En un son de campanas fué mi alma ferviente
a escuchar el estruendo de tus oleajes, frente
de la noche profunda de sacra soledad;
y al rumor incesante de rotas marejadas,
en el cálido viento y espumas encrespadas,
rodó dentro de mi alma la amarga eternidad.

¡Oh mar, oh mar! El grito se apagó en tus llanuras;
hay hogueras de astros en tus aguas oscuras,
unánime gravita tu grandeza en mi ser;
la enorme noche pálida tu rebaño apacienta
y parecen magníficas tus ondas en tormenta
cabelleras deshechas, hirvientes, de mujer.

Con tu insaciable abismo sedujiste mis horas
y sobre de tus aguas profundas y sonoras
los australes abismos descendían su Cruz;
la gran naturaleza domó mi pensamiento,
y al orto en que encabritanse los corceles del viento
mi religioso espíritu se ha bañado de luz.

Oh mar de eterna vida, soy un hombre doliente
que, al cruzar por la senda de los siglos ardiente
en sí lleva una trágica y perdurable ansiedad;
que concibe al mirarte radiante o tenebroso,
perennemente trémulo de un ímpetu monstruoso,
el día sin crepúsculos de la inmortalidad.

A. MARASSO ROCCA.

99.

Los dardos de la atención.

Cuando la fuerte piqueta del minero golpea



y perfora las entrañas de la roca, contemplamos impasibles el espectáculo.

En cambio, cuando alguien lastima el gajo de una planta, malogra una flor o molesta a un animal, nos conmovemos e indignamos. Establecemos, pues, con estas actitudes, una diferencia fundamental sobre la materia : separamos la materia inerte de la materia viva.

Seres sensibles como somos y con propensiones a considerarnos el centro del universo, concedemos a la materia viva todas las cualidades que en tal sentido poseemos. Y aun, poé-

ticamente, llegamos a otorgar esas cualidades a las cosas inanimadas, a los objetos sin vida. Así decimos, por ejemplo, que el sol agoniza, que la luna nos contempla, que el mar se ha embravecido.

Este poder de dar el exceso de vida que sentimos, es posiblemente el poder poético por excelencia. Por algo "poeta" quiere decir "creador".

Pues bien : somos materia viva, es decir, materia sensible; las vibraciones del mundo exterior al chocar sobre nuestra receptividad, provocan el nacimiento de las diversas sensaciones. Recogemos así, a través de los sentidos, nociones sobre las cosas del mundo : sonido, sabor, forma, color... Las cosas vienen hacia nosotros en forma de sutiles sensaciones; y nosotros las recibimos con cierta pretenciosa superioridad.

Continuamente, el conjunto de lo que existe está hiriendo la placa sensible de nuestros sentidos; sin embargo, muchas veces, ese caudal de energías con que el mundo nos obsequia se pierde frente a nuestra ingrata indiferencia. Multitud de hechos interesantes nos pasan totalmente inadvertidos.

A veces, durante años no nos percatamos de la belleza sin par que encierra la estatua que adorna nuestro patio; de la estructura maravillosa de la flor cuyos pétalos nos acarician al pasar; de los magníficos detalles arquitectónicos

de una fachada que está siempre a nuestra vista.

Pero de pronto, advertidos por algún detalle interesante que el acaso puso ante nuestros ojos, descubrimos toda aquella ignorada riqueza. Ya no se nos escapan entonces los detalles magníficos de un conjunto suntuoso; ya no desperdiciamos los matices pequeños que constituyen una armonía grandiosa. Y es que ahora, en lugar de presentarnos ante el mundo exterior como algo pasivo, vamos hacia el mundo con nuestro intelecto en activa actitud. Los sentidos, antes indiferentes, aguzan su sensibilidad bajo las órdenes de la *atención*, especie de lente que concentra todas las fuerzas mentales dispersas sobre un objeto que ha despertado la codicia intelectual.

La atención es, pues, el acto que transforma la plebeya pasividad de la mente, en la viril actitud del que persigue una finalidad determinada.

Por eso, al atender, nos parecemos al arquero que arroja valientemente todos sus dardos sobre la presa apetecida.

¡En todo instante, frente a los fenómenos del mundo, probemos nuestra habilidad de arqueros!

100.

Plenitud.

¡Todo está en plenitud! El aire dulcemente cálido; el cielo suavemente arrebolado; las flores en apogeo de colores y perfumes; las hojas verdes e hinchadas; los pájaros entregados a la delicia del canto, y los demás animales en el goce de la vida tranquila y sencilla de la naturaleza.

Los hombres sonríen porque hay también en ellos una plenitud en las ideas y una plenitud en el corazón. Bello es lo que contemplan los ojos; bello es lo que se siente en el pecho; bello es lo que elabora el pensamiento.

¡Todo está en plenitud! El alma de la naturaleza vive en todos sus detalles : en el árbol que da sombra; en la flor que embarga el aire de perfumes; en el fruto que nos despierta la ambición de su dulzura; en el ave que gorjea; en el insecto que zumba o liba en los nectarios el líquido perfumado y nutritivo.

En estos instantes en que el alma de la naturaleza se transfunde fácilmente en el alma de los hombres regocijados de tanta plenitud y de tanta vida, los pensamientos son tan transparentes

como el azul diáfano del cielo; los sentimientos tan puros como el dulzor de las frutas; las intenciones tan nobles como la canción de un pájaro; las esperanzas tan claras como el despertar del día.

¡Exaltémonos todas las mañanas en esta plenitud divina! ¡Alcancemos un instante esa suprema elevación de la vida, y comprenderemos mejor el secreto de la verdad y de la belleza que encierra la natura que nos rodea!

101.

La Argentiada.

(FRAGMENTO)

Iba al frente un guerrero silencioso y adusto como una esfinge. Inmensa era su talla, augusto su gesto, su mirada profética; tenía contornos de montaña: — la cumbre que le veía de más cerca, creyóle su hermano mayor; era del color de los bronce, como si presintiera su destino; su frente irradiaba fulgores de eternidad; los astros con extraños temblores de emoción lo miraban; su mandoble era un rayo de sol: — enceguecía; su indómito caballo que alzaba polvaredas áureas en los peñascos, debía tener alas en los sonantes cascos; su índice señalaba el rumbo de la gloria a través del espacio y el tiempo; la victoria por doquier le seguía. — Los Andes solivieron las enormes espaldas escarchadas y se alzaron

soberbios e imponentes al verlo : — se sentían dominados de intensa admiración, — querían ser su pedestal. — Era el precursor armado de la libertad, genio de las cumbres, enviado de los manes incásicos. — Algo como un divino resplandor lo envolvía. — Marchaba a su destino llevado por el viento de Dios. — Salvó la altura de un salto prodigioso, y sobre la llanura cayó como un torrente. — Y en Maipo y Chacabuco, dos rayos desprendidos de su acero, el caduceo baluarte de la sombra se derrumbó en tronante fragor de cataclismo, y en un como radiante semillero de auroras surgieron en homérica visión las redimidas naciones de la América, forjando en la montaña, en el bosque, en la sierra y en la inconmensurable inmensidad pampeana, la comunión de todas las razas de la tierra para el mejor destino de la familia humana.

DAMIÁN P. GARAT.

102.

Eduquémonos estéticamente.

No nos arrepintamos de haber vivido una infancia alegre, amable, bulliciosa. Por el contrario, conviene que esas alegrías de la niñez, y que esos optimismos propios de los primeros años de la vida, se mantengan en el corazón a través de todas las edades. Pero ya que estamos en la edad de la juventud, ya que ahora los días son más primaverales que nunca y las cosas más hermosas que lo fueron jamás, aprendamos a vivir estéticamente.

Es muy fácil, es muy sencillo adquirir esta superior educación; todo consiste en agregar una pequeña cosa a las triviales ocupaciones de cada día.

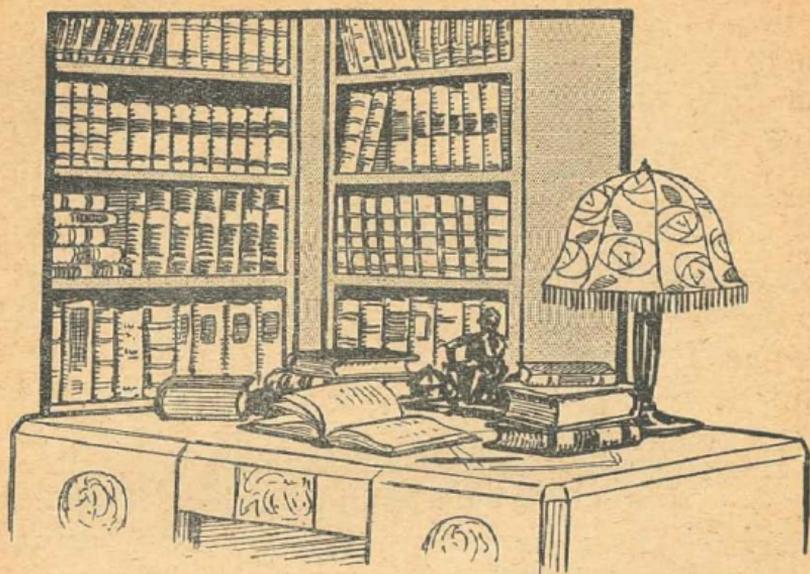
¡Adquiramos esa superior educación y veremos cómo el valor de cualquier objeto se triplica a través del temperamento estético!

Las cosas de la vida tienen dos valores: en primer lugar el valor utilitario o cantidad de servicios materiales que nos prestan; en segundo lugar el valor estético, vale decir, el placer que nos produce su presencia.

La jarra que guarda el agua que bebemos, puede tener elegancia de forma y belleza de color; o puede no tenerlas. En el primer caso, al tiempo que adulzora nuestra vista, presta su amable utilidad; en el segundo caso, no dejará de ser útil pero le faltará la gracia y donosura, que en el primero brillaban por encima del valor utilitario.

Esa donosura y esa gracia, muy bien podemos, pues, agregarlas, con un poco de habilidad, a todos los objetos que nos circundan y a todos los menesteres de nuestra vida.

Imitemos a la naturaleza, que en lugar de encender el día con una pálida chispa de luz lo enciende con el pomposo dorado de las auroras; que en lugar de dejar a la noche en el fondo de sus sombras oscuras, la platea con fulgores de luna; que en lugar de ofrecer su dulzura directamente en la hinchazón de los frutos, la anticipa en inflorescencias caprichosas; que en lugar de presentarse a nuestros ojos en la escueta desnudez de sus elementos, pinta arcos iris en el cielo, espuma blanca en el mar y neblinas azules en la montaña.



103.

A mis libros.

Desde muy pequeño, sentí predilección por los libros. Me cautivaron tan pronto tuve con ellos contacto, por la cantidad de emociones que producían a mi mente tan sólo con abrirlos en mis manos.

Desde pequeño, pues, y a través de los libros, recorrí países fantásticos, traté a personajes legendarios, supe de maravillas insospechadas y de pristinas bellezas.

Los libros presentaron a mi vista estupefacta inéditos horizontes; trajeron a mi oído alelado inauditas sinfonías; y despertaron en mi mente joven, deseos nobles y aspiraciones dignas.

Gracias a los libros, desde muy pequeño bebí belleza cristalina sin necesidad de vasos de cristal, como el pastor que apacigua la sed que le devora llevando en sus manos toscas a sus labios ardientes el agua pura de un manantial oculto; y gracias a los libros, desde muy pequeño me purifiqué en la nobleza de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero.

Por eso amo a los libros, y por eso quiero dedicarles algunas palabras de reconocimiento y gratitud, porque también en ellos aprendí estas altas virtudes.

Pero quiero dedicarles estas palabras, principalmente a los libros míos, a los que guardo celosamente en mi modesta biblioteca; a los que me acompañaron en las horas de reposo, trayéndome el perfume de espíritus inmortales.

¡Libros de mi veneración! ¡Páginas que hablan, palabras que acarician, ideas que enseñan!

¡Libros a los que cuido con una ternura paternal, con una paciencia fraterna, con una delicadeza de artífice que palpa suavemente la superficie de sus obras!

Libros de mi veneración; os debo muchas horas de regocijo intenso y de elevación espiritual...

Dicen los sabios, que el estudio de la natu-

raleza revela día a día fenómenos admirables, porque nada existe en la naturaleza que no sea digno de admiración. Hasta tal punto es esto verdad, que muy bien podría decirse que "saber" significa "maravillarse".

Permanecer ignorante, es entonces una manera de no asombrarse de nada.

Pues bien : hace ya tiempo que gracias a los libros, aprendí a asombrarme de todo; gracias a ellos aprendí, pues, ese modo humilde y a la vez arrogante de sabiduría.

Por eso amo a mis libros; y los amo también porque cada libro es un alma; vale decir, algo que tiene vida, algo que palpita, que respira, que sufre, y que hasta muere.

104.

Flores deshojadas.

Sobre el albo papel en que escribo mis horas emotivas, han caído los pétalos encarnados de una rosa gentil; de una rosa que suavemente se inclinaba al borde de un artístico florero.

Una mano cariñosa la tocó al pasar; y la rosa, nerviosamente estremecida, lloró lágrimas de pétalos sobre el prosaico papel.

Y al caer exhaló, como en un suspiro de moribunda, el tesoro de sus aromas inefables, perfumando los papeles indiferentes.

Y he sentido, viéndola deshojada y melancólica, una gratitud inmensa por esa rosa que moría al



borde del florero, sin egoísmos ni agonías, en un mortal mareo de perfumes.

¡Cuántas flores — he pensado — habrán sido deshojadas para perfumar la vida!

.....
Este libro de mis horas emotivas pretende ser también como un manojo de flores; como un manojo de flores dispuestas a deshojarse...

¡Sólo espera la mano cariñosa que al abrirlo estremezca sus pétalos ideales!

Y si logra poner un poco de perfume en la vida del lector; si consigue animar en algún pecho el vuelo de los nobles sentimientos, y elevar en un remonte de primavera las águilas de los pensamientos puros y de las ideas elevadas, habrá cumplido el designio con que un espíritu inquieto lo creó en sus horas de emociones y de ensueños.

INDICE

	Páginas.
Prólogo.	vii
En las horas de tu vida.	1
Palabras de un vecino	4
La lección de una rosa	6
Viento que pasa	7
Paisajes fugaces	10
Mariposas.	12
Los centauros argentinos	13
Horas apacibles	15
La escultura en Grecia	16
Sabor amargo	20
Luces pálidas	22
Antorcha luminosa.	24
Atardecer.	27
Claridad.	28
Blasón de plata	29
El juicio de la historia	33
Cuando leo el Quijote.	34
Días de sol	36
Mente robusta.	39
Viajeras de la tarde y de la noche	41
Sombras de eucaliptos.	44
Laplace anda por las calles de París.	48
Del terruño	49
Tardes de pueblo.	52
Fragmento	53
Efigie pensativa	55
El poeta.	57
Memoria y olvido.	58
Movimientos incontenibles.	61

	Páginas.
Oración votiva.	64
Canción de gloria.	65
Sepulcros vacíos	68
Hora quieta.	71
La Bandera Argentina	72
Corazón generoso.	73
Diálogo.	75
La cigarra.	77
Del campo fecundo.	81
La mañana	82
Discordias humanas.	84
Ruinas	86
Echeverría.	87
El sentimiento de admiración	88
Estrofas para canto.	90
Soledad y amistad	92
Amanecer.	94
Tormenta de octubre	95
Horas pasadas : Evocación	97
Las noches de la pampa.	98
Horas pasadas : Nostalgia.	99
Casita abandonada.	100
Al sol.	103
Momentos solemnes.	106
Labor de siglos.	108
A la Noche	110
Alegría interior.	112
Caminos solitarios	115
Canto a la Argentina	117
Ruidos lejanos.	119
Vidas serenas	121
Resplandores rojos	123
Canción solariega.	125
Los rosales de mi huerto.	127
La Luna	128
Canto a la Naturaleza.	130
Optimismo	132
Otoñal	134

	Páginas.
Canciones olvidadas.	135
Canto a la Bandera.	136
Pasos lentos.	139
Las plumas de las aves.	141
Pureza de manantial.	145
Noche de luna.	147
Afán innovador.	149
Levantemos la mirada.	151
El poema de las mieses.	153
Sueños de grandeza.	154
Pascal inventa la geometría.	157
Viajes.	159
Los museos.	161
Agua muerta.	163
Ansias de saber.	164
Descanso.	166
Ariel.	167
Trabajemos con firmeza.	170
De las « Odas Seculares »	172
Oratoria.	175
La vida al aire libre.	177
Afirmación de ideales.	178
Voluntad.	180
Acacias.	183
Imágenes.	185
Somos felices.	187
Himno de los bosques.	189
Descripción.	192
Vida.	194
Tranquilidad.	196
Frente al mar.	198
Los dardos de la atención.	200
Plenitud.	203
La Argentiada.	204
Eduquémonos estéticamente.	206
A mis libros.	208
Flores deshojadas.	241

